

LIT-64

T-1425

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES
CARRERA DE LITERATURA

EL SISTEMA POÉTICO BARROCO
BREVE TRABAJO ACADÉMICO

Tesis creativa de Licenciatura en Literatura
bajo la tutoría del Dr. Juan Carlos Orihuela

Miguel Ángel Aranda Suaznábar

La Paz, Bolivia

abril de 2006

015



ÍNDICE:

Preámbulo	3
Resumen	5
Justificación del tema	6
1. Introducción	7
2. Pautas históricas del barroco español	7
2.1 Aires respirables	7
2.2 Origen de la palabra	8
2.3. Ideas en juego	11
2.4. Desenredos lingüísticos	12
2.5. Las divergencias literarias barroca bizantinas	14
2.6. América barroca	16
2.7. El surrealismo mágico de los barrocos	20
2.8. La hipérbole y la hipertelia	23
2.9. El sueño alucinante de la lengua	24
3. El sistema poético barroco	25
3.1. Orror vacui	26
3.2. Los espejos comunicantes	28
3.3. La Dulcemesa	30
4. Lo barroco en la sociedad	33
4.1. La abigarrada realidad	34
4.2. La religiosidad híbrida y sus ritos	35
4.3. El discurso literario	36
5. Conclusiones	37
6. Bibliografía	40

Preámbulo

En el Principio de los principios creó Dios los cielos de los cielos y las tierras de la Tierra. Y cada una de las tierras de la Tierra tenía color, olor y sabor distintos entre sí. Los ojos de Dios que abarcan todos los infinitos posibles e imposibles, pensaron que lo infinitamente mínimo de las partículas que componían los fragmentos de las tierras, estaban desordenadamente bellos y carecían de toda forma de vacío. Y la Tierra estaba llena de muchas formas y movimientos de vacío estelar, y Dios sintió que las tinieblas habían establecido un reino inconcebible de tonalidades y texturas, se habían tornado en remolinos densos que se devoraban los unos a los otros, formando nuevas tinieblas cada vez más claras y otras cada vez más oscuras. Y las crestas de los remolinos de tinieblas tocaban las barbas de los cometas, que divagaban en alto sobre cuanto duraría el pensamiento de Dios sobre lo oscuro. Esa era la faz del abismo y las galaxias que excedían el alcance de la mirada de Dios, murmuraron sobre la infinidad de sombras que existían en la oscuridad.

Y el espíritu de Dios se movía sobre las fases de las aguas oscuras y éstas presintiendo una luna nueva transparente, abrían sus entrepiernas y dejaban pasar los inefables pies de la sombra del espíritu de Dios, sintiendo una extraña tormenta que los reducía a abismos definitivos e irrevocables. No querían, no podían imaginar algo diferente a sí mismos que los hiciera parte de una nada más inmensa, más clara.

Y dijo Dios: sea la luz y fue la luz, y el espanto primordial azotó lo inimaginable entre las sombras densas y las sombras transparentes y, por protegerse, éstas se precipitaron al vacío, cogidas de los dedos, de los cabellos, de cuanto era asible y cayeron, cayeron, cayeron durante milenios instantáneos. Al despertar de su estupor y de su inmenso miedo, las sombras comenzaron a palpar sus cuerpos propios y los ajenos, y se desconocieron, y se espantaron, y se maravillaron de no ser como pensaron. Eran tan diferentes, tenían algo que no habían imaginado ni siquiera en sus morbosas oquedades: colores. Colores de todos los sabores, humedades de todos los matices. Se reconocían al principio cerrando los ojos y oliendo sus recovecos, y al acertar gritaban el color inventándole un grito especial. Y así a gritos, a caricias, a hediondas saturaciones de miradas, fueron acostumbrándose a la luz.

Y vio Dios, con cierta envidia, que la luz plena era similar a la oscuridad plena y pensó que la alegría naciente merecía ser nostalgia y melancolía. Se tomó Dios de las níveas barbas

que cubrían su faz y, sin notar que varios cabellos se desprendieron con el gesto, cayendo por años hacia la tierra. Y era bueno que todo pareciera morir y todo pareciera nacer cada jornada solar. .

Y vio Dios que tales cambios constantes eran buenos para crearlos indefinidamente y multiplicar la creación por infinidades inconmensurables; así recordarían su obra y así recordarían su finitud. Y llamó Dios a la luz Día, y le dio sus cualidades: alba, albor, alborada, matinaría, amanecer, aurora, orto, claro, levante, naciente, crepúsculo matutino, suspiro de la luz, caricia de los aires, flecha áurea, doncella, fauces divina, corral de los sudores; se lo llamó mañana, futurillo, esperanza, reinicio, crepúsculo, rosicler, ocaso, caída, maitines, angelus, orgasmo solar, etc. etc.

Y a las tinieblas llamó Noche, ésta se desperdigó en vigilia, nocturnal, sueño, ensueño, vespertina, lujuriosa, vientre de la sombra, unto de rincón, luto transparente, caverna sin muros, cuévano infinito, ceguera, sima, etc. etc. Y fue la tarde una mañana atareada y la mañana un tarde naciente, y ambas las apachetas del camino solar. Jamás hubo claridad ni oscuridad ni apogeo ni reino absoluto bajo el sol. Y Dios sonrió complacido al ver su obra, dividir para reinar, y creyéndose Juez absoluto de lo creado y lo increado, se puso a dormir en las estrellas, y éstas lo llevaron a un sueño absoluto e inacabable aún superior a su infinita creación.

Y nació el Barroco, del sueño olvidado de Dios, de pura y espontánea energía, y se incrustó en todo lo creado y lo creable, en lo decible y lo indecible, en lo escrito y lo legible, como una de las formas divinas más humanas de recrear el caos inicial y sus procesos intermedios. que van desde la simplicidad dada la vuelta, hasta el vacío por de dentro.'

Resumen

El presente ensayo establece una descaracterización de lo que habitualmente se denomina *barroco*, basada en los aspectos esenciales que conforman una cadena de relaciones. A ello se nomina un *sistema poético barroco*, a modo de metáfora reflexiva sobre su compleja y multiforme estructura. Ese es el punto de partida. Se establece en medio de este esquema imaginario una relación de convergencia transversal entre sus referentes históricos y estilísticos, además de una concepción ahistórica y una atemporalidad estética, ligados a una práctica escritural.

Los componentes de este sistema son múltiples y variados y, considerar jerarquías entre éstos, sería una racionalidad innecesaria. Bastaría con establecer que funcionan en diferentes planos simultáneos y que su dinamicidad está sesgada por algunos principios básicos y comunes: libertad absoluta para crear, multiplicidad formal, condensación conceptual y complejidad en las formas de expresión.

El análisis se centra en los aspectos primordiales del discurso: orden de los acontecimientos, tiempo, actores, espacios, relaciones entre los diversos elementos y puntos de vista; su valoración, ambigüedad y trascendencia. Todo este bagaje de instrumentos está ligado con dos conceptos aristotélicos: *el acto y la potencia* y *el helimorfismo*. A partir de ello se abren tres claves metafóricas de apertura al enfoque del ensayo:

- *el miedo al vacío*
- *el juego de espejos*
- *los componentes de la Dulcemesa*

En base a esos tres componentes se arma una red de relaciones combinadas con presencias abstractas y formas de escritura. Realidad formal y tensiones de la ficción creando un sistema poético sin propuesta metodológica. El sistema es creado a tiempo de ser enunciado en una *praxis imago*³ y no en la enunciación de sus componentes, que,

² Cesar Tejedor en su análisis de la *Metafísica* de Aristóteles establece una correlación entre estos dos componentes, estableciéndolos como base de la esencia del ser.

³ Se combina el concepto planteado por José Lezama Lima con el de una acción a ser realizada.

asimismo, son piezas variables, pero imprescindibles. Las piezas de este rompecabezas se estructuran en la cabeza del armador-lector, haciéndolo partícipe.

En sentido transversal se introducirán citas, presencias y hechos históricos que, sin pretenderlo, validarán este sistema o, al menos, darán fe de su atemporalidad y permanencia. Se propone pues que *el sistema poético barroco* es el descubridor del *alter ego* de todo escritor creador o de todo lector creativo.

Justificación del tema

Establecer una apertura entre la trascendencia del barroco histórico y artístico, su interculturalidad, su relación con múltiples aspectos de las sociedades, y la idea de un barroco atemporal y ahistórico que plantee un sistema de reflexión, pensamiento, conocimiento y acción multicultural, es un desafío sólo comparable a proyectos absurdos, similares a los planteados por los *arbitristas* del siglo XVI.

Desnudar el encanto impredecible producido por toda obra barroca auténtica y natural de cualquier época o cultura equivale a desmenuzar un sueño sin volverlo un simple objeto psicoanalítico, es un placer y un tormento que se asume en este ensayo, que reflexiona sobre ese *sistema poético barroco* generador de infinitas y disímiles formas de arte.

1. INTRODUCCIÓN

Empezar por el principio implica, en este caso, partir del medio, de aquella convergencia en la que se empiezan a nominar las ideas y las acciones pasadas y las que se vislumbran al porvenir. El ensayo establece dos piezas interconectadas que se presentan por separado: por un lado, concertar lo histórico, conceptual y sincrónico; por el otro, establecer la conformación diacrónica del *sistema poético*, a partir de tres metáforas básicas, sus

Durante el siglo XVI ante el caos socioeconómico del reino de España, que se debate en la despoblación, la pobreza y la superstición, surgen los arbitristas, unos lúcidos y otros disparatados, que proponían análisis y soluciones a la crisis. (Ignacio Arellano, prólogo a los *Sueños* de Quevedo).

ejemplos, citas y referentes. A partir de la palabra, en un reintento de construcción espontáneo, ambas partes convergerán en múltiples posibilidades.

El *barroco* como concepto histórico, comprende, aproximadamente, los tres primeros cuartos del siglo XVII, centrándose con mayor intensidad, con más plena significación, de 1605 a 1650. Este concepto no se limita solo al arte y la literatura sino que posee la amplitud de una cosmovisión; por ello, tampoco se circunscribe al siglo XVII sino que puede extenderse a diversos y disímiles momentos históricos. Su ámbito de influencia y acción en América se extiende abundantemente en el pasado precolonial y continúa con inusitada fortaleza en el devenir posthispanico hasta llegar a nuestros días.

2. PAUTAS HISTÓRICAS DEL BARROCO ESPAÑOL

2.1. Aires respirables

España en el siglo XVI sufría una grave crisis demográfica, a consecuencia de la expulsión de los casi 300.000 moriscos y 50.000 judíos inconvertidos, la mortalidad provocada por las continuas guerras, el hambre y la peste. Era una sociedad escindida que emergía lentamente de un medioevo denso y lastimero en el que al menos una de cada veinte personas había sufrido persecución o penas de la Inquisición (Riquer 1952: 214/216). La nobleza y el clero conservaron tierras y privilegios, mientras que los campesinos sufrieron en todo su rigor la crisis económica. La miseria en el campo arrastró a muchos campesinos hacia las ciudades, donde se vieron arrojados al ejercicio de la mendicidad, cuando no a la delincuencia.

Las flotas que llegan de Indias con el oro y la plata del Potosí y otras minas americanas, no producen una mejora en el nivel de bienestar: las disfunciones en el sistema económico provocan el aumento de la inflación, no existen inversiones productivas, bloqueadas por barreras sociales e ideológicas que consideran infame el trabajo manual... (Arellano 1958:10)

El barroco aparece en el siglo XVII como la tercera síntesis luego de lo románico y lo gótico y se enfrenta con el clasicismo. En Europa fue la expresión de la cultura católica

renovada en el Concilio de Trento, también conocida como Contrarreforma. Se manifestó en la difusión de los valores sensibles en la vida religiosa: el culto a la eucaristía, a los santos, a la Virgen, todo lo cual provocó un impulso formidable del arte religioso.

Estas expresiones impulsaron acciones directas, como aquellas de los imagineros vallisoletanos y andaluces, que inician una intensa campaña hagiográfica para poblar altares y oratorios con vírgenes y santos de toda laya. Su exportación a las colonias es profusa. Martínez Montañés, Alejo Fernández, Miguel Güelles, Alonso Cano, junto a otros cientos de pintores y talladores barrocos y manieristas, enviarán a sus operarios aventajados a México, Lima y Potosí durante varias décadas (Mesa Gisbert 1977: 174/175).

Los martirizados y lacerantes rostros de los santos y vírgenes en lienzos e iconos darán una visión hipertélica de los infortunios de la virtud y los castigos del infierno. El mundo evangelizador combinado con lo celebratorio de las fiestas patronales será el caldo de cultivo de las prodigiosas fiestas de pueblos y ciudades. Los alferazgos o prestes y su generosa invitación a los siervos indígenas y negros permitirá integrar las festividades católicas, las bacanales barrocas y el ciclo vital mítico simbólico indígena. Una manera abigarrada de penar los pecados, recibir la catártica absolución y de renovar la cíclica comisión de nuevos pecados, se había apoderado de los colonizadores y colonizados (establecer una u otra condición entre los nativos, llegados o advenedizos, ha sido y es difícil).

2.2. Orígenes de la palabra

Negadora de lo clásico, entre veinticinco acepciones disímiles, emerge la palabra *baroca*, *berocca* o *barocco* (deforme), emigrada del italiano, para adaptarse a las formas "excesivas" **que** empiezan a verse en las artes plásticas que emigran a lo literario. Se lo califica como un *"movimiento de vacilación, libertad, evasión del canon, plenamente anticlásico..."* (D'Ors 1962: 35).

Wölflin, en un texto de Jacques Cirre, dice: "el barroco niega lo clásico, opone a la línea su color, a la superficialidad su profundidad, a la forma cerrada su forma abierta, a la unidad su pluralidad, a la parquedad su profusión..." (Cirre 1959:132). En otro fragmento,

el mismo Wölflin afirma que: "para el paradigmático crítico, la estética del barroco se caracterizó por la complicación de las formas y el predominio del ingenio y el arte sobre la armonía de la naturaleza, que provenía del ideal renacentista" (Aguilar 1954: 243 T-I).

En un diccionario etimológico del XIX se establece que se entendía la palabra *baroque* como sinónimo de "extravagante" desde fines del siglo XVII (Corominas 1983:153). Se denomina *barocco* también a cierta figura de silogismo de los escolásticos⁵, y tomado por los renacentistas como prototipo del raciocinio formalista y absurdo. En portugués, *barrueco* significa perla irregular; en castellano, *berrueco* es un peñasco empinado. En la *Enciclopedia* de Diderot, *barroco* es un grado de lo "estrambótico". Jean Jacques Rousseau, en el *Diccionario de Música*, que publicó en 1768, llamaba *barroco* a "la música con armonías confusas, recargada de modulaciones y disonancias, con un canto duro y menos natural, con una entonación difícil y tiempos afectados" .

Eugenio D'Ors, asevera en forma audaz que puede hallar muchos momentos "barrocos", allende su contexto histórico; entre éstos cita las pinturas rupestres de Altamira en el periodo Neolítico, el Duomo de Milán, los relieves asirios y babilónicos, ciertas exageraciones del arte bizantino, el plateresco español gótico, la Helenística desarrollada entre los años 323 y 31 aC, el friso de la Gigantomaquia del Gran Altar de Zeus en Pérgamo, de 180 aC, el grupo del Laocoonte en el siglo 1 D.C, la Biblioteca de Celso en Éfeso, el Santuario de Venus en Baalbek (Líbano) y del Mausoleo de Aretas IV, El Hazna, en Petra (Jordania), la mezquita de Córdoba —levantada por orden del califa Al-Hakam II hacia el año 966—, los planos de las grandes maquinarias industriales y los mapas modernos. (D'Ors 1962: 38/39).

A lo largo de los casi 300 años de existencia oficial como periodo histórico del arte, la palabra *barroco* pasó, como hemos podido observar, por un tropel ondulante de improperios y alabanzas. Su valoración como un estilo artístico dominante estuvo matizada por múltiples variantes y variables en los países en los que se erigía como una nueva

⁵ Este forma de silogismo partía de la lógica aristotélica y lograba cierta coincidencia entre la música y la geometría, y era citada por el filósofo romano Boecio hacia el siglo V.

⁶ Citado por Margarita Vila en su texto: "*Reflexiones en torno al barroco y sus orígenes*", incluido en el libro editado por el Viceministerio de Cultura. Ver bibliografía.

tentación de encantos desconocidos. Se la anatematizaba como una locura ornamental, un desvarío de las formas y una aberración de lo clásico. Wölfflin relaciona lo *barroco* a lo pictórico y profundo; dotado de forma abierta, claridad relativa y unidad con subordinación de las partes, en contraposición al arte del renacimiento, al que considera más lineal, plano, plural y de forma cerrada (Wölfflin 1967:234).

El *barroco* europeo sufre varios procesos de transformación e identidad en las regiones donde se desarrolla, a los que se añade sus formas de expresión: la música, las artes plásticas, la arquitectura, la literatura y las fuertes individualidades que lo protagonizan. El *barroco* europeo, por sus particularidades estilísticas, difiere del *barroco* francés, y asimismo, éstos se distancian del *barroco* español, según precisa Angulo Iñiguez. El momento en que el *barroco* llega a América se inician, asimismo, otras transformaciones. La suma de diversidades que se agrega a su bagaje histórico es, por varias razones, uno de los argumentos sólidos en los que se apoya su multiplicidad y versatilidad.

Lezama Lima, al comentar su alcance, decía que

abarcaba los ejercicios loyolistas, la pintura de Rembrandt y el Greco, las fiestas de Rubens. Y el ascetismo de Felipe de Champagne, la fuga bachiana, un barroco frío y un barroco bullente, la matemática de Leibnitz, la ética de Spinoza, y hasta algún crítico excediéndose en la generalización afirmaba que la tierra era clásica y el mar barroco. Vemos que aquí sus dominios llegan al máximo de su arrogancia, ya que los barrocos galerones hispanos recorren un mar teñido por una tinta igualmente barroca (Lezama Lima 1986:58).

Su presencia en América se tomó difusa y ubicua, más allá de sus orígenes conceptuales y de sus prácticas formales. Se constituyó en una especie de sinónimo de las varias tendencias que cabían entre la hibridez, el mestizaje cultural, lo sincrético y múltiples adjetivos aleatorios abigarrados, y como uno de sus rasgos fundamentales, su carácter colectivo.

Este historiador y crítico de arte inicia una apertura moderna de lo renacentista hacia lo barroco.
Incluido en la bibliografía.

2.3. Ideas en juego

La influencia del racionalismo científico, propuesto por los racionalistas y científicos como Descartes, Léibniz, Spinoza, Copérnico, apenas se dejó sentir en las colonias americanas. En su lugar, se registra una actitud de escepticismo hacia la naturaleza humana, escepticismo que conduce a una visión pesimista del mundo, radicalmente opuesta al optimismo renacentista. Baltasar Gracián (1601-1658), citado en el libro *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Emiliano Diez-Echari, afirmaba que "las únicas armas de que se dispone para combatir el estado de crisis y ruina de la sociedad son el individualismo y la desconfianza hacia los demás" (Diez Echari 1950:36).

Según José Deleito y Piñuela⁹ (1902-1964), las principales características del *barroco* español eran:

- _ Dinamismo. La sensación constante de movimiento a partir de la línea curva;
- _ Teatralidad. La intención de conmocionar al espectador mediante procedimientos hiperrealistas;
- Decorativismo y suntuosidad.

Según él, lo accidental conlleva lo esencial. De ahí su minuciosidad en la composición de pequeños detalles y su gusto por la ornamentación. La visión del contraste en la que el artista barroco se manifiesta contrario al equilibrio y a la uniformidad renacentistas. Su ideal es acoger en una misma composición visiones distintas, y hasta antagónicas, de un mismo tema (Deleito y Piñuela 1974:77).

El repertorio temático del barroco corresponde a este íntimo estado de conciencia (pensemos en las formas en que el arte del siglo XVII representaba los temas de fortuna: el acaso, la mudanza, la fugacidad, la caducidad, las ruinas, etc.) La situación de conflictividad es normal en la base del barroco. La contraposición filosófica entre realismo e idealismo fue un tópico recurrente que ya había alcanzado su máxima expresión literaria en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605-1615), de Miguel de Cervantes.

Investigador español caracterizado por su visión particular sobre las temáticas a las que se dedica.

2.4. Desenredos lingüísticos'

El castellano era, para varios autores de la época, la base para el pensar y el sentir; es decir que, la reflexión teórica sobre la lengua, no era frecuente a la hora de escribir poemas, dramas o narraciones. Antonio de Nebrija, en 1492, escribía su *Gramática Castellana*, a la que le faltaba, sin embargo, precisión, ductilidad, exactitud y gradación en la expresión, que tenían ya otras lenguas europeas, según la visión de algunos lingüistas modernos, entre ellos Martín Alonso. En uno de sus libros, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, Fray Luis de León, Juan de Valdés, Ambrosio de Morales, Francisco de Medina y Martín de Viciana, afirmaban que: "no les quedaba mucho tiempo para "gramatiquerías, y que más vale el ímpetu de una acción que el labrado de una palabra" (Alonso 1973:127).

En lugar del idioma sobrio y mesurado, aparecían modas y modos desenfrenados, semibárbaros y cargados, conocidos como cultismo, culteranismo, conceptismo, jergonza cultipartidista y otras. En el libro de Diez Echari antes citado, hacia mediados del siglo XVII, Fray Gerónimo de San José Ezquerro de Rozas afirmaba: "Nuestra España, tenida por grosera y bárbara, hoy excede a la florida cultura de los griegos y latinos; y aún anda en extremos, que ahora excede lo que antes le faltaba..." (Diez Echari 1950:457/459). En el Siglo de Oro español puede distinguirse varios grados estilísticos: el popular; el clásico y el artificioso o culterano. Todos existían simultáneamente.

Toda su arquitectura lingüístico literaria se caracteriza por la masa firme de sus cimientos populares y la fuerza de su romancero. En el uso popular del lenguaje hay una tendencia a construcciones de sentido; es decir, aquellas cuya significación no está determinada por su estructura lingüística, sino que debe ser deducida por el contexto y la entonación del discurso.

La apasionada rapidez al relatar lo principal, el carácter súbito de los desenlaces, a veces irónicos, humorísticos, a veces oscuros, pavorosos, trágicos o triunfantes; en síntesis, el curso agitado, accidentado e imprevisible de toda inspiración no procede necesariamente

· Los datos históricos y algunas precisiones incluidas en este capítulo aluden a ideas y conceptos expresadas de los autores citados, combinadas por ideas y conceptos transversales del autor de este trabajo.

de incapacidad poética ni de desarmonía en el sentimiento español, sino del gusto apasionado por la improvisación y del impulso hacia la realización de una fantasía casi visual, que ha de considerarse como herencia del quijotismo.

En 1521, en los escombros del absolutismo de Carlos V, las clases sociales se distancian y el gusto comienza a modificarse. El vulgarismo idiomático, ya rico en su refranero, se empareja con el individualismo literario y cortesano, aliado con preciosismos extranjeros flamencos, árabes, indios y latinos. El habla vulgar de germanías, de pícaros, buhoneros y aventureros, se sazona con ellos (Diez Echari 1950:470/475).

Los escritores combinaban en su estilo lo docto y lo vulgar con habilidad y destreza; en esta arte combinatoria se gestan grandes genios. El Arcipreste de Hita, en su *Libro del Buen Amor*, reúne con esos elementos un genial breviario de doble sentido, lleno de metáforas, anfibologías y alegorías basadas en el refranero popular. Los refranes son hallados en *La Celestina*, a fines del XV, así como en sus imitaciones. Cervantes es el descubridor de la ley vital poético-prosaica del refranismo. Sancho cita a menudo refranes vulgares. Hubo, por otra parte, autores que no eran humoristas, llamados "*puristas y de formación italiana*"; entre éstos Boscán, Garcilaso, Gutierre de Cetina, Diego Hurtado de Mendoza, Herrera el Divino, y otros. Su ideal era más estético que lingüístico, escribían con impecable limpidez de estilo evitando "artificiosidades", basadas en la estilística italiana.

El pensamiento *barroco* reúne razón y pasión, magia y ciencia, lo sagrado y lo profano, lo español y lo indígena, el catolicismo y la herejía. Todo ello es la base última del pensamiento popular hispanoamericano que se volcó luego en múltiples formas de acción y construcción política, que van desde la experiencia del obispo Vasco de Quiroga con sus *pueblos hospitales* y la jesuítica de *las misiones*, hasta las últimas formas de organización política, como las comunidades agrícolas mítico musicales de Charazani, en la provincia Larecaja de La Paz,

El humor y la ironía, herramientas barrocas esenciales, criticaban las miserias de su sociedad y las transformaban a su vez en tópicos literarios recurrentes: el avaro, el estafador, los celos, los amores ilegales, el abuso, etc. Todo ello componía la temática popular de la

novela picaresca —iniciada por *El Lazarillo de Tormes* (1533)—, alcanzó un auge notable y sirvió para denunciar la crítica vida social del imperio español colonialista. El teatro barroco fue en su época el equivalente del cine en el siglo XX. La diversión y la cultura popular manifestada en los teatros, barracas y teatrinos de la época expresaba la intensidad de los prototipos sociales y su crítica mordaz. Alrededor de 1590, Lope de Vega escribía sus dramas y comedias basado en sus propias premisas que quebrantaban las tres reglas aristotélicas del teatro clásico (unidad de acción, tiempo y espacio), la división de la comedia en tres actos (en vez de cinco) y , en general, la liberalización de la estructura de la pieza dramática. Los ideales que se exaltaban eran el monárquico y el religioso, y los sentimientos más manifestados, el amor y el honor (Entrambasaguas 1932: 235).

2.5. Las divergencias literarias barroca — bizantinas

El segmento más importante del barroco literario español se manifiesta en dos tendencias teóricas y prácticas disímiles: el conceptismo y el culteranismo. Ambas son las dos caras de la misma moneda del estilo barroco, que comparten un mismo propósito: crear complicación y artificio combinados con variadas formas de perfección.

El conceptismo se expande a partir del plano del pensamiento. Su teórico, Baltasar Gracián, en su libro *Agudeza y arte de ingenio*, citado por Diez Echari, lo definió como "aquel acto del entendimiento, que exprime las correspondencias que se hallan entre los objetos" (Diez Echari 1950:523). Para conseguir este fin, los autores conceptistas se valieron de recursos retóricos, tales como la paradoja, la paronomasia o la elipsis. También emplearon con frecuencia la *dilogía*" o la digresión como recursos que permiten varios posibles significados. Don Francisco de Quevedo (1580-1645) ocupa un sillón de gobernador en este territorio de palabras con un *maremagnum* de ironía, frescura y gracia literaria.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare al blanco día,

· · Uso de una palabra con dos significados distintos dentro del mismo enunciado.

y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
dejara la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un dios prisión ha sido
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido:
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrá sentido:
polvo serán, más polvo enamorado.

El *culteranismo*, liderado por el poeta Luis de Góngora (1561-1627), dirige su atención á la expresión poética. Sus caracteres más sobresalientes son la latinización del lenguaje y el empleo intensivo de metáforas e imágenes. La latinización del lenguaje se logra mediante el uso intensivo del hipérbaton y el gusto por incluir cultismos y neologismos. La metáfora es la base de la poesía culterana. El encadenamiento de metáforas o series de imágenes tiene el objetivo de huir de una realidad paralela a la cotidiana, para instalarnos en un universo idealizado.

Mientras por competir con tu cabello
oro bruñido al sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el filio bello;
mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello;
goza cuello, cabello, labio y frente,

¹² "Amor constante después de la muerte" soneto de Francisco de Quevedo y Villegas, 1579.

antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, cristal reluciente,
no solo en plata o viola truncada
se vuelva, más tu y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo en sombra, en nada.'

El gran torneo poético entre conceptismo y culteranismo estuvo personificado por Francisco de Quevedo y Luis de Góngora, las dos prerrogativas del silogismo barroco, cuya descomunal enemistad, basada en una íntima y no tan oculta admiración recíproca, sería uno de los florilegios más destacados de aquel siglo áureo. La proliferación de lo conceptual, los contrastes, las elipsis y las metáforas, giros e hipérboles coincidían en un ideal implícito el máximo preciosismo.

La obra poética de Góngora, patriarca del culteranismo, inauguró un paraíso estilístico cargado de neologismos y complicadas metáforas. Sus poemas mayores, *Fábula de Polifemo y Galatea* (1612) y *Soledades* (1613), acentuaron sus artificios y el carácter culto y misterioso de su poesía. Fue ensalzado por unos y ferozmente atacado por otros en su época; entre ellos, Francisco de Quevedo, explorador incansable de lenguajes variados: morales, satíricos, religiosos, de amor, etc. En su obra subyace una concepción angustiada de la condición humana, común en toda la novela picaresca. Puede mencionarse, entre muchas, sus obras: *La vida del Buscón llamado don Pablos* (1626) y la alegoría *Sueños* (1627).

2.6. América barroca

La transculturalidad del barroco. puede ser percibida en sus relaciones con lo hispanoindígena y lo hispanonegroide en todos sus matices, como lo mencionara con frecuencia Lezama Lima. Todo ello recrea un mundo físico con imágenes y palabras pomposas que, en muchas ocasiones, ha enriquecido la flexibilidad y soltura de la lengua

¹¹ Soneto CLXVI, Luis de Góngora, 1582

castellana. Si a ello le agregamos el bagaje lexicográfico de lo árabe, lo judío y lo europeo, tendremos idea de la magnificencia y ductibilidad de nuestra lengua.

La travesía entre el barroco hispano, tan lejano del resto de Europa, fue aun más compleja y fructífera. La hipérbole lanzada por una flecha poderosa parecía no tener límites, pero cada trecho atravesado era un nuevo terreno ilimitado. América trastornaría y transformaría el barroco hispano al que insuflaría nuevos e inéditos componentes, producto de la diversidad de su naturaleza, de sus geografías y sus culturas. Así, innovadora, desafiante y desatadamente orgullosa de misterios, mitos y símbolos hispanoamericanos, estéticamente adornada con agradables metáforas, sobreabundancia de erotismo y ofuscantes signos esotéricos trae a primer plano bellas ilusiones e ironías en objetos y paisajes. El barroco es asimilado por América, y ésta transforma a sus habitantes y estantes hacia manifestaciones nuevas, pero llenas de una antigüedad presente (Canedo 1985: 124).

Lezama Lima pretende una disección sobre los orígenes de esa relación histórica y la explica a su manera:

Nuestra apreciación del barroco americano estará destinada a precisar: primero, hay una tensión en el barroco; segundo, un plutonismo, fuego originario que rompe los fragmentos y los unifica; tercero, no es un estilo degenerescente, sino plenario, que en España y en la América española representa adquisiciones de lenguaje, tal vez únicas en el mundo, muebles para la vivienda, formas de vida y de curiosidad, misticismo que se ciñe a nuevos módulos para la plegaria, maneras del saboreo y del tratamiento de los manjares, que exhalan un vivir completo, refinado y misterioso, teocrático y ensimismado, errante en la forma y arraigadísimo en sus esencias” (Lezama Lima 1954:54-55).

El descubrimiento de nuevos lenguajes, nuevas formas de concepción del mundo, nuevas formas de relación entre seres humanos y su contexto natural habrá de calar fuerte en el inmenso ser, aún en formación, que se gestaba en los años de la conquista y los siglos de la colonia. La convivencia, el estupro, el adulterio, la promiscuidad o cualquier forma de acoplamiento sirvieron para crear no solamente todos los matices y sabores del mestizaje étnico sino el enriquecimiento de todas las culturas cohabitables en todos los rincones de

este continente. Una gran poeta americana, Sor Juana Inés de la Cruz, muestra en su lenguaje poético aquella conquista recíproca y la fortaleza del barroco americano:

Detente sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme fugitivo?
Más blasonar no puedes satisfecho,
de que triunfa de mi tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.¹⁴

Consideraremos sólo una faceta de los referentes barrocos americanos: el hispanoindígena y el hispanonegroide, como una novedosa fórmula de la nueva química. El escenario natural será siempre el ingrediente latente y determinante de actitudes. Los originarios, estantes y llegados aprendieron a relacionarse con su contexto. Un mundo físico con imágenes pomposas y visuales, con mundos paralelos cercanos a la magia, la contemplación y la todopoderosa ritualidad.

Para Lezama Lima, el barroco, cuya fuerza inicial fuera calificada de *contra-reforma*, fue un arte de la *contraconquista*, el triunfo de la ciudad y lo americano en un estilo natural de vida y muerte:

¹⁴ "Que contiene una fantasía contenta con amor decente", soneto de Sor Juana Inés de la Cruz.

Es el hombre que viene al mirador, que se sacude lentamente la arenisca frente al espejo devorador, que se instala cerca de la cascada lunar que se construye en el sueño de propia pertenencia. El lenguaje al disfrutarlo se trenza y multiplica; el saboreo de su vivir se agolpa y fervoriza. Ese señor americano ha comenzado por disfrutar y saborear, pieza ya bien claveteada, si se le extrae chilla y desentona (Lezama Lima 1957:87).

Plantea dos paradigmas: el barroco indio, identificado por el escultor Kondori, que sobrepone la *indiátide* a la cariátide barroca en las columnas de los templos y edificios. En la masa pétreo de las edificaciones introduce el flujo de las sùmulas barrocas:

Kondori logra insertar los símbolos incaicos de sol y luna, de abstractas elaboraciones, de sirenas incaicas, de grandes ángeles cuyos rastros de indios reflejan la desolación de la explotación minera. Sus portales de piedra compiten en la proliferación y en la realidad con los mejores del barroco europeo (Lezama Lima 1954: 73).

Sus catedrales e iglesias plantean un discurso evangelizador a partir de una óptica arremolinada. Todo está lleno o es susceptible de ser llenado. El *horror al vacío* es compartido por criollos, mestizos e indígenas. Kondori representaba una forma oculta y hierática, una síntesis del español y del indio, una solemnidad compartida:

Su arte es como un retablo donde a la caída de la tarde, el mitayo sólo desea que le dejen colocar su semiluna incaica en el ordenamiento planetario de lo español, —que entre los instrumentos que entonan la alabanza, el charango, la guitarrita apoyada en el pecho, tenga su penetración sumergida en la masa tonal. (Lezama Lima 1954:76)

Menciona su labor en la portada de San Lorenzo, en Potosí, en medio de los angelotes larvales, de las colgantes hojas de piedra, de las llaves que como galeras navegan por la piedra labrada, aparece, suntuosa, hierática, una princesa incaica. En el mundo teológico cerrado de los evangelizadores católicos aparece un símbolo distinto que armoniza con el abigarrado conjunto de volutas y arabescos pétreos.

Además de la existencia real del tallador indio, éste es considerado como la representación de un encuentro, la gestación de una mutación del barroco, de la yuxtaposición filosófica o de una compleja interculturalidad que permanece en el tiempo,

se ramifica y se expresa en múltiples y cada vez nuevos productos, como este poema del poeta chileno Vicente Huidobro (1893-1948):

(...) Nacida en todos los sitios donde pongo los ojos
con la cabeza levantada
y todo el cabello al viento
era más hermosa que el relincho de un potro en la montaña
que la sirena de un barco que deja escapar toda su alma
que un faro en la neblina buscando a quien salvar
era más hermosa que la golondrina atravesada por el viento
eres el ruido del mar en verano
eres el ruido de una calle populosa llena de admiración (...)

Otro de los elementos fundamentales del *barroco americano* es el *barroco negro*, representado por Aleijadinho. Su madre era una negra esclava y su padre, un arquitecto portugués. Luego de una vida azarosa se dedica con el mismo ímpetu, a tallar la piedra, y comienza a vestir su Bahía con sus fuentes públicas. La presencia de lo africano, como una presencia impuesta, pero fácilmente asimilable al trópico y las selvas americanas, aporta la posibilidad de una tercera visión, junto a las múltiples variables de su mestizaje con los hispanos y los indígenas. La sangre africana, cuyo flujo sanguíneo está a flor de piel y corre por su sangre, es determinante en muchos lugares de América. Opuesto a la laboriosidad natural de los nativos, el negro americano plantea una relación lúdica y fastuosa con su entorno. Esclavo y forzado no permite esclavizar su alma, y ésta busca los cauces para sobrevivir y mantener sus componentes culturales. El negro con su natural tendencia al ocio y al jolgorio sensual contribuirá a conformar formas irreverentes y celebratorias del barroco. Una de sus manifestaciones modernas nos trae el poeta Nicolás Guillén:

¹⁵ Fragmento del poemario *Altazor* de Vicente Huidobro.

Para hacer esta muralla
tráiganme todas las manos
los negros sus manos negras
los blancos sus blancas manos ay,
una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte (...) ¹⁶

2.7. El surrealismo mágico de los barrocos

Durante el XVIo Congreso de Literatura Iberoamericana, celebrado en México, en 1973, dedicado a la literatura fantástica, dos tendencias similares fueron planteadas: el realismo mágico y lo real maravilloso. Ese evento fue un llamamiento a la fe en lo maravilloso americano. *Lo real maravilloso* ya había sido formulado en 1949 por Alejo Carpentier (1904-1980) y dice traducir lo barroco de las comunidades primitivas a partir de varios vocablos en el olvido y temas idealizados en huracanes, mitos y paisajes naturales:

(...) que lo maravilloso del barroco comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad (...) (Carpentier 1952:3).

En el prólogo a su novela *El reino de este mundo*, Carpentier plantea su visión en dos ideas:

- la realidad americana posee privilegios estéticos extraordinarios que no posee Europa;
- para ver lo real maravilloso americano todo escritor debe creer en su existencia.

¹⁶ Fragmento del poema "La muralla" de Nicolás Guillén, de su libro *Songorocosongo*.

La sensación de lo maravilloso, para Carpentier, presupone una fe, un creer sin prejuicios en lo que se puede ver (el azar como constante, lo inesperado como norma). Carpentier adoptó el concepto de lo maravilloso de la terminología surrealista, sin embargo, lo opuso a lo maravilloso literario europeo. Comprende dos aspectos:

- una cualidad estética extraordinaria de la realidad americana;
- la capacidad del escritor de percibir esta cualidad y de transformarla en literatura.

Gabriel García Márquez (1928) reclama la voluntad del escritor de representar lo real como mágico. Los mitos, las leyendas, las creencias de la gente, forman parte, y de manera muy natural, de su vida cotidiana:

Pensando en ella me di cuenta de pronto que no estaba inventando nada, sino simplemente captando y refiriendo un mundo de presagios, de terapias, de premoniciones, de supersticiones, (...) que era muy nuestro, muy latinoamericano. (...) aquellos hombres que en nuestro país consiguen sacarle de la oreja los gusanos a una vaca rezándole oraciones. Toda nuestra vida diaria, en América Latina, está llena de casos como éste (García Márquez 1963:56-89).

Según él, en el Caribe se mezcló la imaginación desbordada de los esclavos negros africanos con la de los nativos precolombinos y luego con la fantasía de los andaluces y el culto de los gallegos por lo sobrenatural. Considera, a modo de catálogo, un inventario de constantes:

- la interpenetración de la historia y del mito;
- el tema del mundo sin nombre, encarnación de la unidad y la limpieza primitiva;
- el universo doble: no se distingue el nivel de la realidad y el del sueño.

Lo *real maravilloso* de Carpentier y el *realismo mágico* de García Márquez difieren en un punto esencial: mientras lo primero, como exaltación de América Latina, crea el mito del subcontinente predestinado a generar el mito del *nuevo paraíso*, de una utopía, el realismo mágico de García Márquez, por el contrario, destruye este mito, el universo

novelesco se presenta al lector como un mito roto por la historia, como lo sagrado destruido por la invasión de lo profano, por la policromía de lo circundante y la pulsación telúrica de los fenómenos, los ecos y las voces.

Las dos acepciones de fuente común son un equivalente del debate bizantino entre Quevedo y Góngora, como si de éstos o de los otros, dependiera otra cosa que no fuera la literatura. Una tercera voz, Miguel Ángel Asturias, al hablar sobre el realismo mágico, dice:

Mi realismo barroco es "mágico" porque depende un poco del sueño tal como lo concebían los surrealistas. Tal como lo concebían también los mayas en sus textos sagrados. Leyendo éstos me he dado cuenta que existe una realidad palpable sobre la cual se enraiza otra, creada por la imaginación, y que se envuelve con tantos detalles que se hace tan real como la otra. Toda mi obra se desarrolla entre esas dos realidades: la una social, popular, con personajes que hablan el habla del pueblo guatemalteco, la otra imaginaria, que los encierra en una especie de ambiente y paisaje de sueño" (Asturias 1972:23).

La escritura es parte fundamental del barroco narrativo. Su relación y continuidad con el relato oral de mitos y de la historia es decisiva. Muchos relatos sobre el mundo prehispano en América fueron dictados a los cronistas, y éstos, a su vez, transmitidos de diversas formas: lo literario pasando por tamices paraliterarios y metaliterarios, para volver a cauces literarios. La literatura latinoamericana (palabra barroca por excelencia, que significa, entre otras cosas, la relación latina —grecolatina— de las culturas mediterráneas europeas con las culturas americanas), ha planteado y replanteado discursos sobre esa interrelación del vacío, de los espejos y de las *Dulcemesas*, que analizaremos más adelante.

2.8. La hipérbole y la hipertelia

Contar las cosas en su exacta dimensión —lo que los periodistas llaman con raro misticismo (sin fe), objetividad—, carece de interés, al menos de interés narrativo. La voz y la palabra escrita se animan, cobran ritmo, cuando alguno de sus componentes, o varios, son interpretados (dilatados o expandidos). La *hipérbole barroca* es pues un instrumento fundamental de la culinaria literaria. Es la presencia del objeto en primer plano, en el punto

esencial. La *hipertelia*¹⁷ es aquel desborde de la ornamentación y el maquillaje. Un ejemplo cercano es aquella muchacha que usa, simultáneamente y con cierto "exceso", toda la utilería de cremas, tintes, rebordes y colores de su tocador.

¿Son necesarios tantos adornos, tanta chafalonería híbrida que insulta la llaneza y contundencia de las palabras esenciales y simples?, preguntaría un artista no barroco, y todos en nuestra sana razón le apoyaríamos mientras despotrica contra la cotidiana hipertelia del travesti que se viste para ir a comprar pan a" la esquina de su casa. Sin embargo, en la misma negación a estas prácticas híbridas y aberrantes, según los puristas, está su plena afirmación.

Una *Dulcemesa* o *tulsimisa* —en su fonética aymará, como se quiera, es una mesa simbólica, un banquete de deseos y culpas, un bautizo, una catarsis y unas exequias aleatorias en un solo ritual, denso y complejo. ¿Para qué esto o aquello? Tanta cosa para pedir algo que sólo una férrea voluntad pudiera lograr. La razón del absurdo: la fe con recovecos es mucho más contundente que la esquelética lógica. Cada elemento tiene su consistencia y su proporción. Lo descomunal de su concurrencia junto a otros componentes será la medida de lo perfecto o de una nada, más densa que el vacío. O sea que no es solamente el desperdicio de lo "superfluo" sino su propia suntuosidad, lo histriónico y su plena dinámica lo que construye paraísos e infiernos individuales y colectivos. Dice Lezama Lima:

Iba saliendo de la duermevela que lo envolvía. La ceniza de su mano resbalaba por el azul de su corbata. Puso la corbata en la mesa y sopló la ceniza. Apoyó la pala en la pared y se sentó en el espacio dejado por una mujer en la cafetería. Saboreaba su café con leche, dejaba caer restos de la tostada sobre sus zapatos blancos que miraban la tienda de la esquina, impulsado por el tintineo de la cucharilla brillante, se transformó en Oppiano Licario. Era su misma voz, pero modulada en otro registro. Volvía a oír de nuevo: ritmo hesicástico, podemos empezar¹ (Lezama Lima 2001:389).

Este término es propuesto por José Lezama Lima en su ensayo *La curiosidad barroca*.

2.9. El sueño alucinante de la lengua

Más que a aquella inmensa parafernalia del idioma, nos referimos a la lengua, a ese órgano muscular situado en la cavidad de la boca y que sirve para gustar, para deglutir y para articular los sonidos de la voz. Sus funciones van más allá y podemos quedarnos con aquella fascinación por los sonidos que tiene su masa húmeda, casi reptilesca. Repite y regenera lo conocido y, en su ansiedad por ser viperina, inventa palabras nuevas, las lleva a una combinación inusual o a sonidos nuevos, vacíos, con la angustia de alimentarse de significados.

Se puede imaginar al barroco como el morbo de nuestra lengua castellana. Nuevas sensaciones o viejas percepciones sentidas de diferente manera pueden generar nuevos signos audibles y escribibles. A veces es suficiente, volviendo a los espejos, con situar palabras comunes en contextos nuevos. Puede llamarse mestizaje lingüístico y mental, **multilingüismo** o interlingüismo. Todo barroco es una forma inusual de hibridismo, de mezcla, de combinación, de alquimia verbal:

(...) un espantajo con una cara hecha de un orejón; los dos cuévanos de vendimiar; la frente con tantas rayas y de tal color que parecía planta de pie; la nariz en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra, y una cara con la impresión del grifo; la boca a la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa a lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado, como velo de mortaja (Quevedo 1998:127).

Una plurilingüística, que al simple bagaje de la lengua académica, añade lenguajes armónicos y disonantes. Se introducen ruidos al texto, respiraciones, otros decires no convocados. Las formas de hablar, sus niveles sociolectales, los híbridos expresivos, las lenguas compartidas y simultáneas, forman parte de la cotidianidad (o su falta) de márgenes de la realidad, del banquete literario al que no todos hemos sido invitados.

Por lo que se dijo, o principalmente por lo que no se dijo, el barroco es algo que siempre escapa de nuestras manos, que se disfraza en la ornamentación, en los decorados,

¹⁸ Párrafo final de la novela *Paradiso*, de José Lezama Lima.

la teatralidad y los símbolos, pero que sin darnos cuenta y, de una forma u otra, penetra en nuestras vidas, las llena de dinamismo y pasión. Nos permite revivir lo que nunca existió y traspasar de las fantasías a las realidades como de un sueño al otro.

3. EL SISTEMA POÉTICO BARROCO

Al enunciar un sistema poético emergente del barroco abstraeremos sus relaciones históricas y contextuales y, a la vez, extraeremos de éstas los componentes atemporales, ahistóricos y multiculturales. Un primer elemento que puede servirnos de puente colgante entre lo histórico y lo no histórico es el concepto de *nomadismo dialéctico* en sus múltiples expresiones. Como movimiento artístico se genera en su oposición al carácter lineal del clasicismo, a su formalidad, a su forma cerrada, a su unidad y a su evidente claridad. Transita desde su oposición a lo clásico y de las corrientes italianas y francesas que van desde el berninismo hasta el rococó, pasa a España con el churriguerismo y la imaginería contrarreformista. De las artes plásticas se extiende a la literatura y de ésta a las artes populares, retornando luego a la arquitectura. Sus itinerarios siempre tienen retorno. Su dialéctica ascendente hacia las ideas y descendente a las experiencias, establece, como pocos movimientos artísticos, una cultura del nomadismo en todos los sentidos. Cada encuentro con lo diferente o lo similar establece un instante de cruce e intercambio, luego procesos de mezcla y combinación, de estupro verbal y armonía. Es este *nomadismo* el que genera la dinámica que lo vincula a varias épocas pasadas, actuales y por venir; su transculturación y su dispersión en todas las expresiones humanas de nuestras sociedades. Por ello se presenta como un escenario visible la geografía de los mestizajes, a través de los cuales transita diferentes visiones de mundo, de la vida, de la muerte, de todos los aspectos de la cadena vital.

Con este escenario ubicuo y en medio de una temporalidad cíclica se plantea este juego metafórico en el que, en tres momentos paralelos se establece lo esencial de todo acto barroco: el miedo al vacío, los espejos comunicantes y las Dulcemesas.

3.1. Orror vacui

El punto de inicio en esta parte es la metáfora propuesta por Claude Levy Strauss, en una cadena de conceptos en los que desarrolla los mecanismos del pensamiento de las sociedades primitivas. Al comentar sobre lo que pudo motivar la aparición de pinturas rupestres en los muros de las cuevas, menciona un horror al vacío, *orror vacui*. Aquellos seres humanos en un medio hostil, lleno de inmensidades, no podían soportar en su entorno aquel vacío, y llenaron su cuevas con los sueños y pesadillas que componían su realidad cotidiana. A ello añade, entre muchas otras cosas, el concepto del *bricolage*: aquel obrar sin plan previo y con usos tecnológicos un accionar mítico y lúdico, un conjunto de relaciones concretas y virtuales que es un intermediario entre la imagen y su concepto (Levy Strauss 1962:37/39).

Los lenguajes se revisten de variedad, de variaciones, hacen culturas, subculturas y transculturas. Los objetos "hablan", los lenguajes "dicen" por sí mismos, los decidores los organizan y ellos viven por cuenta propia. El espacio que conforma los vacíos es llenado por espacios que se vacían de los llenadores. El todo y las partes conjugan, nada está separado para el hombre neolítico. Entre la nada y el todo existe una correlación infinita, una relación cíclica constante. La hoja en blanco, el terreno baldío, el silencio, la oscuridad, la superficie lisa, el muro uniforme, son vacíos relativos que claman por una intención, por una pasión que reordene sus "vacíos". La linealidad y el determinismo se quiebran ante el carácter circular del tiempo. En realidad, el vacío ya se traduce como una potencia de ser. El barroco no sólo cumple este principio sino que siempre llega a ser la exacerbación del espacio, ya que al horror al vacío esencial se suma el placer del infinito material. Nada habitado por el hombre queda exento de su presencia, lo (malo y lo bueno) que hace, deja la marca de sus pasos, y éstas a menudo son abigarradas y caóticas, simples o complejas. Cuando el *ser barroco* se enfrenta a aquel vacío humano lo hace con tal ímpetu que trata de no dejar huellas de su vacío primordial, sin bordes, pero completamente asibles.

La teoría aristotélica del hilemorfismo propone la simultaneidad de la esencia y la presencia del ser (forma y materia) en el devenir de la sustancia, expresada en la *potencia* (capacidad de recibir la forma) y el *acto* que traduce una acción o un *ser en devenir*.

Interpretando este esquema aristotélico puede afirmarse que un *hecho barroco*, está formado por un vacío y una presencia, cuya esencia puede, por efecto de su propia convocatoria, transformarse en una acción o proceso. Al hablar de formas y contenidos puede extenderse a cualquier hecho artístico; sin embargo, la particularidad que se le atribuye al concepto *barroco* es la concentración y correspondencia entre la potencia y el acto: su ser es su hacer, su esencia es su presencia.

Puede entenderse también como un principio de sensualismo debido a su relación directa con los sentidos y lo perceptual, por ser una conjunción de forma y materia *ad infinitum*. Un *acto barroco* es esencia, paciencia y reminiscencia, es potencia y acto tensionados. En sus procesos creativos atraviesa varias tensiones, ya que mezcla y combina elementos disímiles en su origen material, histórico y conceptual. Lo híbrido puede ser una fase inicial —algunas veces su aborto y su estigma. Todo lo híbrido, altisonante o aberrante sólo es una fase —a veces inconclusa— de un proceso barroco. Sus propuestas rara vez son débiles o tímidas, casi nunca conservadoras, de allí su impetuosidad, sus excesos. Sus resultados son inesperados, incluso para quien los ha promovido, ya que la planificación sólo cabe en un cauce ordenador, que siempre se desborda. En el itinerario de un hecho barroco puede saberse (no siempre), de dónde se parte, pero es difícil saber a dónde se va a llegar o las implicaciones que puede tener. Por ello todo *hecho barroco* es un acto instintivo, que rebasa lo racional. Es normal que sus resultados finalicen en lo *celebratorio*, en un rito espontáneo, en una fiesta.

Todo *ser barroco* huye de su vacío interior y se halla en todos y en todo. Puede a veces confundirse el simple abigarramiento o la acumulación de lo disímil para calificársele como barroco, de esa idea provinieron anatemas e ironías, y para no disipar tales sabrosuras, podemos decir que son *actos barrocos* pero carentes de su elemento fundacional: la concentración del vacío primordial y su habitación concentrada.

3.2. Los espejos comunicantes

Más allá de la mera función reflectiva de los espejos, su importancia deriva del mito en el que la imagen reflejada y el sujeto real están unidas en una correspondencia mágica.

Las aguas quietas o los remansos narcisiales y los objetos refractarios han dado siempre una imagen, un referente del yo eventual. ¿Retienen los espejos el alma o la fuerza vital de la persona **reflejada**? Una pregunta que atraviesa tiempos y espacios hasta nuestra precaria sociedad moderna. Se afirma que el reflejo es una evidencia de humanidad, ya que seres sobrenaturales, demonios o espíritus vagos no consiguen su imagen reflejada y, en caso excepcional, no la soportan y mueren.

En la antigüedad, los espejos fueron considerados amuletos protectores de los seres del antimundo. Puede citarse el caso de los espejos etruscos de uso cotidiano elaborados en bronce y plata, en forma de discos y bruñidos, en cuyo reverso eran tallados temas religiosos; lo mundano y lo religioso separados por un vacío de imágenes. En el antiguo México podía hallarse espejos de vidrio volcánico pulimentado, llamado obsidiana, a los que para nombrarlos se añadía el nombre del dios azteca Tezcatlipoca (espejo humeante, en su lengua originaria). A su función original se le agregaba un valor mágico y adivinatorio, producto del consumo de sustancias alucinógenas ligadas a la contemplación de las imágenes, según menciona Salvador de Madariaga en su novela *El corazón de piedra verde*. Los rituales sintoístas a la diosa solar Amaterasu, incluían su representación en inmensos espejos de bronce, adornados por flores de loto de ocho pétalos. Recordemos que según sus tradiciones los emperadores japoneses, cuando acceden al trono, reciben como insignia un espejo.

En la iconografía de Occidente, su importancia es variada, aparece representada en las manos de las sirenas lujuriosas y es, asimismo, el emblema de ciertas virtudes: verdad y prudencia, relacionado con los símbolos marianos, principalmente con la luna y el sol, dada su reflexión de luz.

Los ojos, se dice, son el espejo del alma; dos espejos enfrentados son una visión del infinito. Un espejo nítido representa la dicha conyugal; en un espejo roto se acumulan años de mala suerte. Es un camino, una invitación a un mundo extraño, a otra dimensión. Lewis Carroll, en sus fábulas sobre una niña extraordinaria, nos invita a descubrir cuanto existe

detrás de un espejo . Soñar con espejos, según el poeta inglés, Ernst Aeppli , tiene un presagio de muerte. ¿Existe un espejo vacío? Su vacía delgadez está poblada de infinitud de imágenes. Un espejo reflejando la oscuridad, ¿qué formas de distancia asume?

Azogue de los tiempos, ¿dónde estás?

Los hombres vestidos de armaduras llegaron a las costas americanas repartiendo baratijas y espejuelos. Cuestión de valores. Para unos el valor depreciado al adorno, para otros las imágenes presas. El descubrimiento de la apariencia y la apariencia del encubrimiento. En un palmo un cofre plano restañando todo el exterior, variando a cada instante. Demasiado mágico para ser regalado a cambio de simples objetos áureos.

La imagen y sus formas trópicas: la metáfora, la metonimia y la sinécdoque marcan una relación intermitente entre el análogo y su fuerza conectiva. Partiendo del principio lúdico de la imagen se puede llegar, luego de múltiples combinaciones y las combinaciones de éstas, a la imagen original, pero ¿será la misma?, ¿será parte de esa poderosa fuerza regresiva? Toda imagen es la realidad visible, sentida o presentida del mundo invisible. El mundo entero y toda sus naturalezas han sido reescritos con imágenes de todo tipo a lo largo de todos los tiempos y culturas. Cada palabra, cada visión, cada acto humano, tiende a crear imágenes, y cada acto barroco a crear imaginarios.

El devenir de la imagen barroca tiene dos cauces motrices: es *excéntrico*, con varios puntos de referencia y una red de relaciones, y *concéntrico*, con un centro complejo y disperso. Se puede condensar múltiples y variados componentes en un hecho barroco ¡imprevisto; por otro lado, a un simple objeto puede hallársele innumerables posibilidades y potencialidades. En ambos casos, el resultado es un emocionante juego de espejos, de ¡imágenes surgidas de las imágenes.

¹⁹ Se refiere al libro *Alicia detrás del espejo*, de Lewis Carroll.
"Citado en "Nueve ensayos dantescos" de Jorge Luis Borges, 1982.

²¹ El *azogue* o mercurio permite que la plata se transforme en líquida: el nitrato de plata. Con éste se consigue transformar un simple vidrio esmerilado en un espejo. La frase alude al tiempo viéndose a si mismo.

La particularidad de los imaginarios barrocos es que a esa natural formulación se añade un sistema de generación de imágenes: la imagen de la imagen (las similitudes) y las imágenes confrontadas (las disimilitudes).

El sistema poético barroco establece que todo puede ser combinado e imaginado entre sí y consigo mismo, puesto que todo es parte de una armonía universal desperdigada, inabarcable en su totalidad y solamente percible en sus partes.

3.3. La Dulcemesa

Aquellos cuyos dedos se regocijan en los espacios sin límites suelen reunir un conjunto diverso de objetos azucarados, privilegiados para el paladar de los seres tutelares aimaras. Son una variedad exquisita de varios tipos de caramelos, de tamaños y colores disímiles: un par de nueces, alguna *kisa* (durazno seco o uva pasa), figuras ondulantes e iridiscentes melcochas y dulces de especial significación, a los que llaman *misterios*.

Cada *misterio* es elaborado en bajo relieve y representa en una de las superficies una escena, figura o dibujo, molde, que está relacionado con el carácter de la mesa; en el reverso se notan, un tanto difusas, formas que representan lo contrario del anverso. Siempre debe ponerse abajo lo que no se quiere (Rossing 1990:178/184).

Estos *misterios* son cuidadosamente elegidos, ya que su combinación es determinante en el efecto de la mesa. Si el ofertante no incluye una combinación adecuada y única para cada caso, fuerzas no convocadas pueden alterar el resultado. Doña Marta Huarachi, una mesera alteña nos narra:

(...) el Pan de San Nicolás es un componente fijo de la *Dulcemesa*. Es una galleta circular con una imagen de la virgen —o una estrella en el centro del círculo. Pueden aparecer dos o cuatro, según el tamaño de la mesa. Las figuras azucaradas de llamas y botellas, junto a imágenes de wawas, santos, estrellas, corazones y *roscas* (caramelos en forma de nudo) terminan por conformar el armado escénico...".

²² Trabajo de campo realizado el 3 de mayo de 2004 en la Ceja de El Alto.

Algunas mesas rituales incluyen *sullus* (fetos de llama), que son remojados en agua de lluvia y embadurnados con grasa animal. Se los orna con lanas de diversos colores, flores y papeles brillantes antes de ser sacrificados junto a la ofrenda. Los diversos comensales (los destinatarios de las ofrendas) creen que iniciarán un nexo real con la *Mamapacha*, los *achachilas* y los *uywiyis*, ya que dicen que ellos gustan del feto de llama (*qarwa sullu*), aunque es preferible conseguir *sullus* (fetos) de vicuña y alpaca, de los que siempre están pendientes. Los chullpas, sin embargo, muestran predilección por el cerdo (*khuchi*) la oveja (*iwija*) y el conejo (*janku*).

Dicen que los diablos se sienten ofendidos con aquellos fetos y prefieren cuerpos de perros negros, gallos o conejos desollados sangrantes. Si son bien complacidos pueden trocar la enfermedad en salud para los enfermos. El que lo acepten o rechacen depende no sólo de los ingredientes de la mesa, sino de la forma, el lugar y la hora en que se presenta la mesa. Gente de la ciudad, compradores no tan avezados, suelen ser engañados y recibir oveja por llama.

El empleo de huevos untados en grasa y decorados con papeles brillantes es ocasional entre los aimara urbanos, pero parece constituir una parte esencial en las mesas de los especialistas (Rossing 1990:231).

Cabe estas precisiones para exponer la *potencia del hecho barroco*. ¿Qué es lo que diferencia lo abigarrado y lo barroco en sí? Entre ambos estados o acciones hay aspectos comunes, pero la diferencia está en su potencialidad. El rito es un acto de ofrenda, se da lo que se quiere dar, y a esa ofrenda se le adereza con lo imprescindible, nada más y nada menos. Todos los elementos son imprescindibles e imaginados los unos con los otros, por ello cabe en sus límites y en sus ilimitaciones. Volviendo a la metáfora de la mesa, el límite serían sus bordes de lanas de colores, el incensario, su vinculación con el mundo y su ilimitación el humo en el que convergen sus elementos y que se dispersa en el aire y la noche.

** Seres tutelares escondidos en lugares extraños.

Lo abigarrado acumula muchos y variados objetos, el azar los convoca y también puede ser objeto de una metódica persistencia. El acto barroco establece una densidad expresiva que exige de su lector o espectador una participación y una pasión decodificadora. No puede convocar más de lo necesario ni menos de lo imprescindible, apenas se sobrepasa, se desborda. Posee bordes flexibles, pero perfectos en sus límites. Cada componente —como en la *Dulcemesa*— ocupa un espacio y una relación con los demás componentes. Su armonía le otorga la dulzura de lo que podemos llamar, sin exageraciones, un barroco pleno.

La correspondencia entre potencia y acto devenía de la equivalencia de lo esencial y su(s) presencia(s). La convocatoria de imágenes y componentes en un acto barroco es múltiple y vasta, pero, ¿cuáles de los tantos convocados se sentarán a la mesa? He allí la diferencia. En un acto barroco pleno no ha de sobrar nada y tampoco se ha de echar nada en falta. Cualquier objeto o sujeto advenedizo hará fallar la ofrenda, de la misma manera en que sucede con los actos rituales aimaras. Sin embargo, su determinación no proviene de un cálculo digital, sino de una fractalidad²⁴ irrepetible.

Otro elemento fundamental del *sistema poético barroco* es la fusión del lector o espectador con la obra. Su papel es activo, cuestionador, pesquisidor, detractor, pero está siempre metido, introducido. Todo, incluyendo al lector, participante u ofertante, es parte del hecho barroco. Su imaginería involucra todo ello.

Toda obra barroca conlleva su propia complejidad y armonización de sus tensiones; sin embargo, se propone en este ensayo que, al menos, su infraestructura y su superestructura pasan por esos tres pasos esenciales: *el miedo al vacío* y su respuesta, como devenir de su sustancialidad; *el juego de imágenes* en sus actos y procesos; *la Dulcemesa*, en la conciliación de su potencia, en la determinación de sus componentes y fenómenos. Besado por esas tres fauces, el *hecho barroco* empieza a transitar por su ser en devenir. Tal es su sistema poético.

4. LO BARROCO EN LA SOCIEDAD

Todo ser es social, en principio, no necesariamente barroco. Son los hechos existencias los que Con frecuencia le aproximan a lo barroco. En sociedades como las nuestras casi todo está impregnado de barroquismo: la vida social, lo público y lo privado, lo inmediato y lo ilimitado, las virtudes y los defectos, etc. Son los diversos planos que componen y conviven en una sociedad urbana compleja, barroca en sus esencias, orígenes y en sus concomitancias.

4.1. La abigarrada cotidianidad

La realidad tangible, tan inasible en su devenir, es el centro generador de todas las manifestaciones culturales que incluyen desde lo preciso de las insignificancias hasta lo disperso de los propósitos abstractos. Lo minúsculo, lo trivial o lo corriente, están vinculados a estructuras similares a las que se ha mencionado. Los ritos, las relaciones sociales, la vida política, las relaciones obrero-patronales, las afectividades y hasta lo sentimental. Todo está impregnado de barroquidad, vea por donde se mire. Valga presentar algunos fragmentos de ello:

un fragmento de una norma legal vigente:

Art 39° (FALLECIMIENTO PRESUNTO DEL AUSENTE)

I. Transcurridos cinco años desde la última noticia sobre el ausente, puede declarar el fallecimiento presunto sobre el ausente, puede el juez declarar el fallecimiento presunto de aquel a solicitud de las personas referidas en el artículo 33 (herederos). Esta declaración puede también hacerse después del plazo indicado aunque no hubiera habido constancia antes de la declaratoria de ausencia. La declaración del fallecimiento presunto se suspende si no han transcurrido al menos cuatro años calendario desde que el ausente alcanzó mayoría de edad (Código Civil concordado, D.L. 12760 de 6 de agosto de 1975).

Más allá de las interpretaciones leguleyas, el texto podría tener variadas lecturas y variados sentidos. El tema es la declaratoria de muerte de un ausente, cuya presencia ha dejado de constatarse, sólo factible en caso de mayoría de edad. O sea que, los menores de 21 años no pueden estar ausentes y los mayores sólo pueden morir legalmente en casos de

Se alude a lo fractal como parte de la teoría del caos.

desaparición mayor a 1825 días ó 5 años no bisiestos. Si añadimos una duda sobre cuál es la idea sobre "última noticia", a propósito de la presencia del supuesto ausente; si ésta fue producto de una certeza (confusión) visual o simplemente auditiva (alguien creyó escuchar algo del ausente), todo ello recae en confusiones. Aún si consideramos que los herederos, además de los bienes heredados (producto de ese virtual fallecimiento sin cadáver), pudieran recibir algo de la presencia-ausencia proveniente del mayor de edad...

La construcción y deconstrucción de un texto como éste cuyo objetivo es precisar una acción concreta, establece varios micro mundos barrocos relacionados, lleno de dinamismo, teatralidad, decorativismo y suntuosidad, constante en diversos ámbitos cotidianos, como consultorios, talleres, pasillos, calles o plazas.

4.2. La religiosidad híbrida y sus ritos

La tradición de algunos rituales religiosos aimaras en la ciudad está compuesta de invocaciones a seres tutelares andinos que involucran transversalmente referentes católicos y otros íconos. Toda ofrenda es una hiperbolización que parte de un simple pedido: desear el cambio de algo. Los participantes se "visten" de solemnidad y sumisión. Los gestos y la sucesión de acciones ejercen un *nomadismo* que divaga entre el presente efímero, la eternidad, la celebración y el rito alimenticio. El ofertante comparte una mesa y unos alimentos con presencias invitadas invisibles que se manifiestan a través del olor de lo que se quema, el sabor de la coca, la llicta y el alcohol. La forma del humo, su intensidad, su secuencia, la duración de las brasas; la apariencia adquirida de los restos incinerados, el lugar donde se depositen estos restos, todo ello establece la convivencia de mundos paralelos y correspondencias entre el acto y la potencia del rito.

He aquí un fragmento de una crónica etnográfica que describe la performance del yatiri Germán Mamani al desarrollar una k'hoa:

(...) Germán ha perfeccionado un estilo peculiar en la realización de sus ch'allas. A pedido del solicitante convida a los seres tutelares participantes a un banquete simbólico. Ésta será una ch'alla generalizada de alcohol para limpiar lo nefasto. Germán Mamani *ch'alla* en primer lugar, con alcohol sobre la mesa y en todas direcciones, describe un círculo sobre el

horizonte. Se detiene por momentos con especial atención a las cumbres de la cordillera y a los cuerpos estelares, diciendo: Dios tata, el animu, ajayu, coraje del tata Santiago y el ángel de la guarda de Luis Ticuna, el ánimo de nuestro Señor Salvador. Ahora me lo bendice para su negocio, para su venta, para su trabajo, a su salud y suerte; sus monedas, sus billetes, sus dólares sobre esta mesa le vas a cuidar, aquí están el animu, ajayu coraje y ángel de la guarda de Luis Ticuna. Kunturmamani, uywiri, las cuatro esquinas, los cuatro ángulos, sitios, patios sobre esto vas a cuidar..."

En el discurso y en el hecho histriónico del rito coinciden el pasado, el devenir y el futuro deseado o propuesto, cuyo cumplimiento dependerá de la decisión o la complacencia del ser superior convocado. Por una parte es un proceso excéntrico que se inicia de un punto insignificante (la persona ofertante), hacia una inmensidad progresiva identificada por los diferentes planos que se invoca y los medios que se utiliza. Por otra parte es un proceso concéntrico, ya que todo se dirige a una singularidad, a una particularidad. El bien o mal obtenido redundará en una o varias personas concretas. Nuevamente aquello considerado como *realidad* ocupa el papel de una relatividad transgresora con el tiempo y/o el espacio, por el sólo hecho de (querer) revertir algo.

4.3. El discurso artístico

Digo y me obsesiona el son melopéico de la meliflua musiquilla nacional en organillo o pianito a la sordina, al compás, monótono siempre, de La Patacoja. y el desesperante, monótono siempre de ese cantar monorrítmico me hunde infiltrándose en mí. Así la musiquilla siniestramente femenina, ridícula y pertinaz, enervante y obsesora, canta ya en mis tuétanos el fatídico ritmo. Es el taladro del son plebeyo en acordeón o charanga en feria o en Miércoles de Ceniza que trae sugerencia de languideces y tufos de eructos en borrachera plañidera. ¡Oh, el agrio compás de La Patacoja!, como en un eterno hablar de yaravies o boleros (Borda 1966: T3, 1434/1435).

~ Ritual realizado el primer viernes de mes de julio de 2005, en la Ceja de la ciudad de El Alto.

En el texto de Arturo Borda coinciden varios de los elementos citados en los ejemplos anteriores, y se añaden otros. Es un discurso lleno de ironía y desnuda una paradoja itinerante entre un lenguaje "culto" y un lenguaje popular. La fortaleza de su escritura tiene, por otra parte, un fuerte vínculo con el surrealismo considerado como la coincidencia de varios planos sobrepuestos de la realidad, en los que la vigilia y el sueño, la lucidez y el delirio, conviven en un dialogo a partir de la hiperbolización y la intertextualización de su imaginario.

En nuestras sociedades rurales y urbanas, la presencia humana y su dialogo múltiple con su entorno y sus procesos culturales, habita entrañablemente en el espíritu paródico del barroco. Barroco en lo asimilado, en lo gestado, en el entorno y en todas las relaciones que los componen. Todo su bagaje cultural se compone y recompone con ese elemento generador. Es un proceso combinado de concentricidad en su asimilación de componentes disímiles y, paralelamente, de excentricidad por la concentración a su motricidad cultural. Así considerada, la parodia implica discursos paralelos o textualidades múltiples. Un discurso referencial simple, conocido y reconocible, es deformado, alterado, escarnecido, sublimado, llevado a sus extremos por los discursos del barroco.

Esos procesos suponen un retorno; son en sí mismos un retorno. La parodia barroca no es otra cosa que retornar al punto de partida y recuperarlo, enriquecerlo, con los beneficios adquiridos: la crítica, el sentido del humor o el homenaje. No tiene límite de velocidad ni tampoco un mapa de relaciones establecido. No se limita a la ironización del discurso, implica una actitud crítica que pondera, selecciona, asume, fija, recupera y preserva los valores culturales de nuestras sociedades. Tal es el juego de espejos.

Toda *praxis imago* es una puesta en marcha de toda cadena imaginaria; es el producto elaborado de una esencialidad. Establece su espacialidad y materialidad en todos los lenguajes artísticos y en todos los ámbitos cotidianos. En sociedades cohabitantes en nuestras culturas constituye un factor fundamental de identidad y una cosmovisión. Identidad, universalización y cotidianidad conviven en *praxis* y en *ethos*. Divagan en lo individual y se embriagan en lo social.

5. CONCLUSIONES

1 El barroco, como bagaje histórico en Hispanoamérica, es en sus diferentes fuentes un referente exógeno que se combina con otras fuentes endógenas: las naciones originarias americanas, su entorno, sus culturas y su naturaleza.

► Como concepto no se limita al arte o la literatura sino que posee la amplitud de una cosmovisión y la extensión en lo cotidiano de la sociedad. Su ámbito de influencia y acción en América se extiende desde el pasado precolonial hasta llegar a nuestros días. Es la síntesis variable de componentes diversos e incluso dispersos; un rompecabezas sin un número determinado de piezas ni reglas establecidas o permanentes para su armado.

1 Es ante todo una re-presentación y/o una parodia; una recodificación de los componentes de la *realidad* humana externa e interna. Es la coincidencia de

- elementos similares, disímiles, diferentes y hasta contradictorios;
- tiempos paralelos y dispares que abarcan las diferentes formas del pasado, lo antiguo y del presente o varias previsiones del porvenir;
- espacios parecidos o distintos, expresados en estilos, formas, modalidades, etc.

► El barroco como manifestación cultural incluye todo lo anterior y se manifiesta en ciertas formas de hibridez, mestizaje cultural, sincretismo, yuxtaposición y otras formas y conceptos socioculturales, económicos, sociológicos, científicos, tecnológicos y hasta teológicos, sin descartar ningún saber o hacer. Todo lo que tiende a la plenitud e intensidad formal expresado en lenguajes torrenciales —sea de forma consciente o instintiva—, se orienta hacia lo barroco. La síntesis, la simplicidad, la obviedad en la forma o los contenidos, obedecen a una visión diferente —llamada por algunos, racionalista, clásica, funcionalista u occidental. Tales conceptos no son, sin embargo, cabales, ya que forman de una forma u otra la contraparte de lo barroco; el otro lado de la moneda.

► El pensamiento *barroco* es **paradojal**; reúne razón y pasión, magia y ciencia, lo sagrado y lo profano; es mezcla y/o combinación, confluye en lo español, lo europeo, lo indígena, el catolicismo y la herejía, lo hispanoindígena, lo hispanonegroide y otros matices.

Como acción, formulación o realización, todo *hecho barroco* se gesta a partir de diversas formas de *hiperbolización*. Esta forma de recodificación del entorno y/o mundos interiores o de las prácticas colectivas, establece la interpenetración de la historia con el mito y/o el sueño (la realidad tangible sobrepuesta por otra realidad no tangible); un mestizaje lingüístico y mental o un multilingüismo. La *hipertelia* es un instrumento frecuente y de selección natural que precisa las variables menores o los detalles.

1 Como lenguaje expresivo es el resultado de un mestizaje lingüístico y mental o multilingüismo. Sus fuentes directas son los sentidos y lo sensual; lo visual, lo auditivo, lo táctil, lo olfatorio y lo gustativo, con frecuencia combinan sus medios e imaginarios para establecer nuevas estructuras o formas tradicionales inesperadas. Como método eventual podría entenderse como *nomadismo metamórfico*, algo que mientras camina, cambia y se alimenta de todo. Podría afirmarse que cada objeto u acción barroca es irrepetible, incluso cuando se siguen los mismos pasos o se utilizan los mismos ingredientes.

1 El *sistema poético barroco*, enunciado en este texto, es una metáfora de los elementos esenciales de todo *hecho barroco* o *praxis imago*. Es la descripción de un proceso único como parte de una indefinible red de procesos combinatorios.

- El *error vacui*, como el punto indeterminado e intermedio entre un acto y otro dentro del ciclo vital, que representa un recambio iniciado en un vacío ilusorio, esa vacuidad que convoca a su **llenamiento**. Ese principio es, en el sentido aristotélico, un *hilemorfismo* expresado en la *potencia* (capacidad de recibir la forma) y el *acto* que traduce una acción o un ser en devenir.

- El *juego de espejos* o imaginario nómada, es el devenir de la imagen en dos cauces motrices: lo *excéntrico*, con varios puntos de referencia y una red de relaciones, y lo *concéntrico*, con un centro complejo y disperso. La natural formulación de cualquier imagen: la imagen de la imagen (similitudes) y las imágenes confrontadas (las disimilitudes) y sus infinitudes e inmensurabilidades;

- La *Dulcemesa* es, en un sentido metafórico, el elemento ordenador. Todo es convocado, confluye, se abigarra, pero debe ocupar su lugar preciso en el conjunto y

en la relación con lo demás; lo prescindible o descartable es desechado. De esa manera, el objeto o el hecho barroco, alcanza su natural condición y su armonía con el resto. Este acto establece una densidad estructural repetible en cada lector, espectador, oidor, tocador, oledor o degustador, que revive con su participación una pasión activa y decodificadora, formando parte del hecho barroco. Una especie de genoma barroco.

6. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Juan José, *Pautas históricas*. Editorial Saber, Buenos Aires, 1954.
- ALONSO, Martín, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, editorial Aguilar, Madrid, 1973
- ANGULO IÑIGUEZ, Diego, *Historia del Arte, tomo 1*. Editorial EISA, Madrid, 1954.
- ARELLANO, Francisco, *Historia de la Conquista*. Editorial Trianon, Madrid, 1958.
- ASTURIAS, Miguel Ángel, *Literatura latinoamericana*. Revista *Tropos* No. 5, editorial Storia, Buenos Aires, 1972.
- BORDA, Arturo, *El Loco*. Editorial Biblioteca paceña, HAM, La Paz, 1966. c
- BIEDERMAN, Hans, *Diccionario de símbolos*. Editorial Paidós, Barcelona, 1993.
- CANEDO, Rodrigo, *El barroco insolente*. Editorial Magister, México, 1985.
- CARPENTIER, Alejo, *Concierto barroco*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1976.
- CIRRE, Jacques, *Estética parlante*. Editorial. G. Gili, Madrid, 1995.
- COROMINAS, Joan, *Historia del arte en la antigüedad*. Editorial Iberia, Madrid, 1983.
- DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe V*. Editorial Alianza, 1994.
- DIEZ ECHARI, Emiliano y otros, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Editorial Aguilar, Madrid, 1950.
- D'ORS, Eugene, *Ideas sobre arte*. Editorial Lumen, Madrid, 1962.
- DUVIER, Jean, *Magia y símbolos*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1894.

- ECHEVARRIA, Luis, *Sarduy y Sor Juana: Travestismo latinoamericano*. Documento informático, 2003.
- ENTRAMBASAGUAS, Juan de. *Una guerra literaria del Siglo de Oro*. Editorial Hispania. Madrid, 1954.
- GARRIGUES, Enrique, *Culturas americanas*. Editorial Liter, Buenos Aires, 1984.
- LEZAMA LIMA, José, *La expresión americana*. Editorial FCE, México, 1986.
- Paradiso*. Editorial Cátedra, Madrid, 2001.
- LEVY STRAUSS, Claude, *El Pensamiento salvaje*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1964.
- MESA GISBERT, *Holguín y la pintura virreinal en Bolivia*. Editorial Gisbert, La Paz, 1977
- QUEVEDO, Francisco de, *Los sueños*, prólogo de Ignacio Arellano. Editorial Austral, Madrid, 1998.
- RICQUER, Carlos, *España en el tiempo*. Editorial Tiempo, Madrid, 1952.
- ROSSING, Ian, *Mitos aimaras*. Editorial Edisa, La Paz, 1990.
- VICEMINISTERIO DE CULTURA, *Barroco y fuentes de diversidad cultural*. Editorial UNESCO, La Paz, 2004.
- WÖLFLIN. Henry, *Renacimiento y Barroco*, editorial. Comunicación, Madrid, 1977

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES
CARRERA DE LITERATURA

FABLAS BARROCAS

Tesis creativa de Licenciatura en Literatura
bajo la tutoría del Dr. Juan Carlos Orihuela

Miguel Ángel Aranda Suaznábar

La Paz, Bolivia

abril de 2006

Índice de los relatos

Crónica de un torneo	5
Milagro malagradecido	21
Mash allah	33
Retrato hablado	59
Los cascos del demonio	74
Cuestión de muros	82
Flor concebida	98
Una visita inesperada	107
Madre de antes	121
Cosas de tertulia	129

Crónica de un torneo

En una taberna de mal vivir, ubicada cerca de los aires del río Apumalla, hablaban sin ceremonias dos elegantes rufianes:

—Malos tiempos para la villa. Todo cuanto pasa, incluido el hundimiento de la quebrada de Santa Bárbara y la muerte del beato *alcañíz*¹ ¡pobre coime, alma bendita!, primo segundo del alcaide mayor, generoso en trufas como lo fue en mendrugos con sus no pocas creyentes, ha sido ¡Vive Dios! un de pichones y perdices. **En fin**, tiempos van tiempos vienen. Lo que no cabe dudar es que la población de gañanes, tan afectos a los buracos, andan por ahora dedicados a los melindres domésticos y en gastar menos las bujías.

— ¡Hablara yo por mañana! Tenéis razón, ya ni una aguja cabe ya en este bordado. Si de sólo mirarlas caen de sus labios los carmines. Hoy mismo, los indios de lo de Karkantía, se han atrevido a no venderme ni tan siquiera el pocke para los cacharros. ¡Imagináis, antes lo regalaban y eran complacidos, hoy, ¡no sé! Pero, ¿no es ese maese Diego de la Noche? Sus trazas tiene... y aún se le nota el colodrillo³... ¡Bah!

De tal peroraban aquel rufián de Tiago de Zuñuaga e Iñigo Celestino, mientras mojaban sus barbas en mal vino. Carraspeaba el regordete mientras escupía un pisto verdoso en la pared careada del rincón. Sus áspides regañonas, combinadas con toses, tósigos y eructos lanzaban pestes de todo y casi nada. En una cosa no estaban en yerro y era que su negocio de puteros se iba viniendo abajo. Iñigo, como siempre que hablaba, rascaba bajo la mesa su jubón desteñido, separaba al tacto las cazcarrias⁴ y las moscas.

— Tiago, no creo que a vos mucho te haya afectado, ayer noche pasé por vuestro local y vi el salón escayolado y, alcorzadas⁵ las sombras besando los perfiles leonados de vuestras damas...

¹ Natural de Alcalá de Henares.

² Orificios.

³ Nuca.

⁴ Lodo o barro que se coge y seca en la parte de la ropa que va cerca del suelo.

⁵ Llenas de una pasta blanca de azúcar y almidón.

—Si seréis mal pensado. Habéis entrado hasta el zaguán, ¿verdad? Cuidaos de las escarchas nocturnales, pican y no se saborean. Sí, es verdad, cubrí los muros de cal, pero fue por las jejenes⁶ y mis dueñas, de tanto dormir, quieren soñar y recoger maravedíes. Pero no, no os alegréis tan de poco, a esa hora y en este invierno marsupial, las maitines se retrasan y algunos caballeros, deseosos de meter las manos en los gregüescos⁷, llegan a salto de mata a mi caliente cuchitril. Llegan, dan rondas entre las mesas, acarician las sedas y los broches de las medias y hunden sus narices en los escotes. No alcanzan a beber ni un pinta de buen vino y, al escuchar las campanas de consolación, dejan los tejemanejes' y huyen a sus casas a recitar sus rosarios. No más de una hora me llenan de albricias, alguno prueba de los labios su tersura y a medio babear, se calza su gabán. Todos se las dan de buen cristiano y se creen carne del Santo Oficio (se persigna). Un simple terremoto devuelve más fe que cien querubines⁹. Ahí está, amigo, las más de las noches nos las pasamos, ellas al dobladillo y yo a clavar la vista al **almodrote** . Pero sólo gotea lo que fue hace un tiempo un diluvio persistente.

—Y eso que no ha mucho que llegaron vuestras dos **gaditanas**¹¹, la Braguetina y la Biensentada, ¿o me equivoco?

—Basta de ironías, Iñigo, no me deis tanta lata, que en vuestro cubil si que hay jaleo. A propósito, ¿por qué le llamáis el Clan de *Los Acalófilos*? Una invención vuestra, ¿tal vez?, vos que os dais de romancero.

—Fábula fue de todos mis parroquianos, aunque la idea robada fue de aquel poetastro andaluz, un tal Gutierre de Cedilla, que hace dos años se quedó a vivir de largo en mi burdel; decía que el apelativo de Remolino le quedaba estrecho, no sé si por lo fino o por lo remolón, pero creo que razón tenía mucha aquel vate...

◦ Insecto díptero, más pequeño que el mosquito y de picadura más irritante.

Calzones muy anchos que se usaron en los siglos XVI y XVII.

◦ Intrigas o enredos.

◦ Alude al temblor que causó el deslizamiento del cerro Santa Bárbara.

Mezcla confusa de varias cosas o especies, se refiere a I sustento diario.

¹¹ Naturales de Cádiz.

Durante largos minutos intercambiaron sarcasmos los empresarios de las dos casas de putas más concurridas de la villa. La de Tiago Zuñuaga, situada por los molinos de Challapampa, fina y cortesana, con damas criollas y mestizas de pringosa reputación, llegadas de Lima y Cuzco, en paso a Potosí. Todas ellas majas y con aires de damas, con seda en las basquiñas, mucho aire en los miriñaques, rellenos en los corpiños y aljófara en las pulseras. Todas de coños diestros, caros y remilgosos. El otro cubil estaba del otro extremo de la villa, ubicado más allá de la Cruz Verde del poniente, allá por los ch'ijinis del río Karahuichinca. Era el de Iñigo Celestino, heredado de su tía madrina —¡que la Purísima la tenga en su seno!—, le llamaban el viejo Girelete o Remolino.' ¡Cuántos amores dados a teja vana guardaba en sus muros imberbes! Modesto paraíso de mancebas púberes y quintañonas. Cada una merecía un madrigal de sahumado Quevedo.

Las había bajas y espigadas, delgadas y rellenas, bizcas y cojas, sin contar las dos enanas y la vieja Recoleta, que de tan gorda no se podía mover —dicen que acostumbraba llevar un aguamanil azul de porcelana bajo sus untuosos perniles. Cada una tenía un encanto diligente, algo oculto y una especialidad culinaria muy apetecida. Aquel zoológico de meretrices era un extraño aderezo de todo tipo flores de campo y de ladera. Bellezas extrañas y fisgonas. Paquita Sansoles era su fabricante de aromas y, gracias a sus trebejas jardinescas, no las había sino olorosas y aderezadas. En su aposento, pleno de diminutos vergeles y bien cuidadas flores, destilaba inefables perfumes y plásticos menjunjes. Cuando no restauraba honras, poblaba el limbo de serafines, aderezaba los labios o apuntalaba las uñas con resinas rosicleres y transparentes.

¿Podéis imaginaros a todas juntas? No creo, pero su encanto irresistible no obedecía a ninguna infernal fantasía ni a un efímero y ríspido sueño peripatético, sino a un extraño paraíso de niñas del agarre y tusonas venidas a menos. Putillas condescendientes con todo tipo de fatuidades y sobacadas, no rehuían ningún apetito senil ni otros trotes cabalísticos. A aquellas daifas tan aseguibles a la lujuria les alegraba todos los regodeos folladores de sus asiduos. Ninguna jugaba a venus pálidas antes que a

¹⁷ Esta mención refiere a una metáfora apócrifa que hizo un lector, creyendo percibir una alusión a Luis de Góngora y Francisco de Quevedo y Villegas

rosadas proserpinas, tan inocentes y juguetonas que luego del traqueteo **noctúrneo**, se pasaban en claro contándose las novedades. Rudencia Jojones, su regenta y amiga, premiaba los orgasmillos de sesgo con broches de vidrio. No quiero parecer entremetido, pero este serrallo era mi preferido y Margarita de los Melones mi más bella buscona. Es más, y esto en tono de simple cronista puedo afirmar, sin que por ello incurra en falta, que no existía mangual u obelisco de arisco caballero, por muy diminuto que fuera, que no salga triunfante y gozoso de un ayuntamiento irrepetible con cualquiera de estas ninfas piadosas.

La historia era de nunca acabar y aquella noche, aprovechando que el viento furioso y helado que venía de la Cumbre, no nos permitía asomarnos al zaguán, nos tuvieron a todos los parroquianos de la taberna de Paniagua, a plan de coraque aguado y charle. Cada uno hacía apología de sus andanzas y mercancías. Contaban, acuciosos y con ínfimos detalles, cada vez más minuciosos, el carnaval de acoplamientos que habían promovido en sus respectivas casas de trato. Nos enteramos de graciosos detalles y sabrosos tejemanejes de sus mancebas —que entre dichos y oídos—, a las erguidas botellas de las mesas, se añadía otra batahola de braguetas semiabiertas que hacían mayor y menor ruido. En el fragor de la conversa, se levantó **Iñigo** Celestino y blandiendo en su mano derecha una jarra con las asas rotas, propuso un torneo para dirimir sus finuras. Todos los echacuervos' reímos ante lo disparatado de la oferta, pero al ver el rostro ácido de exgaleote alucinado, optamos por guardar un silencio exento de murmuraciones.

—Si, no es cosa de teatreros, sabe san Judas, el iscariote —que por él hablo—, y no por ello dejo de ser cristiano viejo. ¡Esto vale a un duelo de caballeros!

Tiago se puso de pie y selló su compromiso con un choque de jarrillas de bronce.

—¡Algo bueno va a suceder en esta villa de nadie! —dijo Remigio, el azoguero potosino invitando al brindis. Todos repetimos como si de un estribillo se tratara.

¹² Arma medieval compuesta de cadenillas, casco y bolas de hierro, parecida al falo humano.

¹⁴ Personas lujuriosas y seductoras.

La idea levantó copas y brindis por doquier. Nos abrazamos y cantamos no se qué chanfainas durante unos minutos. Poco a poco sentamos cordura e inquietud. ¿Cómo sería aquello?, nos preguntamos. Pasó el zipizape y una vez vaciadas las últimas jarras se afinaron los acordes: cada uno presentaría a su campeona y de su arte se podría decidir quién la maestra del follaje sería, la musa de Asmodeo en la comarca, ¡la celestial hetaira!

Sólo faltaba calmar los humores y argumentar las minucias, dar los plazos, fijar las condiciones y el galardón. Solicitamos a don Onofre Delgadillo, el viejo tinterillo, que levantara actas y sellará con sus plumas lo que de ellas viniera. Salió por el chirisco hacia el aposentillo que ocupaba a pocos pasos del puente de las Concebidas. En menos que canta un gallo y folla un trinquete trajo su cajetín el viejo funcionario. Aderezadas las hojas de papel, mojando la pluma verde en tintero de alcaparroza¹⁹, empezó escribiendo el protocolo y los datos de apertura. Nervioso e impertérrito sólo se detenía para mojar su pluma antes de meterla al tintero. Sus comisuras rezumaban un hilillo viscoso como bigotillo de encomendero. Escribía como si fuese un gato bizco garrapateando un ratón imaginario.

Se precisó que el premio para la ganadora sería un bustillo de dos cuartas de alto y con un peso de veinte onzas de plata nueva. Encargarían la factura del fálico duende al platero Diego de Ocaña. A ello se añadieron contribuciones espontáneas: un collar de oro blanco en filigrana con incrustaciones de perlas moras de buen oriente y esmeraldas con su juego de aretes —ofrecido por Tereso Amat—, el joyelero del ayuntamiento; tres trajes de fiesta, laborados por sastras de Meireles, unas alfombras persas, un gato siamés, dos pares de chapines de charol incrustados con **verdiñales** y tacones de metal... Hasta ahí pudo anotar el ofuscado literato, con su bella letra morisca. El premio se multiplicó a lo ancho y a lo alto y fue imposible, y hasta cierto punto, mejor que así lo fuera,

¹⁹ Guisado hecho de bofes o livianos picados; alude a algo desordenado.

Demonio de la lujuria.

¹ Cortesana de elevada consideración social de la antigua Grecia.

¹ Callejón oscuro y maloliente.

Sulfato cúprico; se emplea en medicina y tintorería.

²⁰ De coloración verdosa.

consignar los ofrecimientos que hacían los parroquianos entusiastas, hasta se incluyeron dos o tres presentes sentimentales /uno de ellos ofertaba una perla del tamaño de un puño, la otra, creo, una entrada al paraíso. Pesía todo no se consideró si no los serios y comprometidos ofrecimientos. El día sería, por obviedad severa, el día de la Magdalena, que caía justo después del cumpleaños del arcipreste Medina.

Para precisar el lugar hubo una discusión del dios y señor mío, todos propusieron sus baldíos o sus obrajes. Se fueron descartando los muy cercanos y los muy alejados, los incómodos y los que ofrecieran cualquier riesgo o molestia. Pese a las objeciones alcohólicas de Zuñuaga, todos coincidimos en elegir el solar de Anselmo, al lado del obraje de pañeros, bajando la Riverilla de Putuputu. Era una posesión semiabandonada que todos sabíamos era del corregidor Clavijo, penitente follador y mimado de todas las mancebas de la villa. Se las daba de catador y, por su viudez reciente y lo contundente de su autoridad, no daría lugar a reclamos de la cofradía de esposas y madres. Quedaba cerca de los obrajes de los pañeros, lleno de pastizales y hierbas y permitiría comodidad y buena visión al espectáculo. Incluso el frío invernal se vería reducido por las laderas cercanas que cubrían el paraje aledaño al movedizo otero de Santa Bárbara.

Casi nos olvidamos de lo principal: ¿quién dirimiría? Era preciso endilgar tal responsabilidad a una persona confiable dadas las particularísimas circunstancias. Allí empezó otra babel. Todos se preciaban de ser el indicado, se barajaron ofertas y se insinuaron gil y mil. No se podía descartar a nadie pero ninguno ofrecía parcialidad y criterio profesional y estético en su difícil labor, además de su doctoría en la materia. Para no herir susceptibilidades ni despertar rencores resolvimos no ser ninguno de los presentes. Fueron llegando nombres y hubo mucho jaleo y discusión, amagos de disputas, razones y corridos. A fin de darle un tinte de equidad, concordamos la sugerencia de invitar al maestro Giraldo, el majo alfayate asturiano, dueño de un ojo crítico (sólo tenía uno y le bastaba), una pertinaz paciencia en los hilvanes y una sabia delectación con los placeres de la carne. Sus legendarios tres cojones y su aguda inocencia lo convertían en el más experto y hábil follador, un fantasioso y tasador de

²¹ Presbítero que, por nombramiento del obispo, ejerce ciertas atribuciones sobre los curas e iglesias.

paisajes y diligente acariciador, además de exigente y sabidor. En ningún tiempo se dejaba influir por tarifas o perfumes, colores o cofradías. ¡Él sería el juez!

Nadie objetó nada y cuando se le comunicó la decisión sintióse halagado y empezó un monacal aprestamiento. Se convino la modalidad: sería una sola sesión, se sortearía el turno y cada campeona tendría media hora para complacer al basilisco giraldiano a sus modos. Media hora reposaría el juez y seguiría con la otra. Al cabo de ello, meditaría un tiempo similar y poco antes de medianoche, levantaría su copa y daría el nombre de la ganadora y su conventillo. El alba selló los acuerdos y un sol somnoliente que asomaba por las crestas del nevado imponente, hizo que uno a uno nos dispersáramos hacia nuestras estancias.

Pensé, y me arrepiento dello, ¡torpe desconfiador de mí! que todo quedaría en charles de bacantes . No fue así, las murmuraciones y los chismes le dieron la solemnidad y la seriedad de un acontecimiento. El evento dio de hablar a toda la villa y, aunque surgieron de soslayo voces oficiales de rechazo, pocas eran y de poca fuerza, ya que sus portavoces —incluyendo a los dos dominicos representantes del Santo Oficio. Ellos eran asiduos matutinos de las dos cofradías. Inspeccionaban a las hetairas solicitando exorcizar a solas a las más impuras.

Las damas de ciudad, tan recatadas en público, mantenían las bocas tan cerradas como tumba de judío ante cualquier oficiosa **tabardilla** . La cosa cambiaba en las tertulias vespertinas de encajes y bordados, allí las agujas y las tijeras hilaban fino y sin parar. Las lenguas ávidas de imaginación hallaron un tema de muchas aristas. Varias compartían maridos y se las daban de santas al no recibir doblones sino regalos, y así, entre encaje y dobladillo, los gruesos muros, los balcones, los ajimeces²⁴ y hasta los palomares de la villa ardieron con la desbordante fantasía con la que se especulaba sobre el erótico torneo.

²⁴ Mujeres descocadas, ebrias y lúbricas.

Habladora y parlanchina.

Ventana arqueada salediza hecha de madera y con celosías, dividida en el centro por una columna.

No puedo, por respeto a las interfectas, reproducir los frescos comentarios, pero les aseguro que si los machos cabríos iban de ida, las vírgenes de turno ya eran expertas en caminos y puentes, a la par que buenas madres y geniales administradoras de honras y estipendios. Las criadas tejieron de claro en claro y cocinaron de oscuro en oscuro por no perder detalle y añadir lo suyo. Talleres y escritorios, estancos, cerotes y **monterías**, hicieron lo propio. Las lacerías²⁶ de la villa daban lo suyo al entusiasmo general. Los prolegómenos tuvieron tanto de tósigos y perjúmenes que la realidad se ruborizó de tan poco imaginar e imaginar. La taberna de Paniagua era la sede oficial de los arreglos y su logística, así como el recaudador de contribuciones y **pecunios**.

Se organizaron comisiones y comitentes, mohatrerros y entusiastas. Las cuotas cobradas se evaporaron y las monedas de los organizadores se hicieron aire. Pasaron las cuatro semanas todo estaba cuasi listo —como para la fotografía—. Se limpiaron las hediondillas y los saúcos del solar, se prepararon afeites especiales para las elegidas. Para escoger a la ninfa representante del toma y daca en cada burdel, fue un de dios es padre, jamás escuché tales trullas y purgatorios. Hubo desfile de venenos, muestrario de lenguas viperinas y al final, se hizo un escrutinio que por venir de mano santa y dominica se aceptó como verdad irrefutable. Las elegidas estaban en los aires y no pararon desde el instante de su erección. De allí a las vísperas entraron en hibernación extática, todo era verificar con sumo cuidado y reverencia el tallado de sus uñas, las curvas de las orejas y las dobleces de todos sus labios. Reinas temporales se consideraron inefables y los capuces debieron esperar a espabilarse. Gertruditas escribió a su madre, contándole todo y le envió sus ahorros. Pensaba que la vida trastocaría algo en ella luego de la noche esperada. No fue nada, pero, a la imaginación de qué puede acusársele sino de exagerada.

— Traedme a vuestro hechicero, Matute

Expendios de cera y avíos de caza.

Talleres de fabricación de lazos y adornos.

Aromas fuertes y venenosos.

Usurero dedicado a compraventas fraudulentas.

²⁶ Ruidos de gente alborotada.

³⁰ Cierta capa o capote que se usaba por gala.

—Pero, doña Casandra, si vos no creéis en eso. Además no es taumaturgo sino un médico herborista, y no hace esas cosas, que yo sepa...

—Tiene que hacerlo, si no para qué es mago

—Es un yatiri, cura el cuerpo y el alma de los indios, no se si aceptará— decía Matute, la cañari .

— Me han dicho que son nigromantes poderosos, mejor si me lo traéis, le daré unas pesos de oro que tengo guardados... y esas cargas de coca que me regalaron los cocanis de Lípez, habladle ¿si?

Aquella tarde, mientras el ardiente sol dejaba sus rosados reflejos en las laderas de Muñasimpata, una sombra pequeña se deslizaba por los molinos en dirección al caserón de Zuñuaga. Era un hombrecillo enjuto y misterioso, con unos ojos brunos³² y unas manos sarmentosas escondidas bajo un poncho multicolor. Matute le hizo esperar bajo el añejo eucalipto del patio donde estuvo esperando un rato. Luego le hizo pasar a una habitación ubicada cerca a las caballerizas. Le dio de comer y se sentó junto a él.

— Qui tingu qui hacir, niña, dimi ti una wez... —no supo que decir, sonrió y le habló musicalmente en lengua aimara.

—*Tata, aka siñora chupilamasti windision muñajja..*

El rostro del nigromante sufrió un cambio estrambótico al escucharla, sus ojos hundidos salieron de sus órbitas profundas a no sé qué universos desafortunados, tosió y botó un esputo verde sobre las piedras, finalmente una carcajada de siglos trastornó su rostro en ún regocijo convulsivo. Movía la cabeza en señal de afirmación. Matute le hizo pasar a la habitación apenumbada, cuatro candiles permitían ver el perfil de una mujer echada en un diván. Hablaron quedo unos instantes, él se sentó sobre la alfombra persa que alguna vez fue glauca , puso un aguayo pequeño en el suelo, sacó unas hojas y otros objetos de la chuspa que llevaba colgada al cuello. Matute lo miraba, tímida, Gertrudis la tranquilizó y una sonrisa cómplice le hizo un gesto para que saliera. Luego

Referíanse de esa manera entonces a algunos indígenas con privilegios.

³ De color negro u oscuro.

"Señor, la doña quiere que le bendigas su vagina..."

Coloración verde clara

de un rato, un humo azul extraño que olía a mirra y grasa de oveja, salía por la ventanita alta que daba al patio. Se oía una voz ronca e ilegible que repetía frases incomprensibles, Gertrudis aullaba fino, como una gatica acariciada y poco a poco sólo llegó a escucharse el croar de un sapo y los grillos de los campos baldíos cercanos. Más tarde salía el indio con su carga de coca y un bolsillo que ocultaba entre su cintura.

Llegó el día y, aunque se intentó guardar clandestino el dichoso evento, su fama ya había sobrepasado las fronteras de la villa y las comarcas cercanas. Los días anteriores bajaron por el abra de Coscochaca, caravanas de caballeros, comerciantes, buhoneros, estudiantes, bachilleres, bufones y muchas putillas advenedizas para distraer a tanto huésped. La víspera fue una kermesse veneciana traducida al pluscuamperfecto. Los puestillos de licor y las vivanderas habían copado las cercanías. El escenario, situado en medio del solar, me pidió no describirlo con el pretexto de que su medida y su elegancia eran indescriptibles:

—Mi estructura es modesta aunque muy resistente, debieron cortarse cinco alerces añejos para armarla. El entablado del piso fue reforzado con las tablas, que sacaron de los destartalados confesionarios que quedaron del beaterío de los jesuitas. Por considerarlos milagrosos no los quisieron tocar, pero el sacristán me los cedió gustoso. El maestro Justo Yanavilla, un ebanista como pocos, trabajó en mis coyunturas y puedo estar seguro que soportarían más de un sismo (aquellas tablas que tanto sabían, qué no sabrán luego del torneo). Mandáronme luego ornar con holandas teñidas, sedas y tules de segunda mano (por favor no lo difundáis), a distancia parecía alcoba de moriscos. El lecho fue una oceanillo de almohadas concedidas y regaladas, taladradas de ronquidos e insomnios, quedaron tan compactas suaves y aderezadas que no cupieron pesadillas en ellas. Trabajaron en el tapizado dos costureras del taller de Arminda Hurtado. ¡La de sedas que tiene! Cientos de corchetes y broches me adornan, aunque desiguales sus cabezas como lo fueron los vestidos que desatamos para armarlos, pero, flor de un día, calor de un verano... —quedó callado por momentos.

—Nostálgico os noto y aún no ha comenzado nada...—le dije

—Pienso, al terminar todo... ¿qué pasará conmigo?

—Vamos, dejaos de candiles y arreboles. ¿Sabed que viene don Jacinto Estantigua y un cronista potosino, cuyo nombre no quiero acordarme. Ya sabéis, tu enemigo el de tu oficio...

—Comprendo, y tenéis razón, viviré un día, pero moriré por siempre.

—Filosofáis muy bien, a fe mía que evitaré vuestro incendio —nada respondió y callado quedó.

El día más importante amaneció con niebla. De las alturas se veía una población desperdigada de nubes, que entre los abanicos blancos de las laderas y los alerces de la riverilla, parecía un palomar hereje en un desierto de cerros. El inusitado azul de la montaña eterna hería aquel cielo pálido, frío e infinitamente falto de certezas.

Se habían instalado estandartes y banderas de colores diferentes a cada lado. En el levante dominaba el grana y el glauco, y al poniente, el índigo y el gualdo³⁵. Se podía ver de lejos el campo y sus adornos, pero nadie hablaba dél en forma directa. De soslayo se apaciguaban las protestas tibias e inconsistentes. Las parroquias convocaron a la misma hora a la misa de maitines³⁶. Harto habían trabajado alfayates, modistillas y sastras satinando trajes, escalfando gorros y peinando capas. Muchos negocios habían cerrado temprano, y otros tantos compromisos se habían postergado para adaptarse al evento. Nadie podía negarlo, todos pensaban en él a su manera. Tiago e Iñigo estrenaban trapos aludiendo sus brillos a los colores de su equipo. Sus locales habían sido refaccionados y esperaban, pues esa era la idea, de ser reestrenados por los infieles y olvidadizos peregrinos de sus refectorios.

Ya en la tarde de la noche esperada, el solar y los alrededores reventaban de curiosos, muchos encapuchados o con los hábitos recogidos, otros en traje de gala y no pocos, se hicieron de sus mejores harapos. Se instalaron en los alrededores tiendas con menjunjes y caviars; alcoholes y sedas baratarias. Se elaboraron cientos de aderezos de tripa bien cosidos para evitar condecoraciones. Los músicos tañían flautas, vihuelas,

³⁵ Rojo y verde / azul y amarillo.

³⁶ Primera de las horas canónicas que se rezaba antes del amanecer.

bandurrias y ocarinas. Un algebrista³⁷ se hizo de varias macuquinas al templar los huesos de algunos averiados. Quienes no pudieron asistir maldicieron su suerte, pero primero estaban las obligaciones del blasón que el devaneo de las carnes. Sin embargo, establecieron con sus comedidos siervos un sistema itinerante de chasquis que los tuviera informados de toda minucia que ocurriera en el aderezado escampado que oficiaba de teatro.

Se descubrió el escenario en el centro del campo —por lo rosado parecía ruborizarse con los gajes del viento—. Se instalaron cientos de antorchas alrededor del campo, miles de candiles chuas³⁹ hacían su nada modesto trabajo de iluminación. Lo que la iluminación no permitía lo devolvía por ciento la imaginación. Candiles de plata iluminaban por dentro. Del baldaquín central caían cortinas circulares de tules y sedas transparentes que permitían ver, veladamente, cuanto ocurría dentro, con el debido recato de las veladuras. Los lugares cercanos habían sido llenados con divanes, tronillos y un sillar tapizado en oro y grana, que había sido reservado a los capitanes de torneo, las autoridades y los folladores ilustres. El resto permitía ver una jungla de canapés, sillas y sillones de toda laya, color y hechura. Cerca de la colina se armaron escaleras precarias. Al otro extremo, se vendían espacios por cuarto de vara cuadrada. Los más iban a estar de pie y por grupos. El frío había sido neutralizado con coraque, vino y otros licores fuertes. Se coreaban cancioncillas y romances de circunstancia. No pocos yacían durmiendo en las laderas cercanas de tanto esperar.

Al fin el momento se acercaba, ya habían llegado las damas protagonistas: Gertruditas y Casandra llegaron en carrozas prestadas y vestidas con sendos trajes de largas colas de seda, parecían novias órficas en un pandemonio penitente. Lanzaron besos y creyeron que la multitud los palpaban. Los estribillos se alzaron hasta el cielo rabiosos y entusiastas.

Conversaron con el juez libador y los capitanes de torneo, se sortearon las participaciones, sonaron unos clarines tocados en cuernos de toros. Tiago leyó con

³⁷ Lamábase así a los que armaban o curaban los huesos.

³⁸ Moneda cortada, de oro o plata, que corrió hasta mediados del siglo XIX. Ciertos platillos rústicos que portaban el aceite o las velas.

recargada retórica un bando, dando a conocer los motivos y la forma cómo iba a desarrollarse aquel torneo. Sonó un cornetín desorejado que abría el particular torneo...

—Damas y caballeros, vuestras mercedes aquí presentes, deseo agradecerlos por vuestra presencia a tan importante convite. Los capitanes os saludamos y deseamos una estancia agradable y un espectáculo digno de Eros y de Baco. Os presento a las campeonas (aplausos rabiosos) y al dirimidor ... (aplausos parcos). Todo ha de realizarse de acuerdo a lo pactado. Cada una tendrá la misma oportunidad y el mismo tiempo. Se sorteará la participación, luego del primer amasijo coital habrá un intermedio y después entraría la otra campeona. Cada una tendrá el derecho de usar las armas que considerara útiles. Luego de atender a ambas el dirimidor tendrá un rato para meditar y evaluar su deliciosa y factual artesanía. Finalmente se dará el veredicto... (aplausos y silbidos).

Salió a saludar Gertruditas, la Mediocoño, campeona de los acalófilos, jovial y regordeta, sonreía efusiva con su purpúrea boca sensual y sus labios como narcisos. Su vestido refulgía de tan delicadas transparencias y brillos, parecía un trozo del lago, temblando entre sus sedas. Lanzó un lento, espectacular y amplio beso a todos, se dio vuelta y lanzó hacia arriba la cola de su vestido pleno de rasos y respuntes, mostrando su generoso culo. Parecía una manzana edénica, generosa como un mundo compartido y con una hendedura tan fina y tan profunda que parecía un beso prolongado. Sin caminar mucho se perdió entre las bambalinas azulencas del lecho casual. Inmediatamente emergió la campeona de las imputables de Tiago: Casandra, la Salamandra. Parecía una diosa egipcia, vestida toda de seda negra transparente, sacó una flor carmín de su buraco y la lanzó a sus aguerridos y serviles machorros que la vociferaban con hermosas groserías. Apartó sus largos cabellos y levantó ligeramente su generoso seno izquierdo y lo ofreció como en bandeja, era su ofrenda y una de sus especialidades. Se alejó ceremoniosamente y se perdió entre el claroscuro. Sortearon la participación, entraría primero Casandra, la otra campeona bajó a la sala de espera bajo las graderías. Callaron las bandurrias y los cuernos. Iba a iniciarse el torneo.

En plena expectativa se percibían las sombras de los protagonistas que ingresaron al centro de la alcoba improvisada. Los furibundos acalófilos y los beligerantes imputables formaban bandos sonoros y lanzaban hurras irreverentes a sus propias campeonas. Las meretrices de los dos conventillos se lanzaban lisonjas a la cual más florida entre ellas, sus adjetivos y expresiones tan espontáneas superaban la poética de romanceros y trovadores.

Fue un espectáculo cuyas sombras apercibíamos por entre los tules, había un silencio tan lleno de suspiros que seguían todos los movimientos de los ofertantes. Tan pronto estaban de pie, como sentados o de cabeza. Parecían un instrumento musical tocándose a sí mismo. El ritmo variaba, de seguro que el ejecutante era un maestro en su oficio, parecía que iba a acabar, cuando los aullidos cortaban los suspiros, y luego recomenzaba el ritual del grácil toma y daca. Era un coito colectivo extraordinario, luego de las variables inimaginables llegó el momento, parecía un arcabuz gigante que subía con lentitud de miel hasta, hasta que explotó en un grito animal haciendo temblar a los presentes. Un orgasmo descomunal estremeció a todos, unos lloraban otros reían histéricos... Salió la sacerdotisa del rito: Casandra. Toda despeinada, con los afeites trastornados, embriagada de placer y se arrojó a los brazos de sus asistentes, quienes la llevaron en andas, entre sollozos y sonrisas, hasta su tienda. Hubo un intermedio que fue utilizado para escuchar grupos de músicos y cómicos advenedizos que interpretaron un entremés.

Luego entró Gertruditas besando un badajo que llevaba colgado al cuello. Entró apurada y casi tropieza en las sedas que llegaban al piso. El maestro Giraldo la esperaba adentro. Ella levantó los brazos y su traje cayó como un telón al suelo. Abrazó al juez amante y éste se clavó a ella con tanta fuerza que maulló la fémina de placer. Él permaneció de pie y ella parecía una serpiente que lo envolvía en las formas más absurdas y con los ritmos infinitamente cadenciosos y demenciales. Ella se meneaba como un tornado de carnes levadizas. La muchedumbre a su vez se movía como olas al batir de invisibles alas. Largos y eternos minutos prolongaron sus segundos por horas, lento, lento, como una montaña de miel, llegó el instante **esperado**.-Un alarido agudo de dragón desollado salió del escenario hasta transformarse en un bramido oceánico,

incontrolable que hizo callar a todos, deteniendo sus corazones por un momento iluminado. Sus ventrículos coincidían en un tropel de tambores irredentos, hasta que, luego de elevarse un palmo del suelo, los cuerpos orgasmizados cayeron al piso como un rayo denso y melifluo. Todos quedaron paralogizados al punto de reinar un silencio total en las cercanías. El cuerpo femenino se levantó primero, calzó su ropa y salió con un taconeo menudo y los senos desaforados que aún batían sus carnes. Bajó reacomodándose uno de sus aretes y se sentó en un canapé vacío, pidiendo beber algo, cualquier cosa... Sus amigas se acercaron a ella con copas llenas, mientras la multitud reventaba en gritos y silbidos.

Un trío de violines quebró el protagonismo y abrió la expectativa. Nadie acabó de escuchar a los músicos. Ya todos estaban en medio de una fiesta llena de embriaguez y lujuria. Cada haz de pajabrava o saúcos era un lecho real o imaginario para parejas de tres, de dos o de uno. Pude ver entre las sombras agitadas a un caballero oscuro anotando garabatos en un cuaderno forrado en piel de becerro.

Debió ser el cronista poeta Berganz de Ganzúa y Vela, recién llegado de Potosí —según me dijo el sacristán de san Sebastián que había estado a mi lado, sin que me diera cuenta—. Moví la cabeza y recién me apercibí de que yo no había anotado nada. Bueno, al menos todo quedará registrado en los anales históricos de mi colega, dije por consolarme. Me contaron después, y eso no lo puedo asegurar, que su crónica estuvo visiblemente parcializada hacia los acalófilos.

Con tanto rollo nos olvidamos del dirimidor. Sonó el trompetín y todos esperamos el fallo del maestro Giraldo. Éste tomó un bando para leer mientras liaba su zamarra de vicuña a la cintura. Se le notaba ebrio de placer, vacilante y con un gesto extraño, llevaba en su mano izquierda una copa brillante. Iba a hablar, trató de callar el rumoroso bullir de los follantes y dirigirse a la multitud. En unos instantes todos callaron y se ahogaron los acordes y jadeos. El mundo parecía una tumba atenta a la sombra de sus labios, imaginaron oír en todo el solar los corazones de los usuarios de los famosos burdeles. Se irguió tan largo como era, parecía en trance, ensalzó la copa y dijo con una voz estentórea y ceremonial...

—La campeona es ... —siguió tan solo un inaudible murmullo, un convulsivo espasmo y su caída estrepitosa al suelo. Varios de los gañanes cercanos le atendieron y antes de estrujándole el pecho y revivirlo, le jalaban de las orejas, exigiendo del infeliz una aclaración, una declaración, algo.. Dejó escapar unas palabras, pero no pudo entenderse. Desorbitó sus ojos garzos y cayó tendido al suelo. Trataron de reanimarlo, le echaron licor, le golpearon sus entrañas, pero era inútil, se llevó el secreto a la tumba junto a sus apostólicos placeres. Se lo llevaron en una sábana rumbo a una carroza. Nadie se apercibió que el hombre que acicateaba las mulas era el hosco Diego de la Noche^o, que llevaba bajo el capuz un bulto extraño.

Pese al patetismo del instante, muchos fuegos de artificio y los hurras de los bandos reventaron en loca algarabía. Todos los putañeros presentes abrazaron a sus damas y acabaron por olvidarse del torneo, de su finado juez y de la luna llena que los miraba azorada. Fue una noche de desbordes, barajos y bajas calañas, cuyo recuerdo siempre vivió en la memoria de todos los presentes y de aquellos que leyeran sus crónicas, mucho tiempo después. Dicen que los encomenderos y aventureros que volvieron al Reino difundieron sus pormenores. Lenguas falaces, aunque no tanto, afirman taxativas que su fama y sus leyendas llegaron hasta Madrid, y aunque se confundió el lugar y las circunstancias, aún hoy entre las putas de la Puerta del Sol, en Madrid, continúa citándose tal hecho como un portento legendario. Varios poetas compusieron cientos de sextillas y octosílabos yámbicos dedicados a las gentiles meretrices y a los cojones dolidos del exuberante alfayate.

A partir de entonces, rara vez estuvieron vacíos los burdeles de la villa.

^o Aquí se inicia el relato itinerante y se presenta al protagonista: Diego de la Noche.

¹ Juegos.

² Testículos.

Milagro malagradecido

Don Ricardo Rosales, maestro ebanista, antiguo oficial del gremio de san José, hábil artesano constructor de instrumentos musicales, trataba de calmar el ardor de su vejiga con un lavatorio de ruda, sentado en el ajiméz de su casona. De pronto, oyó sonar el esquilón en la parroquia de la Merced y se persignó apresuradamente. Recordó la cita y alisó su levitón, se secó como pudo y ya aderezadas sus piltrafas de calle, bajó las escaleras como alma que lleva el diablo. Iba al taller de su compadre, don César de Lafuente, situado al otro lado de la Plaza de la Ley. En su prisa no contestó la deferencia que le hiciera su vecino desde la acera enfrente y apresuró su paso, ensimismado. A puro tranco pasó por los estancos de la esquina hasta llegar a la casona baja de techos, en cuyo primer patio estaba el taller de su compadre. Miró sin ver el letrero repintado, tallado en madera y en forma de guitarra, algo desvencijado que colgaba de unas cadenillas herrumbradas y, empujando la pesada puerta, entró sin mayor trámite. En medio de la penumbra matutina, cerca al fuego precario de un hogar, estaba el artesano, afinando un trozo de ébano.

—¡Qué luna lo trae, compadre! Pasad, pasad. —quitó las virutas de un sillón cercano y le ofreció asiento al visitante.

—María, ¡traedle una copilla de coraque al compadre! —gritó en dirección a la puerta interior. Se restregó las manos en el mandil de cuero y, mientras limpiaba sus lentes con una saliente de su camisa, miró con sus ojos miopes a su amigo. A modo de verlo mejor, le acercó una de las copas que su mujer había traído.

—¡Qué cara de entierro me traéis!, si parece que una recua de mulas os habría espantado.

Don Ricardo no percibió la ironía y apresuró de un sorbo la copa que le habían traído, sintió que la bebida ya estaba algo macerada, tragó con desgano y esbozó una sonrisa, mientras musitaba entre sorbos. Mientras lo hacía, tomó una pequeña sordina a

media tallar de la mesita y empezó a jugar con ella, haciéndola girar entre sus dedos, sin darse cuenta de ello.

— Gracias, doña María —le dijo, esbozando una sonrisa lastimera. La mujer hizo un gesto amable y callada se alejó por la puerta del fondo. Nervioso, Ricardo miraba distraído a todo lado; fijaba sin interés su vista en las maderas laminadas del rincón, en las vihuelas colgadas de la pared y en el añoso contrabajo que estaba bajo la ventana. El viejo instrumento parecía un obeso fontanero petrificado, con el abdomen abierto y una cabecilla de escasos pelos ondulados. Hacía años que César no había podido repararlo, primero por la falta de ciertas maderas frutales que no le llegaban de los Yuncas, luego por la escasez de colofonia roja, la estrechez de las varillas de bronce, y finalmente por la fragilidad de su tesitura⁴⁴. Todo ello no eran sino pretextos, cierto día reconoció, en un amague de sinceridad, que aquel instrumento perteneció al asesino de su padre, y que tenerlo así, le calmaba el alma y le apaciguaba la conciencia de una infancia dolorosa. Aquel recuerdo peregrino lo entretuvo por instantes, mientras dirigía sus órbitas húmedas a dos cuerdas reventadas que se ensortijaban a la altura del clavijero. Allí detuvo su mirada nerviosa.

¡No podía explicarse cómo no podía decirle a su compadre algo tan simple y engorroso. Era el amigo de toda la vida, el compañero de juventud y el padrino de sus dos hijos. Buscaba palabras, las descartaba, se rascaba las sienes, no sabía qué decir. Su camarada lo observaba paciente, con un gestillo que le suspendía la comisura derecha y la acercaba al carrillo. Lo conocía bien y sabía que algo le iba a pedir, algo grande por el prolongado silencio. Se acercó lentamente, le quitó con suavidad la sordina con la que jugueteaba y, a tiempo de ponerla en la estantería, trató de animarlo, mirándolo con una sonrisa afable, y un gesto de confianza. Al verlo don Ricardo, empezó a hablar, gangoso...

—Compadre, estoy en medio de una manada de lobos hambrientos! —dijo, llevándose las manos a la cabeza. Bajó la mano derecha lentamente.

Estructura, medidas propias de cada voz o de cada instrumento.

—No sé qué hacer. ¿Os acordáis de los dineros que me prestó el hermano del Corregidor? Pues veréis, me manda acosar con su secretario, aquel vejete siempre vestido de negro y nariz de mosca, que más parece un sepulturero.

—Ése mismo. Fue él quién me endilgó, hace cosa casi seis meses, al prestamista en aquel famoso torneo. No sé de qué manera se enteró que iba a pasar el preste de la Virgen de La Candelaria, y me ofreció a manos llenas cuanto sería menester, y yo, y yo, firmé recibos sin pensar... ¿os acordáis de la fiesta?, estuvo bien, ¿verdad? —dijo, en tono lastimero.

—Como olvidarlo, compadre si dicen que estuvo como en las cortes, *pesía* a los dimes y diretes de los mohatros y chisgarabís". A propósito, deseaba preguntaros algunos detallillos que me dejaron ensalmado... ¿De dónde habéis sacado aquella tan bella yegua para ingresar vuestro alferazgo?

—Me la prestó y con muchos remilgos, el padre Calancha, párroco de Hancohanco, ¿lo conocéis, verdad? —asintió.

—Pero, estuvo bien enjaezada. Os veíais, con vuestros seis palafreneros negros vestidos de calzas damasco y carmesí, vestido de galas, con el bastón de plata y el reluciente sable, arrojando monedas de oro y plata a la muchedumbre. Jamás imaginé tal parafernalia, compadre, allí vos, junto a la flor y nata de la villa...

—No os habéis perdido ningún detalle, pero decidme ¿por qué no habéis venido a la vispera, si os mandé una esquila especial?

—Nada recibí, si hasta pensé que no queríais ver a este humilde sastre de músicos...

—Cómo se os ocurre tal disparate, si mandé la esquila con mi sobrino, el Ismaelillo.

—Ahora entiendo el desliz, menos mal que se debió a ello y no a otra cosa...

—Aquella noche fue bestial: los fuegos de artificio, las luminarias, el repique de

⁴⁵ *Pese a*, contracción castiza de la época.

Usureros que hacen mohatras, ventas y compras fraudulentas.

⁴⁷ Bulliciosos, metomentodo.

El preste ingresaba con autoridad de alférez en la fiesta patronal.

campanas, las carreras de caballos, los toros enjalmados y las peleas de gallos; sin contar los carros triunfales que circulaban sin cesar por la plaza y sus alrededores, por debajo de los arcos de filigranas y platerías.

—Os acordáis la corrida de toros el juego de cañas, el de moros y cristianos. Ah, cuántas sortijas y estafermos que se jugaron. Si hasta llegaron los comediantes de Lima con sus novedades madrileñas. Presentaron algo de un tal Calderón...

—La misa, la misa, os olvidáis della. Si hasta vino el capellán del obispo. La Virgen, con la capa color ámbar aderezada de rubíes que le encargué... fue inolvidable.

—Cinco días que parecieron una eternidad por lo efímero. Si hasta los indios y los negros, bailaban sus desgarbadas danzas vestidos de haraposos mayorazgos, pero al fin, valió la pena ¿o sí?

—Compadre, vos habéis sido el elegido y el bendecido, ¿no confiáis acaso en los favores de la Virgen?

—Claro, pero, no sé, deseo creer, pero antes que mi fe está en peligro mi pellejo. Gasté los ahorros de toda mi vida, la dote de mi hija y hasta comprometí en garantía mi taller, sin contar los dos obrajes y la casa de Jacinta, mi esposa. —Miró a los costados y enrostró a su compadre.

—Vamos, no me miréis así, ya sé que no debí oficiar de hidalgo siendo un mestizo, ni ostentar lo que no tengo, pero pensé que me iban a mirar mejor y ... pensé que podría pagarle con prontitud, pero no fue así. Ahora, no pasa día que no visite mi casa, y pese a que le mando decir al vejete que no estoy, mi oficial del taller —os recordáis, el hijo de la Remigia, la que vivió en casa tantos años en casa y se fue sin decir nada con el panadero del callejón Chirisco— se pasó al lado de mis acreedores ...

—No hay cómo confiar en estos indios, compadre...aunque la traición es mal humano...

Muñeco giratorio, con un escudo en la mano izquierda y una correa con bolas o **saquillos de** arena en la derecha, que, al ser herido en el escudo con una lancilla por jugadores que pasaban corriendo, se volvía y golpeaba con las bolas o con los saquillos al jugador que no pasaba ligero.

—Veréis, se queda a conversar con el vejete. Permanece de pie en el poyo por horas... y no puedo salir ¡ni trabajar!. Ya no puedo más, hasta pensé en lanzarme del puente de La Paciencia. Lo intenté hace tres noches y sólo alcancé a coger una influenza, ¡eso más!

—Ni pensarlo, compadre, ¿tan grave es?

—Imaginaos, mientras estornudaba en medio del puente, el viejo pícaro se me apareció por detrás. Yo pensé que era el fantasma de la dama del puente, pero era él, seguro que me vio venir y apareció en la oscuridad como un alma en pena. Como si hubiese leído mis intenciones, me dijo, entre ironía y compasión:

—¿Queréis dejar una viuda y tres hijos con una deuda grande, sin casa y sin dinero? Yo no lo haría, no sé, vos... —No esperó mi respuesta y desapareció por el cenital de la Paciencia, tal como vino. ¡Ah! Desde entonces no duermo. ¡No sé que hacer! Vuestra comadre sospecha, me ve dar vueltas en la cama, caminar por el cuarto, pero no me pregunta nada, y sólo me ofrece infusiones de tomillo, menta y tilo para calmarme...

Se hizo un silencio y al ver un gesto raro en su compadre, añadió...

—Por favor no os enfadéis, no me llaméis la atención por el despilfarro que hice, por la abundante bebida y las mesas que se comió la villa durante la semana de la fiesta. No, no mencionéis nada de esto a la cofradía ¿no? ¿Qué podía hacer? Si no cumplía la Madre Candicha se iba a enojar! Ah, ¿qué sería de mí, que será ahora?

—Mas, ¿habéis hablado con el párroco de san Sebastián? Dicen que es primo hermano del Corregidor, y tal vez...

—Veréis que fui padrino de su misacantano y hasta toqué varias veces el armonio en sus misas. Hablé con él, habló con su pariente y sólo conseguí la misma sonrisa de sombra. Insistí con todos sus ascendientes y saludadores más asiduos, con aquellos de poca o mucha influencia y solo coseché diatribas y fandangos por doquier.

— ¿Cuándo se cumple vuestro plazo fatal?

— Logré una prorroga para dentro de tres semanas, justo para el día de san Fermín.

Don César Domínguez no sabía que decir, su cerebro escogía entre palabras de aliento, de compasión, de disculpa evasiva, pero no alcanzaba a pronunciar palabra alguna. En su nerviosismo, sus dedos tocaron las cuerdas de una vihuela rota que le habían traído esa mañana para reparar. El sonidillo de ese blandengue cordófono, distrajo a ambos por unos instantes.

—¡Compadre!, —dijo de improviso, exaltado.

—Os habéis enterado que llegará a la villa la orquesta del maestro José Antonio de Asunción! Tocarán en dos semanas en la velada del Gobernador Romero. Envió a dos de sus musicantes en una carreta de cinco mulas con sus instrumentos desde el Cuzco, y ¿no imagináis lo que pasó? Estaban bajando tranquilos y dormidos por el lado de Coscochaca, cuando una de las mulas se espantó al ver un zorro. Allí, (*señalaba por la ventana*) cerca del arroyo del Chojñallarca, las cajas en las que venían sus instrumentos de cuerda se desliaron y cayeron en la cuneta del Ahorcado—. Las cajas se trozaron, algunos instrumentos cayeron en los charcos y otros... (*hizo un gesto con la mano*). Los musicantes, a quienes había confiado el maestro su transporte, están desesperados, vinieron a la hora del novenario a pedirme que se los compusiera a la velocidad del diablo. Yo no supe qué contestar, es demasiado trabajo para mí, y ya sabéis, justo en esta época de lluvias se resiente mi reuma y mis manos parecen de palosanto.

—Pero, no entiendo, ¿qué queréis decirme?, compadre

—Hombre, idiota no sois y no habéis nacido ayer como para no daros cuenta. Los músicos son los dueños de los obrajes de Uturunco y su afición a la música les ha jugado ahora una mala pasada, pero pagan bien y al contado. Me han ofrecido cien sueldos de plata si se los entrego antes de la llegada del maestro... Compadre, ¡allí está la solución a vuestros pesares. Vamos, venid conmigo a la taberna de Paniagua y conversemos con los musicantes del maestro Asunción. Mientras se dirigen allá, Ricardo Rosales, hacía cuentas. Con aquel monto podría salvar la casa y podría prorrogar el resto de la deuda, ¡por supuesto que sería oportuno!

Dicho y hecho, en un suspiro los artesanos estaban en la taberna, hablando con los músicos y conviniendo precios, y en otro, traían en una carroza desvencijada los instrumentos para componerlos. Daba pena ver aquellas delicadas maderas reventadas y sus cuerdas enrolladas como ramas de vides; otros partidos y los más, trepanados. El agua había deteriorado algunos, y otros apenas tenían saltados los barnices. Les dieron pena las taraceas de las violas, sus ébanos, nácares y marfiles, reventados por el agua. Los ordenaron con el máximo cuidado y los acomodaron como pudieron en el taller de Rosales.

No durmieron desde aquel momento, Los clavicordios, arpas, violines, bandurrias y violas renacían lentamente en sus manos. Los restos de comida y los vasos se amontonaban junto a las gubias, berbiquies y punzones. Apelaron a las virtudes de la coca para ahuyentar el cansancio, y así día a día, noche a noche y amanecer tras amanecer, los gráciles instrumentos recuperaron su primitivo esplendor. Se escuchaban cantos de grillos en el jardín mientras calentaban los baños maría para templar las resinas; aromas de bosques lejanos al preparar barnices. No faltaban algunos fragmentos musicales que eran tocados para fijar las afinaciones. Les faltó pez de Ávila y aceite de ballena, incluso algo de trementina para humedecer las cuerdas, pero todo fue bien, excepto por los clarinetes, que dieron mucha lucha en sus bronces. Pero, al conjuro de las hábiles manos de los artesanos, los instrumentos renacían en medio de la atmósfera feérica del taller, plena de vahos aromáticos, potes exultantes y no tan melódicos conjuros.

Ricardo descubrió una tarde de jueves que los marfiles del violín soprano habían saltado todos y, por mucho que buscó, no pudo hallarlos. No le quedaba tampoco nada en el taller y ni pensar en hacer un pedido a Juli, donde vivía un amigo suyo. Su entrecejo se arrugó al punto de preguntarse, ¿qué hacer?, sin el marfil nada podría hacer. De un rincón de su averiada memoria creyó extraer un recuerdo de una vieja historia que le contara un colega suyo sobre un viejo pueblo alemán. Era un constructor de violines que en lugar de marfil usaba huesos de hombres ahorcados. Se decía que ese detalle

^{s1} Incrustación hecha con pedazos menudos de chapa de madera, concha, nácar y otras materias.

daba una acústica especial a los instrumentos. Ni tan crédulo ni tan ingenuo, esperó que cayera la noche, y ayudado por la inmensa luna llena, caminó esbozado rumbo al huerto trasero de san Sebastián. Don Melecio, el cuidador, le contó varias veces que había hallado huesos antiguos de indios. Era hombre de confianza y mediano bandurriero, esta vez sería su salvación. Fue a visitarlo y al verlo dormitando en su garita, no quiso despertarlo. Sus dos gatos se encargaron de ello. Esgrimiendo un puñal, sin despertar del todo, carraspeó diciendo:

—Vade retro, ¡Satanás!

—Tranquilo Melecio, que soy yo —se bajó la capucha de la capa, lo tomó de un hombro y, mientras caminaban rumbo al camposanto, le explicó su requerimiento. Al cabo estaba hurgueteando por los oscuros "promontorios sin cruz con ayuda de una pequeña tea. Tomó unos trozos amarillentos...

—Don Ricardo, ¡esos no son huesos de cristianos!:

—Por eso mismo, necesito al menos un fémur, algunas clavículas... o ¡lo que haya!

—Si se entera el Santo Oficio...

—Nadie se enterará y podré repararos vuestra bandurria. Me llegaron unas tripas de gato fabulosas

—¡Ni hablar! Pero recordad que esto no ha ocurrido jamás —Ricardo halló algunos huesos, los metió en un sacó, se persignó y salió apresurado.

Al llegar al taller los metió en un pote con cal viva y los dejó el resto de la noche. Mientras él estuvo tallando piezas, calando nácares, adelgazando bronces y terminando la taracea. Al amanecer, entró don César...

—¡Vaya trabajillo que habéis hecho! pero, y ¿de donde habéis sacado el marfil?, aquí os traía algo que encontré en mi taller, espero que os baste

Apenas sonrió. Bebieron un poco de coraque y unos chuscos de avena. y, luego de desayunados, se pusieron a trabajar.

Cada instrumento acabado era cubierto por **holandas** blancas para evitar los estragos de la humedad y el frío. Ocupaban sendos espacios en los estantes del taller. Varios días estuvo don César agobiado por los achaques del reuma, pero aun así, libró sus pequeñas batallas, Ricardo parecía un poseído, su cálida paciencia se enredaba en una lenta desesperación que parecía envanecerse a cada momento. Nunca trabajaron tanto en tan poco tiempo y aún así tan a gusto. Habían transcurrido casi dos semanas.

Se enteraron que había llegado a la villa el Maestro Asunción Benavides a dos días de los conciertos programados para el aniversario de la fundación de la villa. Le habían informado que dos cotizados artesanos limpiaban y aderezaban los instrumentos. El maestro, complacido de la bonhomía de sus músicos, creyó exagerado aquel encargo, aunque lo aceptó de buen grado, ya que sus músicos lo pagarían de su bolsa. Hermenegildo Zuñuaga, uno de ellos, era primo hermano de Tiago, y había dedicado su vida y buena hacienda a tocar el violín y vagar con él por cortes, alcaldías y corregimientos, entre Santa María del Buen Aire, Potosí y Cuzco. Mal músico y buen amigo de azogeros, conocía bien a los capitanes de galeones que hacían la vista gorda sus clandestinos envíos de plata confundidos entre fardeles con destino a Cádiz. Pagar la restauración de los instrumentos fue para él como quitarle una pluma a un faisán.

Al fin llegó la víspera de San Fermín y demacrados y somnolientos se presentaron en la casa donde se alojaba el maestro Asunción, acalófilo empedernido. De movimientos amanerados y delicados, miró a los artesanos. Le cayó mal su aspecto demacrado, pero ¿qué le importaban a él tales minucias? Dijo, por decir algo

—¿Es verdad que sois antiguos operarios del maestro Guamán Henríquez de Ureña? Aquel ilustre maestro catalán afincado en Pomata, él me trajo a América muy joven... —don César bostezó sin querer y se animó a contestar.

—Pues sí, yo estuve tres años de aprendiz con él cuando mi padre me corrió de la casa. Con él aprendí a preparar y elegir las maderas y a tesar tripas...

Lienzo fino del que se hacen camisas, sábanas y otras cosas.

El maestro Asunción no prestó atención a la respuesta. Había empezado a desatar los bultos y veía sus queridos instrumentos remozados. No cabía en sí de alegría al verlos relucientes y aderezados. Sus dedos largos y finos, tan suaves y sensibles, no percibieron las rajaduras y requiebros en las preciosas maderas. Sus nogales, pinos, palosantos ébanos, marfiles y bronces refulgían como joyas. Empezó a silbar una sonatilla de Palestrina y se "fue", mientras rasgaba con el índice una bandurria. Dióse cuenta de su desliz y se paró caminando apurado, mientras decía, con ese amaneramiento exquisito...

– Pues bien, sí que les hacía buena falta una limpieza y ciertos ajustes a mis instrumentos. Pasado mañana daremos el concierto en la sala del cabildo, y en la misa vespertina de los franciscanos, tocaremos un réquiem, os esperamos, caballeros. Hizo una cortés reverencia y se perdió tras unas cortinas contiguas, dejando tras de sí un halo a lavanda y albahaca.

Don Luys de Milán, el colega de Zuñuaga, se quedó unos instantes en el taller, guiñóle al maestro César el ojo que tenía bizco y a tiempo de sobarle el hombro derecho, le dijo, efusivo:

—Aquí tenéis lo convenido —extrajo de su fajina un bolsín de monedas y le añadió unos doblones extras —los habéis ganado con holgura, francamente dudaba de vuestra prontitud, pero no sólo habéis salvado los instrumentos, sino el cuello de estos pazguatos³³. ¡Vive Dios que os agradezco!

Estrechó sus manos con una franqueza algo exagerada, sin considerar las múltiples heridas y magulladuras que las manos de los artesanos tenían; ahogaron ellos sus con sonrisas corteses. Al irse el hombre, los compadres echaron las monedas sobre una mesa cercana y las contaron. No faltaba nada, era lo convenido. Luego de darle un húmedo beso y encomendarse a la Virgen, César lo guardó entre su fajina y salieron los dos compadres rebosantes de alegría, como alma que se lleva el diablo.

Ya en la calle, César, en un arrebató, lanzó el monedero al aire y Ricardo, al cogerlo, casi es arrollado por una mula que pasaba llevando leña a la herrería. El oficial de su taller,

Hermenegildo Huanca, lo salvó de un empujón. Se limpió como pudo y trocó su mal humor en una inesperada algarabía. Guardaron el bolsín y no pararon hasta llegar a la Taberna del Sordo, cerca a la cruz verde de Chocata. Irrumpieron ruidosamente al entrar en el chirisco¹ y luego, acomodados en unas sillas desvencijadas del cuchitril, seguían extasiados por su eventual triunfo.

—Compadre, ¡lo logramos!, podréis pagar vuestra deuda y aún quedará algo. Ahora a festejar nuestros requiebros., que bien lo merecemos. Pero recordad, sólo una jarra, unos picados de morcilla y nada de revolver caldos.

—Jamás lo imaginé, y pensar que hace dos semanas era carne del cementerio y ahora podré recuperar mis afueros y devolver el alma a mi doña. Ja, ja, ja, ja, —

Pidieron a fritos lo acordado. La mesa se colmó por un rato. No bien se vació solicitaron una repetición. No habían pasado dos horas y los dos artesanos se habían bebido varias pintas de vino y comido cuanto pudieron. Los vasos se alzaban con frecuencia y todo era risotadas y jaleo. Al caer la tarde entró al lugar don Ginés de Uría, el ebanista de la iglesia, su acérrimo enemigo. No se odiaban pero, aunque de oficio afín, Ginés los menospreciaba. Esta vez no fue la excepción y vociferó su cantaleta:

—Ricardo y César, las dos colas del demonio, caros amigos, ¿como estáis? Ya sé no me contestáis porque os creéis la teta de la Magdalena, pero vosotros sólo usáis la madera para embelearla en guitarrías y barajos, sois bordadores y no carpinteros, como su servidor... además que...

Su bizarría y orgullo se resentían al oír tales bellaquerías y para no oírlas .de lejos, optaron por invitarlo a su mesa. Al fin y al cabo el dinero les sobraba y podían quedar como reyes ante aquel truhán muerto de hambre. Pidieron dos jarras de licor y frescos chicharrones para picar. Dos guitarras les fueron prestadas y ni cortos ni perezosos se prodigaron en coplas. Ginés les pidió que le acompañaran a dar una serenata a una dama que lo traía de vuelta y media.

¹ Callejón oscuro.

Accedieron gustosos y embarraron sus botas por la calzada de los Recoletos, hasta llegar al Remolino —su portal iluminado mostraba unos amorcillos ornados con querubines—. Los compadres se miraron, se encogieron de hombros y armados de sus cordófonos, llegaron al patio con su rival amistoso. Tocaron coplillas y seguiriyas, apenas mojaron sus gargueros fueron invitados a descansar sus vericuetos en el burdel, y ¡cómo las descansaron!

Luego de dos días amanecieron abrazados el uno del otro, junto al carpintero, a los pies de una de las columnas del ayuntamiento. Unos perros tempraneros los olisquearon a su gusto, uno de ellos orinó sobre César Domínguez. El vapor que salía del líquido tibio, daba la apariencia de que el hombre estuviera en ebullición. Dos rondines que pasaron por allí los reconocieron, sonrieron y se fueron arreglándose los capines. El maestro César fue el primero en despertar, palpó su levita empolvada, y descubrió el bolsín de cuero de llama que les habían entregado como paga: dentro de éste, no había ni una sola moneda. Se tocó la frente con su mano derecha, se persignó y luego se acurrucó a dormir hundiendo sus narices en el orine tibio que le llegaba del rostro de Ricardo, que roncaba como un bendito.

Mash Allah

Cabe inducir un sesgo en estas fablas⁵⁵, y justo es que yo, que ando divagando desde hace años entre purgatorios y limbos, tenga **a bien facer una confesión, que a buen cabo me lleve**. Cristiano viejo fui y vestidor de los frontales de Corpus. Robado mi mayorazgo fui despreciado por mi **padre, heredé su nombre más no su apellido: Diego**. Entre las ternezas de mi madre, sólo hallé sedas de alarbe en sus caricias y minucias que fueran pradicos en una infancia, que apenas durara cuatro inviernos. Huérfano fui dejado en puerta de franciscanos, que habiendo sido clausuradas —sin haberlo sabido mi dejador—, sirvió para que almas buenas y gentiles me criaran, mientras fuera **útil** y sirviera para algo. ¡Y de cuánto les serví! que hasta ahora me quedan las huellas de su apego: varias rosetones y sarmientos en mis lomos. De allí mi apellido: de la Noche, pues sólo la noche me cobijaba, pues mis deshacedores solían descansar de sus negras labores.

Pero, no digo estas sandeces por ánimo de conmoveiros, sino para que unidos al abuso de holgarme con vuestro esmero, añada una **lección, que por descuido, caló hondo en** mi temprana madurez, apenas liada con mi palmeteada adolescencia. Lástima que no cayere hondo, tan hondo como para tomar desta esperiencia **una lección de vida, pues** reincidente fui y no descreo de ello por completo. Prefiero los carnavales a las cuaresmas y el domingo de tentación al sábado de gloria. Sí, llevo **alma gitana** —aunque en mi sangre habitan caciques y sembradores aimaras—. Sí, lo supe todo desde un principio, incluso cuando tan sólo lo presentía. Mi bisabuela fue **una nigromante morisca** de piel fosca⁷ y hermosa —apostada en Alger. **Manida** por abuelos y patriarcas oranitas⁸, era hermosa y misteriosa. Sin conocerla lo sé con certeza, **la siento dibujada** en mi sangre —opaca ya—, ahora que el tiempo se ha devorado mis carnes, semeja simple agua. Su rostro, tallado en los recovecos de mi memoria, permanece más **allá de cuanto**

⁵⁵ Imitación convencional del español antiguo.

⁶ Árabe, moro.

⁷ Oscura.

⁸ Maltratada.

Tribu árabe afincada en Orán, famosa por sus sabios.

mundo rotatorio existe. Su faz perfilada en la lobreguez se aposenta junto a mi sombra, tibia, inexplicable, cuando me enfrento a cualquier arcano misterioso y religario.

Humedezco pues mis manos en el **aguamanil** , al estilo del pretorio romano, puesto que no es mi intención introducir **gurupés** ¹ en la petaca. Pero, la torácica indiana, a quien todavía recuerdo en mi tacto aéreo, vaga aún en mis rejuegos pichales. Soy un majadero, evadido del tiempo, pero, vayan mis **léperos** a la par que mis **coruscos** . Mal puedo aseguraron si cuanto he de narraros, pasó sin dudas. Soy un descreído tomasiano, así que en estos tejemanejes prefiero conservar una indiferencia charlatana, que sólo aspira a informaron sin mezclar los gajes con los **bojes** . Creer o no creer es vuestro dilema y mi venática presunción. Les vendrá a lo justo. Vale.

Tenía la joven indiana copiosos setiembrés, no más de una veintena ni menos de dieciocho. Sus padres la habían dejado en casa del corregidor en un año de sequías y jamás volvieron. No conocía otro hogar que aquel que le diera su madrina —la Corregidora y hermana del alarife Saturno Lainez—. La joven no era tratada como sirvienta, aunque se la vestía con ropas cansadas y su apetito conocía manjares desechados.

El invierno recién pasado había dejado la villa un tanto melancólica y oliscona. Las nieves que habían coronado las montañas que circundaban el valle **inclinado** habían declinado su manto, y un verde tímido emergía de sus últimas escarchas. Se había prolongado más de lo permisible y la primavera calendaria era sólo numeral y no confiscatoria. El solar de tres patios que tenía la corregidora a lo largo de la vía que iba a Coscochaca conservaba la fachada señorial, ayudada por los revoques anuales de calicanto. Por el noroeste colindaba con los antiguas tierras del cacique Uturunco; se

Jarro con pico para echar agua en la palangana donde se lava las manos.

⁶¹ Adornos en talabartería.

Expresiones groseras y ordinarias.

Objetos brillantes y resplandecientes.

⁶⁴ Se comparan los estipendios con las cargas.

Arquitecto o maestro de obras.

decía que bajo aquellas generosas quiswaras, estaba enterrada la amada vestal que el cacique robara de la isla de la Luna.

Miraba yo descender a la muchacha —mientras me esforzaba en armar un pitillo de tabaco fresco, con polvos de cantárida. Sus caderas, tamizadas por sus sayas de lino, se mecían como mi alma, de un extremo a otro, al atravesar ella por el callejón Chamaco. Iba de encargo a la recova a buscar —entre los buhoneros del lado de Ambaná—, un poco de chocolate. Compraría, además, algunas lanas de color en el baratillo, para terminar sus labores y algunas verduras para el gasto.

Era su patrona, doña Alicia Lainez de Santander, llamada aún la "corregidora" por extensión del título de Corregidor que ostentara don Rodrigo de Santander y Oviedo, hará una década. Mujer melindrosa y de fácil tendencia al desasosiego, recomendó a su criada volver temprano, ya que el sol de primavera se estaba nublando y la brisa de la cordillera seguía congelando hasta las sombras. La preparaba aquella tarde un buen ágape a sus invitados, los hermanos Villegas, encomenderos potosinos recién llegados de Charcas y parientes de su difunto esposo. Sus jaquecas se habían hecho más frecuentes y parecía preocupada. Para calmarse se distraía en los rollos domésticos; rogaba que hubiera chocolate en la recova para preparar su postre favorito: el *fleurie de chocolat*, una de sus especialidades aprendidas durante su estadía en París, donde, por favores de su Majestad el Rey, había estado dos luengos veranos.

Evitaba encargar compras o encargos a su ahijada Benamira —tan cachazuda y dada a los melindres—, pero no estaba Raimundo, su fiel mayordomo, y su fiel cocinera Rosa seguía con los afanes del almuerzo.

—No hagáis diluvios con lágrimas secas, Doña Alicia —se decía a sí misma, queriendo convencerse de que todo estaba controlado y en orden.

—¡Ah! olvidé comprar palmatorias nuevas... ajj José, ¡José! —se alejó al patio con la idea de hallar a uno de sus mozos para encargarle sacar brillo a los candeleros de rosicler' que guardaba para estas ocasiones. Recordaba el entusiasmo con que su

Especie de candelero bajo, con mango y pie, generalmente de forma de platillo.
Plata roja, también se dice del color rosado, claro y suave de la aurora.

difunto Rodrigo —alma bendita— los hacía brillar en ocasiones especiales. Decía que el rosicler atrae la plata y que la plata se embriaga con el oro. ¡Cosas de viejos chochos!

Aquellos calores súbitos que sentía de vez en vez le hacían sentir un vago pudor infantil al descubrir sus pensamientos y recuerdos muy privados, incluso consigo misma. Creía que, conversando consigo misma se ayudaría a recuperar su intimidad de niña, de mujer madura.

—¡Ah!, esta moza, ¿dónde estará? —unos incómodos zollipos distrajeron su atención, mientras se perdía en el pasillo, arrastrando sus vestidos arrepollados.

Benamira Jiwaqisa caminaba con otras prisas; miraba sin ver la línea ondulada —tallada en la tierra húmeda— por las huellas de sus ondulantes de sus pollerines y se quebró de repente. Trataba de arreglarse el cabello por enésima vez en tanto giraba su rostro a todos lados, buscando algo que parecía haberle entrado por las narices hasta el alma. Miró instintivamente los cordones azules con bordes dorados de sus chapines, verdes, algo desgastados, y no percibió que arrastraba uno de ellos. Sus ojillos negros y avizores —como pepas de pacay— no permitían ninguna equivocación en sus perceptos. Sí, era un aroma extraño el que la inquietaba y la hizo olvidar por de pronto de sus encargos y devaneos. Era un olor que emergía de muy lejos en su memoria, algo que la inquietaba y, al mismo tiempo, recalcitaba aquella ternura oculta y desconocida en ella. Miró alrededor, se frotó el rostro con su mano izquierda, como lo hacía ante cualquier atisbo de desasosiego. Dio unos pasos y miró por encima una cerca, que daba a unos baldíos cercanos al río, por donde parecía venir el aroma.

Sintió que alguien le tocaba el hombro derecho, a tiempo de ajustarse la mantilla y cuidar instintivamente su prendedor. Se volteó enfadada.

—Vaya, que agitada que andas... sólo quería saludarte...

⁶⁰ Se refiere al dinero.

⁶¹ Sollozos con hipo, al decir de Quevedo.

⁶² Chanclo de corcho, forrado de cordobán, muy usado por las mujeres de la época.

Era Caína, la pulpera de doña Remigia, su amiga querida y paisana. Habían pastoreado juntas ovejas por los cerros de Chucuito, compartido sueños de adolescentes, y luego, después de años se reencontraron en esta villa. Ambas configuraban esos polos opuestos tan frecuentes que se dan en ciertas fraternidades: Benita, o Benamira (como se llamaba ahora) era cándida e ingenua y Caína era avispada y buscona. Trabajaba con la maestra mayor de las venteras y era su relacionadora pública, o más bien su vinculadora de negocios. Utilizaba su atractiva figura para melificar sus negocios y dirigir sus intereses. Jamás daba una puntada sin hilo, pero con su amiga era distinta, había asumido ser su sombra protectora, un poco como yo, pero más directa y terrenal.

—No, disculpa, estaba distraída, tengo que...

—Mm, a mí parece mujer, que estás buscando a doña Josefa Infierno, la trapacera mora que vivía allí abajo, en el playón de la Paciencia. No me digas que andas mal de amores, pequeña ...

—¿Yo? ¿Por qué piensas eso?

—Bueno, mujer, si la buscas es porque la andas... Dime, ¿sigues con el Jacinto?

Se ladeó nerviosa y bajó su cabeza, acariciando nerviosa su broche, respondió a medias...

—Es que... no ha venido en dos semanas y hoy es jueves... pero, y eso ¿qué tiene que ver con la no sé cuantos... que me has nombrado?

—Yodsefi Ifnar, aunque las lenguas malas le dicen Josefa Infierno, ¿seguro que no la ibas a visitar?

—Claro, si no sé ni de quién me hablas...

—No te preocupes, mujer, yo sí voy donde ella, tengo conflictos con el Fidel, y... que lo arregle quien lo ha liado ¿no? Vamos, ven conmigo...

Se dejó llevar, dieron una vuelta a los pinares en la esquina del taller de los carpinteros, subieron unas gradas, torcieron hasta divisar el río. Bajaron al playón y la humedad de las arenas les dio la bienvenida. Estaba desierto el paraje y, a más de pedregones y las patillas de las casonas de enfrente, sólo se veía una garita miserable, oculta en un pequeño farallón. El aire fresco llevaba en sus partículas fragmentos de río,

y las aguas claras jugaban con el sol con sus partículas de oro diluidas en sus onduladas fauces....

—No, tengo que ir a la recova, mi patrona... ya la conoces...

—Pero si no tardaremos nada, después yo te ayudaré a hacer las compras, sabes que conozco a las feriantes del *zoco* . Además, ¿no quieres saber qué ha pasado con tu ...?

No lo pensó más. Ya era hora de revolver caldos. Sus miedos se cruzaban en su inquieto músculo torácico. Cogió sus canastas y siguió a su amiga. Total , empezaba a nublarse y el reloj de sol de la plaza no conocía de tardanzas. El vaho extraño que había percibido se hacía más intenso: una sensación lejana de paz, melancolía y ajenías la invadió haciéndole olvidar el resto.

La cancela estaba hecha de unos palos embijados , liados por unos fierros irregulares. Unas letras amarillas dejaban ver unas letras añejadas: *mash Allah* . Sintió miedo.

—Doña Yosefi, soy yo y vengo con una amiga, ¡ábranos!

Un rostro medusario, oscuro, de tenues brillos azulinos, emergió del cuchitril. Sus cabellos lanudos y bermejos, su cuerpo grueso, ornado por cientos de collares y collarines, formaban una guirnalda salvaje. Vestía una bata de bayeta roja, de anilino bermellón. Dejó aparecer una mano —cetrina en la palma, purpurina al dorso. Unas uñas largas y ganchudas se abrían a unos dedos rematados en anillos; éstas hicieron el ademán de llamarlas. Caína empujó la cerca y ambas entraron. Las paredes eran cenicientas por sus méritos; unas espelmas de color estaban encendidas en diminutas hornacinas de sus eventuales muros. Habían múltiples objetos fosforescentes que no alcancé a precisar, pese a mis mañas de pesquisidor. De unas espeteras' puestas detrás la puerta colgaban unos inacabados líos de cuerdas, piedras y huesos marfilinos. Una

⁷¹ Mercado, zoco o recova, como suelen decir los viejos mozárabes o sus descendientes.

⁷² Dispar, formado de piezas desiguales.

⁷³ Palabras árabes que aluden a lo misterioso.

⁷⁴ Tablas con garfios en que se cuelgan utensilios de cocina.

cimitarra pendida detrás de la misteriosa mujer, parecía una luna hermosa en un cuarto creciente goteante.

A un lado estaba un incensario del que salía aquel aroma que había percibido la muchacha. La mujer no hablaba nada, sus ojos parecían dominarlo todo. Sentada sobre un almadrake con las piernas cruzadas, formaba entre sus faldas una mesa tensa, donde jugaba con unas figurillas hechas de huesos y metales con sus dedos gordezuelos y apuñalados. A su derecha estaba amontonada una baraja española: un as de espadas se contoneaba sobre una sota de oros. Los ojos de Benamira miraban aquellas gasas que cubrían el cuello gorgónico de la pitonisa, como si estuviera viendo algo supraterrrenal.

Ella levantó el rostro y dirigiéndose a Caína, le dijo:

—No je irá su hombre, mujer. Ejta aquí jerquita, ya je lo traigo **m hija**. Uté saé que nunca ley fallao, no, ¡ejo nuncal... —atrajo hacia sí algo del humo blanco que llenaba el ambiente, como si se lo tragara, como si el vaho la acariciara el cuerpo y sus manos, esas manos inescrutables, parecían manosear algo invisible....

—Uté, ninya, no je me amartele, ¿vale? —Benamira parecía extasiada viendo el humo de la solanácea⁷⁶. La mujer hizo un gesto raro enarcando una ceja y arrugando su nariz, diciendo...

—¿Te gujta el beleño negro, mija? dijo —Benamira no le contestó. y se alejó un poco del incensario.

—Eje hombre de cabeyo oscuro, con la jicatrí en el pecho, no venirá hoy. Má no la ejará a ujté ni a su ninyo —porque ¡usté yeva un crío ahí entro, ¿verdad? No ninya, je irá mas no la ejará jamá..... —lamió sus uñas y extrajo de un bolsillo de cuero de su seno un bultillo retinto. Lo frotó entre sus palmas y se lo entregó ceremoniosamente...

—Guardá ejta higa , guardela mi ninya, líala con una finta bianca e tus corpiños y tres cabelyos de tu hombre. Pónela entro tuj senoj. Y ya sabej, mi niña. no tengáj dudas, ejo ¡nunca! ; guárdela como a tu via.

⁷⁵ Cojín, almohada o colchón.

Aplicase a hierbas, matas y arbustos angiospermos dicotiledóneos que tienen hojas simples y alternas, y flores de corola acampanada.

Amuleto en figura de puño generalmente azabache o coral que se utilizaba contra el mal de ojo.

Ella apenas escuchó las instrucciones, quedó rara pensando en sus pasadas opilaciones y mientras hacía cuentas, recibió embelesada el pequeño lío. Lo introdujo en su seno y miró tontamente a la nigromante...

—¡Ah!, yebate ejtas ramaj también. Son del negro, del beleño negro, habibi. Si tenej melancolía enjiéndelo al caer ej sol, pero ¡No te olvidé!... no te vajá muy lejo, ninya...

La maga se volteó a una lado, como ignorando a sus visitantes. Cerró los párpados y se mantuvo extática, inmóvil. No me había dado cuenta, pero tenía un rostro majo la mora. ¡Semejante arcaduz ! Mamujar podría en esta vera, de no ser mi alma tan fosca y mis huesos tan largos y secos. Ah, Diego, donde te metes ¿no? , monologué.

Caína codeó a su amiga, dejaron unas macuquinas de plata en el platillo gris que estaba bajo la hornacina y salieron.

El aire fresco del río les dio en el rostro y devolviéndole los contornos de lo real tomó sus canastas y remontó los pedregones del playón hasta llegar a una vía cercana. Tomó su cabeza y agitó su mano para despedirse de su amiga, que la hollaba desde abajo.

—Bueno, adiós —le dijo —te traeré los wairurus que te ofrecí, adiós...

Al llegar a las cercanías de la recova, por la Plaza de indios oyó el ronco esquilón de la iglesia de San Francisco. Era tarde y recordó los encargos urgentes que tenía. Había gastado en su oráculo más de lo debido y, pensando cómo solucionar el entuerto, siguió delante. Dobló hacia la Cañarcalle. El arco del cielo estaba a punto de tesar su flecha áurea en el cenit. Justo al pasar por el baratillo, una vieja cócora' la llamó con una mano tiznada de uñas enlutadas.

—¡Alhaja! vení!... —le dijo, agitando su mano con algo colorido que no alcancé a ver. Ella la miró y estuvo a punto de irse tras la buhonera. Hízole una seña que quiso decir: ¡volveré! La vieja guardó el manajo de lanas sabiendo que así lo haría.

• **A**uleto en figura de puño generalmente azabache o coral que se utilizaba contra el mal de ojo.

Retrasos del flujo menstrual.

• **O**nexión, nexo o medio por donde se consigue o entabla alguna pretensión y negocio.

Mamar como sin gana, dejando el pecho y volviéndolo a tomar.

• **P**ersona molesta y en demasía impertinente

—No tengo cabeza para nada, ¿por qué habré salido hoy? ¡Ah! mi cabeza, no sé ni dónde la tengo. Debí quedarme a desempolvar las petacas de doña Alicia y a esperar la posta. Hoy tenía que llegar la encomienda de los obrajes de Palca.

El cabildo estaba muy ajetreado. Su proverbial cháchara había incrementado y había gentes de malos pareceres que entraban y salían con desamistades. Los testigos de alquiler que oficiaban en pleitos de leguleyos y pendencias, daban con los cascos a los secretarios y escribientes. Golfos chapuceros todos ellos, ¡lo que me hicieron en el pago de mis alcabalas! Bah, pero este no es momento de recordar minucias.

Vociferaban algunos, otros, menos necios, se limitaban a gesticular y a desencajar los chambergos⁸². Parecía todo normal, pero no lo era. Desde el balcón principal del Consejo podía yo ver cómo hacía diligente la moza sus compras. Regateaba donosa entre los puestos de la recova. Reía y hacía mohines, perdida entre las pulperas y otras domésticas, no tan agraciadas como ella.

¡Qué macarena se veía! De tanto mirar me iba a quedar sin nada.

No quiso comprar más, las canastas ya pesaban mucho. Tenía el chocolate, pero había olvidado buscar higos para el refresco de la tarde. Su patrona iba a molestarse, pero no tenía ni ganas, ni tiempo ni pecunios. Ya había cerrado el estanco y eso era señal cercana del tentempié'.

—¡Oj! le digo que no había —pensó molesta y reanudó sus pasos inquietos.

—¡Hoy es jueves! —pensó la madona indiana y encaminó por la calle de la Vega Posta rumbo a la vía Uturnco, donde quedaba el solar donde vivía.

Enfistolada mi dueña llegó a la casona donde servía. Entró por el patio de atrás, para evitar cruzarse con su ama, torció al lado de las caballerizas y fue directo hasta a la

Refiérese al sombrero de copa más o menos acampanada y de ala ancha levantada por un lado y sujeta con presilla, el cual solía adornarse con plumas y cintillos.

Al finalizar la jornada era habitual beber algún licorcillo fuerte, llamado de esta manera.

Pasar una llaga al estado de fistula, por extensión se refiere al estado de melancolía. El narrador Diego de la Noche declara estar enamorado de la moza.

cocina. Los fogones parecían avernillos o crisol de alquimistas, pero el olorcillo de ternezas gastronómicas se dejaba sentir. No prestó atención a los aromas culinarios, ingreso en la penumbra de la cocina y dejó las canastas junto a los sacos de trigo. Iba a salir, pero, una voz chillona la detuvo. Movi6 sus comisuras de lado a lado haciendo mohines y poniendo en jarra sus brazos, torn6 su bella humanidad.

—Benina, ¿cómo estuvieron las carlancas ?—dijo burlona, Rosa, reiterando la cantaleta de otrora, cuando la niña se pasaba horas oyendo el cencerro de las vacas.

Hizo gestos de molestia. Se puso a dar aire al fog6n con el fuelle, mientras oía el serm6n de la montaña, en t6rminos socarrones. Los potes del caldo hervían y en el hornillo de barro el plato principal se doraba, lanzando sus aromas al vientecillo suave y acariciador que se colaba desde la ventana.

Había pasado sus ensoñaciones de niña en aquel patio empedrado por piedras azulinas traídas desde Comanche. Se pasaba mañanas enteras colgada a los dos limoneros que rara vez daban frutos. ¡Cuántas veces se bañ6 en aquel bebedorcillo de berengela, ornado por flores talladas y angelotes con cara de tontos, que dejaba caer agua cristalina y fresca. Tuvo una orfandad muy bien resguardada, Doña Alicia, y su esposo, sin hijos ellos, la cuidaron con escasos reparos, como a su hija; ahijada le decían, ya que la hicieron bautizar y recibir la primera comuni6n.

—Te llevaré a mi tierra... —le repetía doña Alicia como rezo, cuando la terneza de su soledad le permitía salirse de sus protocolares jaquecas. Rosa le dio menos palabras y más caricias. Sus hijos y su marido habían muerto en la mita en Potosí, y ella los estaría acompañando en el Alaj Pacha de no ser por don Rodrigo de Santander y Oviedo, quien de encomendero de minas agotadas, pasó a ser corregidor desta villa. Benina, tan dada a la ligereza, bastaba una leve reminiscencia para que sus ensoñaciones pasaran a ser un recuento de su vida.

Dos pichitankas coloridas bebían gotas de agua de la fuente, con sus diminutos picos delgados. Sus alas tornasoles brillaban con los reflejos del agua y el sol urticante de la temprana tarde. Bajo los altos álamos, las flores de los bocaisapos verdeoraban

⁸⁵ Collares de los mastines, se refiere a los halagos que solía recibir la moza de sus enamoradizos.

entre los matorrales de saúcos; el cielo anaranjado se agostaba entre las colinas de Coscochaca y pintaba los albores al gigante nevado que los miraba impasible.

El ágape de doña Alicia había transcurrido entre carantoñas y áspides risotadas de aquellos caballeros currutacos⁸⁶ en la prolongada sobremesa. Rosa había arreglado el refectorio de modo sencillo y elegante. De las presencias recientes y del opíparo almuerzo sobre la mesa poco quedaba, salvo los últimos rayos de sol que se colaban de los intersticios de las cortina hasta clavarse en los baldosines, formando haces compactos de luz solar, cual delgadas tizonas, entre las cuales giraban millones de partículas de polvo invisible y ebrias de claridad repentina.

Doña Alicia, luego de la siesta obligada, debido a un desmayo fugaz, que la depositó en su lecho y le ahorró los protocolos., despertó agitada de la pesada digestión del postre de chocolate. Mojó sus dedos en el aguamanil que tenía junto a su tocador y repasó sus párpados con el líquido refrescante. La modorra se retiraba lenta y densamente de su mente llevándose algunos detalles irrecuperables de su sueño reciente. Alisó sus vestidos y calzó sus borcegués azules liándolos con prontitud mientras se ponía de pie; cubrió su espalda con la esclavina de alpaca que solía usar para salir. Pensó que alanzaría a rezar los últimos rezos de la tarde; por hábito consuetudinario sus manos buscaban alguno de sus velos de liturgia entre los cajones de su cómoda. Tomó el lila, palpó su tenue presencia, y acomodó el escapulario; enrollando su rosario entre los dedos, tomó el breviario que estaba a mano e introdujo todo en un bolsín de piel. Daría las últimas órdenes a los criados y luego se dirigiría a la iglesia a rezar la novena donde los dominicos. Pronto tocaría el angelus.

Benamira miraba las laderas doradas por el crepúsculo rosicler. Nada bajaba por el lado de Muñasimpata. De tanto esperar se sentó en un borde de la fuente con la cabeza apoyada al añoso limonero, ensoñando. La brisa crepuscular la despertó y en tanto

Muy afectados en el uso riguroso de las modas.

Calzado que llegaba hasta más arriba del tobillo, abierto por delante y que se ajustaba por medio de correas o cordones.

entrecerraba sus párpados morenos alisó sus polleras y subió lentamente las seis gradas de ladrillos naranjas que la separaban del soportal del patio. Se sentía presa de una cálida melancolía y recordó las palabras de la nigromante.

Suspiró con desaliento, fue a buscar una escudilla de porcelana que había sacado de la cocina. La puso sobre el barandal de cedro y esparció en su alba pequeñez las ramas diminutas que sacara de su bolsillo. Encendiólas con el cabo del cerillo, soplaba con intensidad tratando de mantener las diminutas ascuas que ardían, traviesas. El humo blanco empezó a salir denso y espiral acariciándola encaracolado. Al fondo las montañas recortadas fingían ser una hoguera en el crepúsculo naciente.

Benamira aspiró profundamente aquella fumarola. Entrecerró los ojos. Extrajo de su seno la higa que le diera la maga. En tanto jugaba con ella, rumoraba entre jipíos y en silencio, kaluyos de su infancia. Fijó sus ojos en la higa. Traviesa, empezó a quitarle la pez negra que lo cubría hasta que sintió algo duro, y con sus uñas apartó los restos que quedaron pegados al talismán. Acariciaba con sus pulgares aquel diminuto objeto lítico. ¡Era su higa! Un muñequillo rústico, tallado en piedra negra, simple y feo, apareció entre algunas escamas de resina. Su sonrisa amplia y juguetona sobresalía de esos labios tajados a cuchillo, era una mirada de ternura detenida en el tiempo. Tenía más abajo un falo esgrafiado y desafiante. Su balano tenía una diminuta boca de sapo en el extremo, unas filigranas rugosas dibujaban venillas a lo ancho de la tercerola. Se notaba extrema tensión en la actitud erótica del muñeco y ello la ofuscó. Instintivamente lo llevó a su boca y sopló suavemente el diminuto miembro: un sonido ululante y absurdo que salía por la boca y los orificios de las orejas sonó desatinado; parecía una de esas ocarinas hechas para los niños indios. Sintió un extraño ruborcillo y un tanto aletargada, guardó con delicada calma el fetiche envolviéndolo en un glasé azul que sacó de su manga. Todo atisbo de melancolía había huido de su tierna humanidad.

Grito, quejido, lamento que se introduce en el cante flamenco.

~ Trazado de dibujos con el grafío en una superficie estofada.

~ Prepucio.

⁹¹ Arma de fuego usada por la caballería un tercio más corta que la carabina; usada por similitud.

De haber tenido los aprestos que tuve cuando imberbe y bisoño me entregaba a los abrojos amorosos, no hubiera dudado en darle un beso en ese preciso instante celestial. Pero, ya no quedan carnes en mis huesos, que de tan esparcidos y quebrados que están se parecen el reino de España. No, sólo me es dado ligar mis impacencias al cauce de los amanuenses. Vale.

Benamira parecía girar dentro de sí misma, su testa despojada de la anatómica correlación con el torso, flotaba entre recurves de encaje transparente y nubes musicales, plenas de arenisca y sílice. Una jaca diamantina la llevaba tan lejos de todo que parecía tocar sus sombras con los dedos. Varios silencios trabados combinaron sus terriblias y salmodios . Su piel palpaba un silbido coruscante⁹⁴ que la llevaba quien sabe a dónde. Pareció desvanecerse su alma, mientras su cuerpo caía lentamente haciendo remolinos por cada uno de los escalones de ladrillo. Parecía un copioso manantial que se bebía a sorbos, arremolinado. Su rostro se llenó de opimas contusiones y boquerones. Su larga palidez rosínea por fin fluía entre sus lienzos llegando, por ratos, a disparatados carmines. Estuvo a punto de caer al suelo y su cuerpo fue detenido por el bebedero de piedra de las bestias, pero, se pone de pie, ¡silencio!, silencio, la muchacha , ¡canta a voz en cuello!

Jacinto Puqui estaba sentado sobre una piedra informe pijchando coca con sigilo. Había recorrido muchas leguas para llegar a la ladera de Muñasimpata ese jueves. Su mula estaba comiendo pastos y él parecía cansado y con frío, alisó su poncho y se quedó pensativo. Estaba agotado, había pasado casi dos semanas entre cerros y largas caminatas llevando y trayendo cosas, y no pudo venir a ver a Benina, como acostumbraba.

, La villa, arrojada en aquella hoyada casi con descuido, parecía no haber cambiado nada, se veía apacible, opacada por unos vientos polvorosos que la velaban por ratos.

⁹⁴ Yegua de poca alzada.

⁹³ Se refiere a los cambios de tono en los rezos.

Brillante, figura que alude a agudo o irritante, que genera chispas.

01525



Las luces tangerinas de las laderas daban sombras azuladas como cortadas a cuchillo. Algunas praderillas verdes parecían ropa tendida y olvidada, las torres de las iglesias y los estandartes del cabildo se veían lejanos. La plaza de indios estaba vacía y, por el lado de Uturunco, cerca a la casa de la Corregidora, había un grupo de gente, al parecer, alborotada. Eso lo inquietó, por estas horas ya estaba con él su moza.

—Voy a llevármela como sea, pero, no sé, no sé cómo hacer —musitaba.

Mascó un poco de .su llijta y al rato escupía una piedra pequeña que se le había quedado trabada entre los dientes. Sus mandíbulas se movían acompasadas dejando su cuerpo inmovible; de rato en rato se limpiaba la saliva verde que se escapaba por sus comisuras. Escuchó una risa cantarina, parecía un albur ... pero no era ella, había sido la brisa helada de la cordillera que se colaba entre los cerros y que a veces, simulaba cantar. Se quedó reclinado, sobre unos arbustos, ausente de todo, pijchando . Se adormeció, cuando creyó oír unos pasos apresurados que se acercaban...

—Jacinto, Jacinto, ¿no me oyes? —pronunció agitada una voz —Casi no vengo... ¡Era ella!, y la abrazó con esa lentitud e intensidad que sólo el amor concibe entre sus devaneos.

—Benina, ¡mi Benina!, ¡tanto tiempo que no te he visto! Creía que no te vería más...

—Siempre dices sandeces, hombre.

—Es que... —trató de explicar sus ausencias sabiendo que no debía hacerlo.

—Ya sé, tienes otra mujer —él movió la cabeza y la volvió a abrazar.

—Problemas hay, tienes que empezar a guardar comida. El Julián ha vuelto del Cuzco y están preparando cosas...

—Ah, por eso será que están construyendo las murallas sobre el cauce del río y han puesto pequeños torreones con soldados...

Se refiere a la viva coloración de las naranjas de Tanger.

⁶Mentiras, infundios.

Pijchar es acumular hojas de coca en los carrillos, mezclándolos con saliva y lejía.

—Esta vez quieren cercar la villa. Los indios rebeldes de Catari y Amaru se han juntado y están viniendo a Chuquiagu. Ya están cerca, cuidate nomás. No sé si podré venir el próximo jueves, ¿no quieres venirte conmigo?

Ella se dio vuelta y mirando la cordillera jugaba con algo entre sus dedos.

—Pero, ¿qué estás agarrando? A ver, mostrame... Es un *anchanchu*⁹⁸, ¿quién te ha dado esto? Cuidalo bien, sino...

—¿Te vienes conmigo? Tengo una choza en Guarina y te puedes quedar con mi madre si tengo cosas que hacer ... ¿sí?

—¿Ahora? No, como voy a dejar la casa, ya sabes que la señora está enferma y no hay quién la cuide. Sabes que ella es buena conmigo...

—¡Que se cuiden ellos solos!, ¿qué te importa? o, ¿no me quieres?

—Ay Jacinto, me partes el alma: yo me iría contigo, pero ahora no puedo, entendeme ¿ya? Además... además...

—¿Qué?

—No, nada...

La sentía remansada, como espadañas de agua. Casi no sentía sus abrazos, y sus lágrimas, y sus lágrimas, No sé, algo tenían.

—Jacinto, tengo una wawa de vos... ¡tienes que volver!

Los ojos del indio tenían un amarillo yeminal que rodeaba sus pupilas oscuras. Había enflaquecido y su rostro tenso, hierático, temblaba. Tantas ajenías en su vida y ahora esto...

—Voy a venir, siempre. Te voy a traer cosas, te voy a traer esas ocas amarillas que tanto te gustan, le dijo, implorante, volteándose a un lado, mientras tosía un esputo.

Al levantar el rostro, descubrió que se había ido su mujer. Sobre una roca cercana sólo estaba su *istalla* tejida con lanas de colores. El indio la tomó acicateado de angustia. Miró por las cercanías y no había nadie. ¿Cómo había desaparecido?

En la mitología andina se denomina así a las almas transformadas en geniecillos traviesos y mágicos.

Planta herbácea, de la familia de las tifáceas, con las hojas largas, pesadas y húmedas.

⁹⁸ Aguayo pequeño tejido a mano donde se guarda coca u objetos valiosos.

—¿Por qué se ha ido? Ni me ha contestado y se ha desaparecido... ¿Por qué?, ¿por qué?

Se sentía invadido por una inmensidad devoradora; sus ojos incrustados en los cuévanos de sus párpados cavilaban avinagrados. Sabía que su Benina lo quería, pero que no dejaría así nomás la villa. El sonido de los campanarios inaugurando la noche, lo sacaron de la pesadez que lo ahogaba. La sombra del indio se alejó hasta ser sólo una mancha en el horizonte de la inmensa ladera bordada de pajabrava, quiswaras y jóvenes eucaliptos.

Había concluido la novena a la Virgen del Carmen y las dos mujeres se acercaban a la casona.

—Doña Alicia

—Dime, Rosa...

—¿Dice que va a haber cerco de los indios a la ciudad?

—¡Bah! ¿Quién os dijo eso?

—Nadie, pero, todos están hablando en las calles.

—No les creáis, siempre dicen eso, y sabéis que son sólo rumores de taberna...

Doña Alicia ingresó apurada por el portón mientras la vieja sirvienta atravesaba el patio con lentitud pensando en sus quehaceres. Ingresó a la cocina, estaba preparando un caldo de quinua y el fogón estaba débil, le faltaba taquia. Partió un trozo del **bagazo** que tenía cerca y lo lanzó a las brasas.

—Mejor que no crean, por ahí es sólo una exageración —pensaba dentro de sí— Le llevaré un poco de caldo a la Benina, esa chica me preocupa...

—Cuántas veces le dije: "no seas *tiscu tiscu* , te vas caer" y justo, se cae. Ahora quien hará las compras, y encima... ¡hay que atenderla!

¹⁰¹ Cogollo de ramas secas.

¹ Voz aimara que se refiere a la lagartija, y por añadidura a sus movimientos inquietos y constantes.

No quería parecer dura, dado que la quería como si fuera su propia hija, no en vano la crió desde niña... Entró a su cuarto y al verla, pensó...

—Su carita, redonda siempre era ¡tan bonita era de *wawa!* Hija, despertate, deja de hablar zonceras y majaderías. ¡Pareces loquita! Tus ojos están medio raros, parece que te hubiera agarrado mal de ojo, *kolila*¹⁰³, ¡sanate pues!, vos nomás eres mi compañía, ¡mi *wawita!*

Peinó sus cabellos con infinita paciencia, le armó las trenzas y le limpió el rostro con un pañuelito que guardaba para ocasiones especiales. La respiración de la muchacha era irregular, con frecuencia se agitaba y a ratos, parecía que no respiraba, su aliento se hacía casi imperceptible. El rostro atribulado de la anciana se permitió una leve sonrisa; mientras se rascaba la cabeza se sentó en el suelo junto a la ventana sin celosías que estaba semiabierta. Miró sin ver el patio, estaba desierto y la placidez de la noche joven olía a nada. Se puso de pie, buscó algo entre la alacena de al lado, de allí extrajo algo. Era un paquete semiplano cubierto por challas secas y lanas de colores, que puso encima de un turibulillo aún con lumbre.

Era una *llaki wij'chuna* que le había preparado una vez el tata Vicente para revertir brujerías; con ella iba a quemar una *kutichina* —una mesa negra—. Su pecho agitado estaba presa de una angustia serena. Lentamente el humo empezó a esparcirse en la habitación apenumbada y a escapar por entre la ventana, le asperjó un poco de mirra, y, cuando se quemaba por sí solo, volvió a sentarse bebiendo un caje de alcohol. Sabía que a esa hora no había casi nadie en la casa. Entró una brisa e hizo caer su *roten* de naranjo. Nunca había quemado una mesa así, los *laikas*¹⁰⁶ que las preparaban eran peligrosos, pero haría cualquier cosa para que volviera el *ajayu* de su majuela.

¡Cosas de herejes!, pensé. Aunque apenas soy un fantasma no me place las travesías del más allá. Ir y volver al barrio proserpino era cosa de indianos y de poetas

¹⁰³ Voz aimara cariñosa.
Incensario pequeño.

¹⁰⁵ Bastón.

¹⁰⁶ Brujos aimaras.

¹⁰⁷ Alma en aimara, se dice que el alma está dividida en una parte itinerante y otra que dura mientras se vive.

sin juicio. No podía estar yo sin preocuparme, al cabo deste gran ruido que se ha armado, tengo mi parte por confiar en gallardas desnudeces y taberneros con pozo claro. En fin, la locura campea entre perdidos y la sinrazón es fuego de espantos. Nadie me señale, sin embargo, un limbo donde guardar mis bastos o mis triacas¹⁰⁸. Para mi pesar, Benamira estaba quién sabe dónde...

Los días siguientes empezaron a aparecer pasquines y hasta hubo un bando del Comendador, en el que, simplemente, se advertía a los vecinos de hacerse de mayores avíos, pero no mencionaba ningún conflicto. Los rumores menudearon, y no era sazón de léperos' ni de inquilinos. Tanta festinación⁹ había en las tertulias y encuentros de recurves que la imaginación tornóse fecunda al recibir a dos maltrechos soldados, resto de una patrulla de arcabuceros. Llegaron desarrapados, tiznados y heridos. Narraron con detalle sus penurias atribuyendo a su capitán —alma bendita— el yerro de perseguir indios por quebradas desconocidas.

—¡Hay miles de indios alzados, sus señorías!, —decían los soldados ensangrentados y tartamudeando. —Apenas pudimos huir... —musitaron, en tono de justificación y quéja.

Los habían enfardelado e iban a quemarlos, pero, decidieron usarlos de negros heraldos, y eso fueron. Ahora el rumor pasaba a categoría de edicto o de sentencia.

Era inminente el cerco murmurado y las provisiones hechas no eran las suficientes. Había que recurrir, si acaso fuere aún posible, a los campos de abajoelrío¹¹. El intendente mandó a dos murcianos a hacer recuento de las provisiones en despensas de criollos y vecinos. Los jefes de familia fueron convocados al cabildo y se organizaron grupos de penitentes para rezar las rogativas.

¹⁰⁸ Términos usados entre tahúres que aluden a la buena o mala suerte.

 Dícese del individuo soez, ordinario, poco decente.

 *** Inquietud, celeridad.

¹¹ Palabra compuesta que se refiere a los valles de la zona sudeste de la ciudad.

Al iniciar la semana siguiente, los indios ya habían tomado las **barbacanas** y los torreones de la villa. Por el lado de Challapampa habían dado muerte a los guardianes. Los postillones de las riveras del Chojñallarca habían desaparecido. No eran más de doscientos los soldados de la villa y sus miedos los reducía a diez, y eran diez que comían por doscientos.

A partir de ese día el asedio de miles de rebeldes se hizo patente, formaron una cadena humana a escasas varas de los muros de la ciudad. Por las colinas altas de los *ayllus* de Pampahasi, San Pedro y Santa Bárbara se veían sombras de los indios alzados. Su presencia formaba un abigarrado y amenazador collar de gentes que paseaban armados y en gavillas. Ya se tomó imposible salir o entrar de la villa y, los señores, lacayos, mozos y sirvientes quebraron la rigidez jerárquica y empezaron a prepararse mesas comunes en las casas, e incluso entre vecinos e inquilinos. Para paliar sus espantos se acudía con frecuencia a los templos y oratorios en pos de los santos protectores y a la santísima Virgen del Carmen, para pedirles lo imposible que los cantos y rezos hacían parecer sólo retrasos. Los frailes y los curas intentaban reducir las aflicciones afirmando que llovería maná y otras provisiones del cielo, las nubes grises y peregrinas hacían dudar de tales embelecocos .

El alimento escaseaba y las provisiones se vendían a peso de oro. Los artesanos, comerciantes y criollos pobres fueron los primeros en sentir sus efectos. Se vivía un clima de agitación y desconfianza. Cualquier indio extraño era tomado por espía y enemigo. Se cometieron muchos atropellos y abusos. Los escasos valientes que se atrevieron a salir de la ciudad, fueron devueltos en sendos cadáveres destrozados. Los días transcurrían como naipes en manos de tahúres cachazudos y avaros. Los caballos, las mulas, los perros y gatos fueron borrados del mapa, convertidos en relleno del puchero y el centro de hondas marmitas colectivas.

¹¹² Muros bajos alrededor de las construcciones.

¹¹³ Mozos a caballo que guiaban caravanas o caminantes.

¹¹⁴ Comarcas aimaras.

¹¹⁵ Embuste, engaño.

—Yosefi ¿me prestas tus ajorcas? Le van muy bien con mis velos color aire, ¿no ves?

—Que ji, mujer, yevátelas, ya sabej que lo mío ej tuyo.

—Ebo ir a la tienda e Abdúl el Raschi, ¿no quereij acompañame? No soi jelosa, sabej bien, ¿no?

—Vamos, ya sabes que el céfiro de poniente me humedece la cazuela...

— Quitate eja cruz e concha que llevaij al seno. Ya sabej como é mi fiel moro

—Las triacas de Gibraltar son perseguidoras de toda melancolía, ¿verdad Yosefi?

Reposaban entre almohadas suaves y candorosas. Benamira jugaba con los velos que tenía en el cuello cubriéndose el rostro. Estas gasas se transformaban en unas yeguas transparentes que quebraban la exquisitez de la arena, calcinada por miles de besos extraviados en la alborada prematura de sus curvas mejillas. El humo atravesaba denso y raudo el agua mansa de la pipa. Llegaba por la boquilla de nácar hasta lo profundo de su alma, y la melancolía huía, huía, huía...

Ya era inadmisibile, ¡voto a Dios!. La villa reducía su población, en tanto el camposanto florecía en yacijas y túmulos de cruces precarias. No había solar que no haya atendido velorios. ¡Los entierros casi no tenían cortejo ni los obituarios relator! Unos morían de lento y otros se apuraban en la agonía. ¿De hambre morir en esta tierra áurea? Tamaño absurdo sólo cabe en boca de infieles. Era la jauja para los oscuros agiotistas. Pensaron que era cosa de tener paciencia y remataron a precio de oro sus avíos. Llenaron sus despensas de doblones, pero al agotarse su mercadería, no pudieron comerse el oro. Fueron exequiados en sus arcones vaciados, ya que sus honras fueron cortas y sin ceremonias. La gazuza y la carpanta tenían su fiesta particular y saquearon hasta a las ratas y a los ratones, sin perdonar los sapos o los insectos. No

¹¹ Cualquier viento suave y apacible.

¹ Remedios o antídotos usados contra un mal, compuestos generalmente de opio.

¹¹ Lechos o camas pobres, entendido como tumbas.

¹¹⁹ Hambre leve y hambre violenta.

volaba ni una mosca por temor a ser aperitivo. El toque de queda y los esquilones de madrugada marcaban el inicio y el fin de cada dura jornada.

Al parecer se fueron dos meses y fueron innumerables las escaramuzas y los pleitos. Hermanos contra hermanos y hasta padres con sus hijos se disputaban los mendrugos inexistentes. El hambre hacía ver visiones y espantos en cualquier objeto, los leguleyos se tragaron sus papeles y los escribanos no dejaron pluma sana. Los entierros ya carecían de ataúdes, debido al deceso de los ebanistas y eran largas las caravanas al camposanto. Algunos acompañantes se quedaban en el cementerio, que por falta de cruces ya parecía un almacabra¹. Los frailes y novicios menguaban sus bendiciones, dizque para no gastar saliva ni energía. De tan demacradas las humanidades ya no abrían las puertas ni se asomaban a las ventanas para no ser devorados por el viento que venía de la cordillera, al que atribuían condición necrófaga.

La agitación llegó a lo colosal cuando los atacantes detuvieron en sus cabeceras el cauce del río mayor, por espacio de varios días. Al soltarlo de improviso, un torrente avasallador rompió todos los puentes e inundó muchos solares y vías. Los asustados pobladores apenas tuvieron tiempo de coger sus rosarios y correr hacia las planicies ribereñas del barrio de Karkantía y Landaveri, donde los estragos eran menores. La vieja casona que dicen que fue del Remolino, ahora sólo era ruina y charcos. Luego de ello el agua también empezó a escasear ya que las acequias y los pozos se desbordaron e infectaron de ponzoñas y alimañas.

La villa agonizaba, se llegó a hacer hervir alforjas, petacas y hasta botas de cuero como exquisita colación; niños de toda edad mordían los muros pensando que su exigua cal los alimentaría. Toda alimaña era sacrificada ipso facto, sin lugar a responso o respiro. Ya todo quedaba en manos de Dios o del diablo, a quien cupiese, este macilento poblado.

¹ Cementerio morisco.

Benamira, un tanto mareada todavía, avizoraba con nostalgia la ladera de Muñasimpata, por donde solía aparecer Jacinto. Oyó que de vez en vez aparecía alguno que otro indio con algún alimento, como si viniera a pescar. Nadie estaba seguro si eran trampas para conseguir mujeres o, como decían algunos, alimentos empapados en tósigo. Para varios era preferible la ilusión o la muerte, ambas sabían a lo mismo. Ella no tenía hambre ni apuro alguno. Oyó gritos soeces que llegaban de las peñas cercanas de voces roncas y ebrias. No pudo más, se recostó cuan larga era sobre unas retamas, y ni se dio cuenta que tres indios se le acercaron, uno intentó violarla, le soltó su fajina mientras otro le subía la saya y rompía sus gregüescos de medio abajo, y éste, al penetrarla sintió congelarse la picha'. Se asustó tanto que la lanzó contra el suelo, huyendo raudo como alma que lleva al diablo. los otros lo siguieron y se perdieron en la arboleda cercana. Benina sonreía recostada sobre unas piedras, mientras llevaba un dedo a la boca, como si nada hubiera pasado.

—Benamira, Benamira — escuchó una voz que sonaba muy lejana ...

—Soy yo, Jacinto ¡como se te ocurre venir hasta aquí! —le dijo en tono de queja y bienvenida. La muchacha giró su rostro y creyó mirarlo, sus ojos se reflejaron en las órbitas amarillentas del indio; pero, se dejó caer desvanecida. El labrador la llevó alzada a una ladera cercana donde estaba un grupo de indígenas aimaras. Al despertar Benina, le alcanzaron en un cazo de barro con un abundante caldo de pescado. A su lado estaba un indio herborista que le estaba poniendo hojas de coca en las sienes, con su saliva amarillenta.

Ella no prestaba atención a ello. En su sopor sólo estaba disgustada, Jacinto le había dicho que en unos días se irían a su pueblo. Ella evadía toda respuesta, la nostalgia se le había invertido.

— Hija, estás ajena, ¿qué te pasa, *kolila*? —le decía el *yatiri* que la cuidaba

— Nada, nada, así soy siempre. ¿No es cierto, Jacinto? —el hombre no contestó.

¹²¹ Veneno en el que se empapan las flechas.

¹²² Ceñidor de seda.

¹²³ Calzones amplios usados en la época.

¹² Pene, miembro viril.

Médico aimara, vinculado al mundo mágico y mítico.

La verdad es que estaba medio rara, era otra, o más bien, no era la misma. Le puso al cuello un precioso collar tallado en hueso de llama y con filigranas, que había cambiado hace unos días por dos carneros, pensando en ella.

—Gracias, Jacinto —le dijo y le quitó el ll'uchu para besar su cabeza. Ese gesto le pareció muy raro. Ella nunca había actuado así. Confundido, giró su mirada hacia la cordillera, como implorando una consolación. Transcurrieron unos segundos y en tono conciliador la llamó...

—Benamira... ¡Benamira! —insistió subiendo el tono. No estaba a su lado; buscó por los alrededores y no la pudo hallar. No pudo aguantarse más, corrió por el sendero desesperado hasta que se chocó violentamente contra el yatiri, casi caen juntos por la ladera. Se levantaron ambos, quitándose el polvo...

—No te enamores de las ánimas, hijo, te puedes perder... —le dijo el hombre, mientras se reponía del golpe.

Doña Alicia agonizaba. El franciscano que la atendía en sus cuitas espirituales había oído su confesión y le había dado la absolución y los santos óleos. El hambre acentuó su debilidad y sus achaques le debilitaron el corazón; como si fuera una feliz recompensa, la vida huía a cada instante. La acompañaban en la habitación apenumbada algunas sombras: una novicia corazonista, hincada, dormitando frente a un altarcillo de san Bartolomé y Rosa, con la piel mielada y enjuta, sollozando en un rincón. Benamira se acercó al lecho, sin que nadie la viera, sirvió en una copa de plata labrada un poco de leche tibia de oveja y lo acercó a los labios de la mujer. Alicia entreabrió los ojos y bebió lentamente, reaccionando levemente. Al terminar, miró amohinada en su fiebre a la muchacha, reconociéndola.

—Benami, mi Benami, ¿de dónde apareces? —las mujeres presentes al escuchar tales palabras emergieron de sus densidades.

—¿Qué os sucede, señora? —preguntó la novicia, entreabriendo sus ojos...

—Otra vez la fiebre —murmuró Rosa, remojando un lienzo de lino en la jarra de cobre para quitarle los calores.

—Benami, ¿qué has traído en ese bulto?

—Sólo lo necesario para que mueras más lento... un poco de charque, chuño, unos duraznos de Luribay y leche de oveja.

Tomó las manos tibias de la muchacha entre sus flácidas manos, al tiempo que sus ojos, llenos de legañas frescas, ensayaban unas gotas diminutas que deseaban emerger. Benami limpió sus ojos con un pañuelito blanco.

—No, no llore, doña Alicia. No es por caridad, recuerde que me prometió llevarme más allá del mar, a su tierra...

—Si hija, mal podría incumplirte. De hecho, ya estoy cerca de ella y puedo llevarte conmigo. —Ven, sube a mi jaca...

—Doña Alicia, doña Alicia, no, ¡no!...

La mujer expiró con cierta agitación. Sus acompañantes la amortajaron con sus mismas sábanas, liándola con los cordones de las cortinas. No sin poco trabajo la acercaron al camposanto y allí junto a otros cuerpos similares, quedó la Corregidora.

Al volver a la pieza, Rosa intentaba asear la pieza y hacer hervir unas ramas de eucalipto, para limpiar los aires nauseabundos que dominaban el ambiente. Un bultillo cayó bajo la cama al halar las mantas. Al agacharse vio algo junto a la maloliente lavativa de bronce: era una talega tejida de lana de llama, la arrastró al lado de la cama y lo abrió apresurada. Dentro había varios alimentos; al fondo, allí donde llegaron a husmear sus dedos, halló un extraño y grasoso bolsillo. Al abrirlo vio algo que parecía algo maligno, se persignó, de súbito y vio que era un muñeco de piedra negra, sonriente con los brazos abiertos y una flecha que le salía de la ingle. Lo observó cuidadosamente a trasluz. Ya más tranquila lo hizo tocarle la frente y lo guardó en su seno, llevando los alimentos a la cocina.

Entre nosotros, ya sabéis que Dios ajusta y el diablo suelta, y que no hay muertes espurias sino vidas mal vividas y en tiempo ajeno. La parca tiene muchos defectos, pero

no es de las huestes insaciables de Belcebú. Sus hoscos huesos cabalgan sobre las sombras y huyen con las trepidaciones del sol.

Poco tiempo después se escucharon estrepitosas escaramuzas por el lado de Achocalla. El adelantado Reseguín había logrado romper el cerco y llegaba con hombres y alimentos. Había protagonizado encarnizadas batallas con los rebeldes, logrando cautivar a sus cabecillas y dispersar a los rebeldes. Los cautivos fueron juzgados con prontitud y se los condenó a ser ahorcados en la Plaza de Españoles. Entre los condenados estaba Jacinto Puqui, malherido.

Aquella noche su rostro ensangrentado miraba fijamente la luna llena, como tratando de escudriñar en su alba redondez algún augurio de piedad. El hermético silencio de su alma resonaba con un eco: Benamira, Benamira, Benamira...

Al amanecer fueron llevados a los campos de Chijini y allí se les ajustició sin mayor trámite. Por la tarde los descolgaron de los eucaliptos para evitar que se aglomeren las moscas, los cuerpos exánimes fueron amontonados. El lerdo jardinero y su hijo mayor, al que encomendaron tan miserable labor, hicieron su trabajo a desgano y con asco. En el foso que cavaron no cupieron todos los cuerpos, y no queriendo cavar un anexo, decidieron botar el cadáver restante a un pozo seco que había en las cercanías. Allí llevaron al occiso, entre sus manos y cercas de la cicatriz de su pecho, notaron unos objetos raros. Creyendo que se trataba de oro, o al menos de plata, vieron con desparpajo que sólo eran unas oxidadas ajorcas moriscas y unos velos de seda transparente, que no pudieron desprenderlas debido la rigidez cadavérica.

Un poco más y caía al suelo, pero se pone de pie, ¡silencio!, silencio, mira alrededor y una extraña canción dolorosa sale de su garganta. Su mano derecha se suelta de los bordes de la fuente y , finalmente cae al suelo húmedo y oloroso. Rosa, al entrar al patio la ve en el suelo...

—Benami, ¡Benami! ¿te has desmayado hija? Ay esta chica, ¡borracha pareces! Rápido, andá, lavate la cara. ¡wawai!

La muchacha al ver a Rosa se desperezó, se puso de pie y se mojó las sienes con el agua de la fuente. Se repeinó las trenzas con tanto cuidado y diligencia que no pasaron ni diez minutos y estaba subiendo —cantarina— por las alturas de **Muñasimpata**. ¡Era jueves!

Retrato hablado

—¡Ya basta! Cada vez que me rozáis con vuestro vestido de raso, me crujen los cofines debajo de las vigas. No, no os digo que me disgusta, sino que ese crujimiento me remoja al punto que quiero volver a ser árboles y viento. Y vuestros chapines con tacos de acero me quitan lo espetado¹²⁸... Cuando me atravesáis me figuro una saeta de seda con aristas de cintillo y talones de plumas. Como os gozo en cada travesamiento, en cada carrerilla que hacéis sobre mis coyunturas... ¡Ah! dulce **ponzoñera**...

Leonardo de Villacorta, sobrino del alférez Hernández, criollo heredero de las encomiendas y los obrajes de su bisabuelo don Pedro de Sáinz y Urquijo, viejo escolar de Salamanca, había vuelto a la ciudad, como era su costumbre, uno de cada tres años. Como cada vez que el lomo se le corvaba y sus bolsas se sentían afines con las sequías, venía a cobrar los réditos de sus bienes. Su administrador, don Tadeo Luna, hombre parco, rústico, callado como la noche, cuidaba sus escasos caballos, llamas y puercos, se desvivía por sus perales y manzanares, en especial, por los arbustos de wirawira —colindantes con los afueríos de Mecapaca—, además de su obraje de paños con su veintena de indios, en la ladera este de Putuputu.

Tenía atravesada la peregrina idea que, bebiendo a diario sus infusiones de *wirawira* y *quwa*, curaría aquella tos fantasma que le robaba la voz desde hacía dos años. Era el consejo de un viejo kallawaya que conociera hacía unos años en una posta que hizo en Tiquillacu, cerca de Puno. Parecía que era así, ya que su voz seca y gutural, acompañada con frecuencia de carraspeos tercos y largos, parecía afinarse y mejorar su tono. Sus achaques disminuían con el clima de este valle seco, además de que imaginaba recargar su bolsa con los réditos que recogiera. ¡Vaya ingenuidad!

¹²⁷ Cesto o canasto de esparto, se refiere por extensión a los cojones.

¹ Atravesado, claveteado; el puente habla de su estructura.

¹²⁹ Hierbas medicinales de la región altiplánica.

Los gajes de la estancia eran pocos y Tadeo era hombre industrial y artista natural. Era difícil comprender cómo se hubiera dedicado a tan poco, cuando llevaba tanto en la mollera. Nadie había conseguido descifrar sus decisiones y menos, mucho menos, entrar a su habitación y acceder a los tesoros que adentro taraceaba con ébanos lejanos, maderas preciosas, platerías añejas y oro nuevo que recogía del río en sus albricias de madrugada. Pero, tales misterios no despertaban la curiosidad de su amo, para quien, aquel hombre huraño, era honesto sólo hasta donde puede serlo un sirviente. No se iba a hacer rollos con tan poca hilada.

Leonardo tenía pensado quedarse los días que restaban de la primavera, y planeaba volver a Lima no después de asentado el verano. Pero, una cosa es lo que piensa la mula y otra quien la monta, ¿verdad? Veía la villa y comparábala, sin querer, con otras que sus ojos vieron. Desfilaban en su errante memoria aquellas urbes y ubres en las que el esparcimiento y la disipación tenían mayores suculencias. Posaba sus ojos pardos en las poco novedosas vías y los escasos empedrados, con visible desparpajo, a modo de calmar su prematuro hastío. Empezó a hacer planes y planicies: visitaría a sus padrinos, actualizaría sus amistades con la exigua flor y nata de la villa, cabalgaría por los alrededores rurales por dónde corriera su *lucífuga*¹³⁰ infancia...

—¡No me volváis a colgar vuestros dijes de espinos sobre mis *terlices*¹³¹ de Milán! Ah, mocosito mío, cuándo no, tú. Sois un carnaval y un viernes santo, nada más...

Casi siempre le repetía la cháchara y el zacapela' de las vísperas de los frecuentes viajes de sus padres. Sus endémicos compromisos y aventuras sociales los ataban a un ir y venir de las ciudades costeras a las villas plateras. Un carnaval y un viernes santo... ¿qué significaba esto? ¿Cómo sintetizaba ello su existencia? Aquella pequeña obsesión fue una de las que corroyeron sus prematuras carnes. Sus divagaciones nunca pudieron explicar aquella poco gentil comparación. Su madre, bella dama de ojos garzos y labios finos y delgados, era una criatura apasionada hecha para el amor y las ternezas,

¹³⁰ Que huye de la luz, por similitud se refiere a una infancia oscura.

¹³¹ Tela fina y fuerte tejida con tres lizos. en lino o algodón.

¹³² Riña o contienda con ruido y bulla.

recubierta por un tamiz de esposa seria y diligente. Su alma estaba soterrada en una hermética intimidad y sus ojos eran el único intersticio por donde se podían ver sus confines. En ellos divagaba la niña de ojos brillantes, inquieta, que un día reconstruyera a sus padres en figuras de greda, ornadas con chaquiras coloridas. Aquella iconografía familiar construida con delectación fue destruida súbitamente una tarde y sus cenizas arrojadas al río cercano. Ese ritual infantil marcó su carácter, dispuso sus dudas e inauguró un rasgo definitorio en su temperamento: nadie mandaría en su espíritu sino ella.

Para bien o para mal, quién puede juzgar, aquel muro invisible que tejiera a su alrededor, sólo fue traspasado por una persona y sólo por una vez. Fue un imaginero potosino de manos rudas y delicadas quien leyó aquel código transparente y lo bebió hasta saciarse, hasta que la dama se saciara de él y se despidiera con un ademán parco, del brazo de su marido. La circunstancia fue en baile de máscaras en el gremio de san Bartolomé en un carnaval ya lejano. Pocas horas bastaron para construirle una utopía romántica indestructible y gestar un bastardillo que fuera criado como hijo legítimo y único heredero de su marido.

Aquella noche clara, echado en su lecho de bronce fundidos y sábanas de lino crudo, Leonardo recordaba sin querer pasajes de su infancia al recorrer los pasillos de la casa. Quien sabe por qué razones, pero toda rememoración cala hondo primero en los olores y sabores, para extenderse a los recovecos documentarios.

El dulce de leche en tablillas que hacía su nana negra para el tiempo de verano, el olor de su piel al sentarlo en sus faldas, el humo claro que olía a eucaliptos que provenía del horno, la humedad que dejaba la lluvia en los árboles frutales del patio. Todo ello venía liado a sensaciones antiguas. De pronto en un trozo de espejo que aparecía detrás del peinador, creyó ver su propia imagen, calzada en zapatos delgados con hebillas de hierro, con una camisa de mangas anchas y un corbatín rojo, llevaba un bonete carmín, que le fuera acomodado en la testa por su padre con tibia torpeza. Era el uniforme de

¹³³ Cuentas o abalorios que llevaban los españoles para vender a los indígenas americanos.

ensayo cuando fuera cantador en el coro de San Pedro, aquella iglesia de indios, fría, toda hecha de piedra apenas ornada. Sí, era allí donde cumplían sus deberes litúrgicos sus padres. Evocaba la solemnidad del aparatoso órgano que simulaban ser flautines del demonio —por lo descuidados y estentóreo de sus sones—. Al oírlo parecía que de una garganta descomunal emergían bufadas de angélicas nalgas. El sayal clerical de misas era migración de sotanas malheridas de los dominicos. No es que fuera pobre, sino que a su talla bien le avenían. La imagen del chaval parado en la puerta de su casa, con su bonete a un lado, delgado y zanguango, lloriqueando, fue la que se llevaría el tiempo para jamás volver.

Recordaba la quebrada donde apareció su padre muerto y desaparecieron, como por arte de magia, los dos arcones que llevaba a pagar a un fiador de mala testa y buenos intereses que vivía en Guarina. Su madre, viuda joven y devota, no soportó ver que su hijo, para no andar descalzo, usara los zapatos de tacón chueco que dejara el su padre, y que sus zapatillas requirieran suelas extras. Vendió cuanto pudo y se fue sin muchas explicaciones. Dejó a su hijo al cuidado de su fiel mayordomo Tadeo, le recomendó el cuidado del exiguo patrimonio de su hijo y, por si fuera necesario, unos dineros extras, una dirección en Murcia y el compromiso de convertir en un caballero al jovenzuelo tembloroso que no adivinaba nada. Le dio un beso en la frente dejándole el rastro de su rubor en la mejilla derecha, dio medio vuelta, ingreso en el carricoche, seguida de su secretaria y luego, en una nube de polvo se perdió entre las arboledas que iban para Coscochaca. Leonardo supo que iba rumbo a Lima, que llevaba su amargura y sus recuerdos y dejaba a su hijo, sin más explicaciones y para siempre jamás.

Luego de horas estaba bebiendo solo en la benemérita taberna del celestial Paniagua, aquel momento la fría brisa que venía a esa hora de las cumbres, le hizo cerrar su capote y amontonar al azar otros recuerdos... Fue en ese momento de ensueño en que los balandros de papel seda, que encumbraba desde las colinas de Chijini, pudieron ahuyentar los resquicios de su infancia. Su sueño pareció un simple recuento contable de su adolescencia y juventud: su bachillerato en artes en la Universidad de Charcas, su

viaje al Reino, sus peregrinaciones juveniles por los barrios miraflores de Lima donde cupieron ciertas brasas amorosas con bellas mulatas condecoradas¹³⁴. El torreón del viejo puerto del Callao, una tarde de gaviotas enloquecidas encima de unos galeones que partían a Panamá, donde recibió junto a un arcón de cuero, un obituario para las exequias de su madre, con retraso de un mes. Se abanicó con el pliego y luego de hacerlo una pajarita lo lanzó hacia las arenas húmedas que lo acompañaban.

—No entiendo cómo pueden morirse los muertos o...enterrarse después de ser fantasmas... ¡qué joder!

Se enteró que a cambio de varios celemines de tierra su madre logró preservar la casa y algunos obrajes llenos de flores y plantas silvestres en los valles cercanos. En unas petacas de cuero de ovejas, halló monedas de oro y plata en medio de papeles amarillentos que conservaban la sombra de perjúmenes celestiales. Dejó sin leer los papeles, los tiró a la marea, tomó las monedas, organizó su herencia y retornó a la ciudad húmeda y agitada que le regalara una juventud fogosa, saturnal, entre pellizcos y remozones con la vida. Enterró por última vez en las honduras de su alma a aquella murciana criolla y olorosa a nardos, que fuera su madre.

Aquellos papeles pertenecían a un diario de su madre y entre muchos barajos había unas páginas que comenzaban extrañamente: "Un calce súbito y placentero con aquel fino caballero de capa azul de terciopelo, manos suaves y voz aljofarada, en una inolvidable mascarada potosina. Aquella barba oscura que me acariciaba toda, su sonrisa de ojos y su adiós con un beso en la boca, dejándome su cálido vaho a albahaca, su cicatriz en el cuello que simulaba una serpiente con la boca abierta... (la tinta húmeda interrumpía la lectura); otro pliego seguía: "Había reconstruido tantas veces las escenas de aquellas dos horas de limbo en aquella elegante posada, sus cortina de cortinajes de seda color rosado mango, los canapés de raso y los bordones de la colcha suave y damasquinada, ¡cuánto me besó aquella sombra líquida! Sentí su aliento emerger de sus mandíbulas acolchadas entre mis entrepiernas... el soplo de su aliento en mis pezones, la

Por cruel metáfora se refiere a las costras que suelen dejar ciertas enfermedades venéreas.

³⁵ Medida antigua superficial que en Castilla equivalía a 537 metros cuadrados aproximadamente.

rústica paciencia de sus orejas en mi espalda, el brillo de su espada colgada en el ropero que nos reproducía con largura, no sé , pero nunca me arrepentí de haber dado tanto en tan poco tiempo, de haber amado su sombra partir por años sin saber siquiera su nombre..." (le faltaba un pedazo apolillado). Aquel mi vestido púrpura que sólo vestí aquella vez y que me lo quitó con tanta suavidad aquel majo mío....(ya no se leía más) Esas opimas memorias poseían una intensidad que tendía a la obsecuencia contemplativa, dejé de leerlas y las dejé ir con la marea y sonreí al ver al mozo extático y sensual frente a las áureas insinuaciones de su herencia inesperada.

Pasaron más de tres décadas y sólo él sabe cuanto sucedió. No hizo oficio ni beneficio y sus trajines por las Indias son parte de lo ignoto. Llevaba huellas y ramalazos en todo el cuerpo, su rostro, con sellos de antiguas calenturas. Venía a reponerse y a reencaminar su agitada pereza y a desahogar sus demonios.

—¿Por qué me desamáis así como un rezago? ¿No he teñido de besos vuestra sombra? ¿No he caminado vuestros pasos habitando vuestro corazón de cera? Las maretas del río me espantan al atardecer, pues se hacen olas fatigadas, y eso, y eso, me duele más, más que vuestra ausencia que jamás tuve... Hace frío y ya no me cubrirá sino la noche, aquella noche de ébano, de platerías, de irisaciones...

Aquel su solar estaba un tanto desatendido y así lo hizo notar a su curador, don Tadeo Luna, viejo judío lusitano. Lo miró, enarcando la ceja derecha y asentando las varias arrugas de la frente, a manera de olas detenidas en una playa corta, con saltos en el entrecejo. Sonrió el mayordomo y no respondió nada. No había qué responderle, si ya casi todo era suyo. Sucesivos préstamos y adelantos habían mermado el patrimonio de Leonardo. Un viejo juramento y veladas dignidades era cuanto los liaba en lo financiero. Lo soportaba unos días de año en cuando. Tenía la paciencia de oírle sus desentones y quebradillos cuando si fuera músico de iglesias o mendicante de orillas, le largaba unos pesos de oro, al ver aquel rostro curtido y duro que conservaba en no sé qué recóndita

arruga aquel rostro del niño huérfano y zanguango, cedía siempre y soltaba otras monedas extras. Cualquier apresto le caía bien, le hacía pensar que era aún su casa, y luego de días partía siempre su alma en pena llevándose su arrogancia a cuestas.

Callado, Tadeo se limitó a ordenar el cambio de sábanas y desempolvar las cortinas y muebles donde se aposentaba el menguado caballero. Viejas copias de naturaleza muertas italianas de escaso valor y de dudoso origen, estaban cubiertas con una gruesa pátina de polvo y mugre. Todo permanecía limpio y fresco en la penumbra de la noche recién parida.

Leonardo llegó ese momento. Dejó el alazán cetrino de crines blancas en la caballeriza y, cansado de la travesía, subió a su alcoba y se depositó cuan largo era sobre ella. Botó su sombrero sobre una poltrona cercana. No se desvistió ni se sacó las botas mientras empezaba a dormitar. El tufillo denunciaba mal vino y peores aromas. El borde de la colcha pasaba de sepia claro a negro cobrizo. Los desgonzados roperos crujían con la brisa que entraba desvergonzada por una celosía enjaretada abierta al patio del fondo. El hogar se había apagado y humeaba ligeramente por de adentro.

Un menestral³⁶ lo hizo levantar temprano la mañana siguiente, aderezó sus calzas, ciñó su zamarra", despolvó sus botas, aderezó su acero y, acomodando su capa de paño y chambergo de plumas, montó su noble alazán, mientras enfilaba para el rumbo de Karkantía. La brisa fría que venía de los campos cercanos le hizo agachar la testa y cerrar la capa. Conocía bien el camino y por él se encaminó. Atravesó el bosquecillo hasta salir cerca a la Caja de agua.

Ya en la planicie inmensa cabalgó sin parar. Al rendírsele el lomo hizo posta en un caserío indígena cerca al lago. Comió bien los pescados y las guarniciones precarias que le prepararon los gentiles pescadores aimaras. Sentado a las orillas del lago pasó horas viendo peinarse las algas en el vientre transparente del agua. No dormía ni estaba despierto.

¹³⁶ Persona que tiene un oficio mecánico.

Prenda de vestir, rústica, hecha de piel con su lana o pelo.

—¡Ah de mí! La vida se me va como estas aguas, en una espiral intermitente que no comprendo. No soy lo que una mujer devota espera como consorte ni como acariciador de sus sueños. Conozco a la muerte de frente y de perfil y no me asusta nada. ¿De dónde vendrá esta inquietud que me consume? ¿Serás tú la respuesta? —miraba un pez muerto en la arena que iba y venía entre las piedras limpias.

—¡Carmen! aquellos tus ojos castaños que mordieran mi sombra una noche... ¿Dónde fue? Bah, que importa. ¿Y vos, Lorenza? mi alabastro serpentino que se enroscaba en mi cuerpo... Zulema, mordedora de almohadas, rugías como un gato tierno... Invocaba sombras y les daba conversa, las abominaba y las escanciaba con descuido. ¡Cuánta minuciosidad en las nostalgias! Extrajo un calumet y lo llenó de tabaco semiseco, le dio lumbre y apoyado en una piedra, añadió formas inciertas a aquel plastica extraña y pertinaz. El humo blanco era un diálogo bizarro de formas donde se perdía la mirada del caballero, hasta llegar a una modorra con sonidos parcos y brisa suave... Al ver incendiarse el sol en el horizonte añil, maquinalmente aderezó su cabalgadura y enfiló hacia la villa.

No había visitado a nadie y sabía que debía hacerlo, ¡mal que le pese!, porque los dineros no caen del cielo. Lo haría al día siguiente. En llegando, Mateo, un mozo de corral, le sirvió de ayuda de cámara, y en pocos minutos, sin apagar las bujías de su velador, roncaba luego de un rato a pierna suelta, como aserrando una viga.

—Tan delgado como un susurro, tan presente como un recuerdo, lamedor de lejanías, vengo de ninguna parte y me acerco a nadie, ¿puedes hacer lo mismo?

—Si fuera viento, regresara a mi bosque, colgara los clavos y desataría las cuerdas que me oprimen... pero ¿qué haría sin mi río? Sin él no soy hada. Soy él nada sería, si no puedo ni tocarle. Sólo él conoce mis entrañas enmohecidas, aquel reverso de mi presencia que nadie pisa...

¹ Pipa delgada y rústica.

—Pero, ¿estás enamorado! Lo sé. Tus maderos crujen cuando los atravieso y no es por mí, puedo jurarlo...

—Si no fueras mi amigo fiel, te mentiría como a todo el mundo, pero, ya sabes...

A la mañana siguiente desayunó con leche fresca, panes recién salidos del horno y quesos de hacienda. Acompañado de su administrador, durante la jornada recorrieron los campos arrendados de su encomienda. Los indios y sus caporales mestizos lo recibían bien, dado su carácter locuaz y su largura con ellos en tiempos de penuria. Sabían también de su ira repentina, en casos de notoria negligencia en los pagos. Visitó a uno de sus ahijados y en su casa almorzó. Le comprometieron a apadrinar al nuevo hijo, y él aceptó, sin pensarlo.

Ya estaba cerca el ocaso. Era uno plumizo, metálico, como una fragua lejana. Estaba nublado y amenazaba una tormenta. Sus anfitriones le invitaron a quedarse, por si lloviera. Él denegó la invitación, tenía otros planes en mente. Cargó en sus alforjas los regalos que le hicieron y parte de los cobros que recaudó, quedando en volver en tres días a liquidar a los rezagados. Salió del obraje cuando ya los negros nubarrones cerraban el horizonte hasta volverlo un hilo invisible.

Tenía pensado ir esa noche a catar vinos y a probar las nuevas carnes andaluzas que, según le dijeron, habían llegado a los burdeles de la ciudad. No prestó atención al temporal de los mil demonios que hacía. Sólo la ingenua tozudez adquiere irracionalidades comparables a la sabiduría del bellaco. Al rato, en pleno camino, el viento arreció y adquirió tal fuerza que dificultaba su ascenso por los senderos. Una retahíla de truenos y un retintín de rayos concentraron su concierto en aquellas callejas que parecían, entre claro y claro, una ciudad fantasma. Se guareció un rato bajo un toldillo de zaguán y, creyendo que todo iba a calmarse, reemprendió el camino. Un detalle se añadió a sus cuitas llovizneras: los vientos mojados y las olas de la lluvia habían apagado las escasas antorchas y faroles de mechachua que había en algunas encrucijadas. Dejó a su alazán recobrar el instinto, tomándolo de sus crines níveas, pensando que así retornaría a sus pesebres, pero el jaco deambulaba sin prisa ni rumbo.

Al poco llegó una lluvia menuda y persistente que humedeció su capa hasta los huesos. Se detuvo, creyendo que así su extravío sería menor. Había dado tres vueltas en círculo, pero no se había percibido dello. Parecía eterna, pero al fin escampó la tormenta, y le siguió una garúa escasa que, comparadas con los berrinches acuáticos anteriores, parecía un simple aguaviento. Era oportuno reanudar su travesía, su capa mojada pesaba en su espalda. A lo lejos avistó la precaria iluminación de unos faroles de sebo. Estaba cansado y se durmió sobre el jamelgo. Un rayo que cayó cerca le despertó. El resplandor le hizo ver cerca una capilla de indios en cuyo interior percibió lejanas claridades. Paró en su portón semiabierto, desmontó y tomando las riendas con la mano, pensó en cobijarse en su interior en tanto mejorase el temporal.

La penumbra dominaba el precario ambiente. Divisó cuatro cirios cercando un ataúd oscuro, de cedros parcos. No había nadie en el lugar. Se persignó con lenidad, a tiempo de sentarse en una banca rústica que crujió al recibir su peso. Otro rayo se vio a través de las pequeñas ventanas laterales. Aquello le permitió cotejar que no había nadie en aquel ambiente. En su alma encallecida por los ajetreos de su vida, en la que no pocas veces se enfrentó a la parca y sus alrededores, empezó a debatirse una inquietud. Era extraño todo aquello, atribuyó toda explicación al temporal. Se acercó al ataúd entreabierto y creyó ver su rostro en el interior. Sin aterrarse, instintivamente, acercó un cirio para ver mejor. No, no era él, simplemente no había cuerpo alguno. Dentro del rústico féretro sólo había un simple y viejo terliz carmesí, a modo de sudario.

Rió a carcajadas, era una broma extraña: un velorio sin muerto ni dolientes. Se sentó nuevamente en la banca y buscó en sus bolsillos de badana, su bolsín de tabaco y el calumet. Miró a ambos lados mientras presionaba con su pulgar derecho el tabaco humedecido. Se le habían acabado los cerillos, así que acercó uno de los cirios y encendió en él su lumbre. Botó el humo y luego de una sátira soez, fumó durante unos minutos. Miró que ya no llovía y salió de aquella capilla tosca.

Era cierto, el cielo se mostraba estrellado y con una luna llena esplendorosa detrás de los escasos negros nubarrones que aún quedaban. Siguió por la rivera del río, acompañado por el ronco murmullo de las aguas crecidas. Luego de un rato, llegó a la

cruz verde de Chocata y enfiló hacia la iglesia de los franciscanos. Persignóse devoto y al momento estaba junto al Cenital de la Paciencia, frente estaba el puente apenumbado que se perdía en la otra orilla oscura.

Ya estaba cerca de su morada. Los cascos de su caballo retumbaban en el empedrado de la calle, ya enfilaba por una vía, cuando oyó un taconeo apresurado que sonaba a sus espaldas. Parecía un trotecillo de borceguíes con tapillas de metal, propios de las damas de alcurnia, mezclado con los jipios de los goznes del puente. El eco venía del puente. Al darse vuelta, vio a una hermosa mujer vestida con un hermoso y arrepollado vestido púrpura, sus negros cabellos estaban cubiertos por un terliz bermejo. Verla, bajar del caballo e ir tras ella hacia el puente, fue una secuencia instintiva que apenas ocupó unos segundos. La dama lo miraba sin moverse. Elevó sus perfiladas cejas intentando una forzada sorpresa, al verlo aproximarse tan apurado. Sus ojos negros miraron fijamente la sombra que se le acercaba y, en unos pasos, se introdujo por la calle Real de los alcañices.

Leonardo corrió tras ella, quiso detenerla, le dijo unas palabras amables y corteses, estiró una mano para tranquilizarla. Alcanzó a tocarle el escote del hombro derecho, cuando desapareció en las sombras dejando enredada en la mano del caballero un terliz de brocado —era de esos que hilan a pedido los tejedores del morro de Milán. Se sintió frustrado ya que presentía una aventura pasional. Molesto y sorprendido observó a su alrededor, recibiendo en sus húmedas mejillas barbadas, la fresca humedad de la calle, el paraje de casonas oscuras y silenciosas y el negro río que rugía cerca. Tomó el mantón y se lo llevó a su cara, tenía un olor penetrante a mirtilos y nardos. Lo guardó en sus alforjas y montó su caballo. Por la mañana indagaría por ella y al hallarla, haría que caiga en sus brazos. Tal era su convicción. Ya en su habitación, dejó cuanta humedad lo cubría en el suelo, se cubrió con un lienzo ocre que estaba en el sofá, frente a la abrasada chimenea. El fuego lo acurrucó y se durmió a pierna suelta en unos minutos. Apenas cruzó el umbral del ensueño un mundo apocilgado arremetió en su precaria lucidez.

Los grandes y oscuros ojos de la dama, lo miraban desde la penumbra, estaban clavados en los recovecos de su alma. Dejaba a su alazán en unas pesebreras decoradas

de raso añil, oía un ritmo acompasado de clavicordio y unos diminutos pies que pisaban sus llaves, del cuadro que salía de un recodo de carne olorosa emergía una sonrisa lejana aderezada en una boca firme y delicada y un corazón de Jesús diminuto que tenía bordado en unos corpiños de seda. Despertó de improviso. ¡Era ella! No la había visto bien, pero creyó conocerla de siempre. No se preocupó mucho, al día siguiente la buscaría por los alrededores. ¡En una villa como ésta, ¿quién puede perderse? Se cubrió los hombros y caló sus pies en busca de calor.

Durante el desayuno, seguía con exacerbación hablando solo:

—¡Qué mujer tan bella! La vi siempre en sueños y anoche, casi la tuve en mis brazos. ¡Los ojos de Zobeida y el talle de Faride! Su encendido corazón daba rienda suelta a sus febriles sentimientos. ¡Cuánto soñó el mozo lo que del día quedaba! La veía esplendorosa caminando por lujosos salones, bailando cuadrillas y sus ojos —aquellos ojos hermosos— lo miraban intensamente, devorándolo. Casi olvidó la ridícula escena del velatorio.

Tadeo había trabajado esa noche en sus extraños muebles, como solía hacerlo habitualmente. Eran una mezcla de cofres, secretarios y bargueños. Diferentes de los cuzqueños o potosinos, ya que en éstos, lo importante era la taracea, el adorno combinado del brillo mate del ébano, la tersura del marfil y el brillo de la plata. Manejaba sus gubias con destreza de relojero y paciencia de astrónomo. Sus obras eran pocas y eran el fruto de años de trabajo, no pasaban de cinco. Tenía la firme convicción de llegar a siete, luego de lo cual pensaba que acabaría su vida. Pero, al ver aquella maravillosa maraña de exquisiteces visuales, en escasos milímetros podían verse inconcebibles paisajes, flores y otras figuras. Una combinación de formas mozárabes adaptadas a un jardín de flores y adornos que recordaban los finos tejidos de las chullpas indígenas. Nunca había mostrado sus trabajos, mucho menos recibido encargos. Trabajaba para sí o para alguien que nadie conocía. Había aprendido el oficio de la talla cuando era joven en Potosí, con un maestro greco toledano. La taracea y facetado de piedras con un maestro moro, a quien su madre curó unas heridas de pendencia y se

quedó tres inviernos en aquella casita cerca al ingenio de los azogueros. El padre de Leonardo lo había traído antes de casarse como su mayordomo. Nadie imaginaba al gran artista que habitaba en él.

Permanecía con inquietud y angustia en el ánimo. No alcanzó a comer lo que le prepararon sus criados y salió en busca de su dama. Llegó a la encrucijada del puente, indagó por los cuarteles cercanos. Lo hizo casa por casa, por las calles, callejas y callejones de las zonas aledañas, nadie le dio referencias de la mujer. Al mirarlo los indagados luego de sus rotundas negaciones, miraban sus ojos melancólicos con una evidente compasión. "Un orate más" decían los más.

Todo parecía ser un sueño, una alucinación o un simple producto de su imaginación. Esa idea lo torturaba ya que siempre se las dio de perspicaz y agudo. Al caer la tarde, exhausto, hambriento y frustrado, estaba a punto de volver a su casa cuando, un viejo desarrapado le dijo que preguntara en el callejón Chirisco —cerca de la vía Tiquina—. No le dijo más ni él lo requirió, lanzó un ochavo de plata al viejo y llevó a su caballo a pie hasta el lugar que le indicaron. Allí se dirigió, al tornar la esquina halló una casa azul de dos plantas, a punto de caerse..

Nada hacía pensar que en aquel sitio habitara alguna dama elegante como la suya, pero su curiosidad y su ansiedad eran mayores que su lógica. Llegó a la casona en ruinas, parecía deshabitada. Tocó un aldabón oxidado en forma de yunque, esperó con ansiedad que alguien le abriera la puerta, estuvo esperando varios minutos: nada. Volvió a tocar más fuerte y nada. Debió ser una broma del vejete, pensó y ya iba a retomar su camino, cuando oyó unos pasos en el interior. Sintió un leve temblor de las charnetas del portón interior. Se acercó al zaguán oscuro y pudo ver una anciana precaria. Tenía el rostro plagado de arrugas y estaba completamente despeinada y con greñas, arrastraba harapos polvorientos y, con una voz que sonaba a albañal, le preguntó molesta y quisquillosa.

—¿Qué buscáis caballero en esta humilde casa?

—Señora, os suplico perdonad mi impertinencia. Decidme, vive aquí una dama elegante y de orgulloso porte...?

Una sonrisilla apareció en la desdentada boca.

—Os burláis de mí, con seguridad, señor —le dijo— Conocí una dama parecida a la que me retratáis, pero tanto tiempo pasó, que acredito que os equivocáis o confundís. Sin embargo, pasad... ¡hace tantos años que nadie visita a esta vieja!, pero ya era tiempo de se me hiciera justicia, adelante, ¡adelante!

Lo hizo pasar a una habitación polvorienta y ruinosa, junto al zaguán. Encendió las bujías de un candelabro y elevando el brazo, lo acercó hacia una hornacina de la pared donde había un retrato pintado, del que quedaban algunos pocos rasgos. Alumbró el retrato. Los ojos del hombre se encendieron y empezó a gritar como un orate...

—Es ella ¡ella! —insistió en un tono apremiante.

—Imposible, señor. Vos estáis loco. Mi señora murió asesinada hace treinta años. La mató un desconocido mientras cruzaba un puente, frente a la casa de su amante. La dejó muerta en el lecho del río con un cuchillo extraño. curvado en la punta. ¡Nada pude hacer! El escándalo estremeció la villa justo cuando estaba de visita el obispo. No permitió que la enterraran en el camposanto ni que asistiera nadie al velorio. Apenas pude velarla en una capilla de indios en afuerael pueblo .

—¡Nadie estuvo en su velorio! ¡ni yo! —la mujer lloraba compulsivamente.

—El obispo me prohibió que, incluso yo, asistiera al velorio. Muchas lágrimas me costó el que la aceptaran el enterrarla en la parte trasera del cementerio de indios, cerca de unas hiedras... —la mujer sollozaba y parecía ahogarse por ratos...

Leonardo, insistía:

—No puede ser, no puede ser, si yo la vi, la vi, la toqué anoche, incluso ... —le vino a la cabeza, el terliz...

—Esperad, señora, esperad, os voy a mostrar algo... —salió a buscar sus alforjas y cuando las tuvo frente a la mujer, le dijo.

—Aquí está su terliz... —Extrajo la prenda y se la entregó a la anciana. Ésta la miró, y se puso a llorar aún más.

¹⁷⁰ Voz antigua compuesta que se refiere a lugares fuera del límite de la ciudad.

—Éste es el terliz con el que amortajé a mi niña! ¿De dónde lo habéis sacado? ¡No!, ¡no!, ¿qué habéis hecho?

Su llanto crispante parecía caer por ratos en una risa desesperada. Tiró el terliz al suelo, se alejó rumbo a la calle halándose de las crenchas como una loca.

—Han profanado la tumba de mi señora, ¡A mí!, ¡A mí! ¡socorro! ¡socorro!

Leonardo estaba como clavado en el suelo. Recogió el preciado mantón y lo volvió a tirar al suelo, se había trocado en un sudario sucio y maloliente. Levantó la vista y miró al retrato, la imagen estática de la mujer. Era el rostro amado que volvía del tiempo. Lo miró con intensidad y en instantes se deshizo, pulverizada. Leonardo tembló, hizo una mueca de burla y desprecio y lanzó una sonora carcajada, mientras salía paso a paso, destruido su coraje y desperdigada su alma.

Llegó a su alojamiento, sin dejar aquella risita patética que no lo abandonaba. Tomó sus jaeces, cargó su petaca en el jaco y, a medio calzar su capa, se alejó lentamente hasta ser sólo una sombra mínima por el lado de Coscochaca.

Nadie más lo vio por estos lares.

Los cascos del demonio

La villa contaba por aquellos años, según un censo reciente hecho por el corregidor Vivar Hernández, con una población de 441 españoles, 938 criollos y mestizos y más de siete mil indios. Corrían los preparativos para la celebración del primer centenario de la fundación de la villa. El nuevo gobernador **Iñigo** de Unzueta, hijopreciado de una vieja familia de hidalgos de Valencia, recién llegado a la ciudad, estaba atolondrado por todos los detalles que la fecha ameritaba. Atendía personalmente hasta los mínimos detalles, pese a que sus colaboradores lo hacían por él. Faltaban dos semanas y ya todo estaba previsto. Se habían ensanchado y empedrado varias calles, principalmente las más concurridas y las que abrían los accesos a la ciudad. Se había encargado una provisión especial de diez arrobas de pólvora —tal era el encantamiento por los fugaces y brillantes estampidos. Las cofradías preparaban sus aderezos para las salvas de artillería y mosquetería, cohetes atronadores, ruedas brillantes y estruendosas y miles de buscapiés, por otro lado, habían mandado construir al vasco Xavier Aliendre, castillos de fuegos de artificio. Se habían colocado varios cañones en las colinas más encumbradas. Los vecinos de las ocho parroquias habían instalado cientos de luminarias. Los jesuitas recién llegados habían organizado en su colegio Carolingio todos lo referente a los rituales eclesiásticos. La misa mayor tendría la mayor solemnidad y sería oficiada por el arzobispo de Lima.

Empezaban a llegar caravanas de invitados y comerciantes. Ya faltaba poco y serían festejos envidiables, cuando Gamaliel, su procurador mayor y secretario, le avisó que las frutas exóticas que había encargado a un encomendero de la región, para ornar el arco principal, habían periclitado en una senda de la cumbre. Ya no había tiempo para encargar a otros tan importante servicio.

¿Qué haría el comedido corregidor? El mundo se le vino encima y golpeaba inerte su escribanía de nogal; sus plumas de faisán, cayeron al piso de ladrillos. Oyó tocar la puerta y aderezándose, dijo con dignidad:

—Pasad —pasó el procurador.

—No temáis, su excelencia, ya tengo la solución: doña Rebeca, la verdulera del mercado de indios. Ella acostumbra traer frutos de los yungas y dicen, que esta vez trajo excelentes piezas. Había escuchado hablar de la mujer a sus hijas que apreciaban sobremanera sus melones y mangas. Iría a hablar con ella, no podría negarse a proveerle lo mejor para sus arcos.

Enteróse que la susodicha vendía en uno de los mesones del zoco de La Merced. Allí se dirigió y luego de una caminata tranquila por la calle Real, paso por la plaza Mayor y estaba cerca de la plaza de La Ley, giró un poco y logró dar con el puesto de la verdulera. El corrillo de los mercaderes y los saludos a voces, así como los obsequios que le otorgaban, lo distraían de su búsqueda. Estiró el cuello y reconoció a la Rebeca. Le hizo señas y se acercó en medio de la bataholilla.

— Rebeca, buen día de Dios...

— Buen día, su excelencia... favor que me hace... ¿en qué puedo servirle?

La llevó cerca de las rejas de la iglesia y allí el corregidor explicóle sus apuros y detalló sus encargos. Mientras esto hacía, su ojos saltaban de sus órbitas para ver con mayor precisión aquella tenue frontera que dividía los generosos senos que emergían de unos corpiños ajustados. La mestiza, de ojos verdes y sonrisa ladina, se agachaba con frecuencia a objeto de dar mayor campo de visión a su amable interlocutor. Sus cuatro décadas se reducían a tres e incluso menos, cuando movía sus garridas caderas a tiempo de exhibir sus melocotones. En media hora estaban hechos los encargos y acordado el pago —incluirían el aderezo pleno de los arcos y las ramas de relleno. El gobernador se alejó del lugar con una inquietud mayor a la que traía cuando vino. Las manos de la mujer le despedían aún hasta que se perdió por la esquina de la plazuela.

Los detalles logísticos del hospedaje de los ilustres y la redacción de su discurso le quitaron aquellas horas la inquietud del gobernador cincuentón. Pretextó quedarse hasta muy noche en su oficina. Los candelabros que lo acompañaban estaban ya con el pabito a punto de desaparecer. Sería las once. Ya hacía como una hora que había sonado el toque de queda. Tocó una campanilla y apareció su ujier; encargóle preparar su caballo bayo, aquel que no usaba sino en raras ocasiones. Salió por la puerta de atrás al callejón

de la Supay Calle. Se embozó con su capa y se ajustó la carrillera de su sombrero negro de tres picos y cabalgó apresurado con el fuste en su mano derecha. Recordaba los detalles que le había dado su ujier y enfiló por el lado de Chocata. Ubicó la casa blanca de balcones con alhelíes. Dejó el caballo junto a una celosía y tocó la puerta. Vio un hilo de luz por los intersticios de la puerta y ésta se abrió. ¡Era la doña Rebeca! Vestida de blanco y oliendo a albahaca, su ligera chaquetilla con bordados de perla en los bieses del escote. Una amplia sonrisa llena de apacible lujuria lo recibió, y lo llevó directo a su dormitorio. Casi no hubo palabras y en pocos minutos los dos amantes retozaban furiosamente en el lecho de viejas holandas. La noche se hizo corta y antes de que rayara el alba, el corregidor dejó la casa, eufórico por la cálida velada. Guarnecido en un alto pino dobló su capa sobre el forro rojo y guardó junto al sombrero en las alforjas. Había olvidado peinar sus desbocados cabellos y enfiló a su solar.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba con sus dos hijas adolescentes, oyó murmullos en la cocina...

—¿Qué pasa, mujer? ¡A que viene tanto jaleo! —dijo con tono afable y desconfiado. Salió la cocinera cabizbaja y avergonzada, creyendo ser regañada.

—Nada, señor.

—¿Cómo, nada?, ¡si hablabais a gritos, asustadas!

—Es que... señor... Ismaelillo dice que anoche vio al diablo cabalgando cerca de la cruz verde de Chocata; ¡estaba con una capa roja y unos cuernos brillantes, cabalgando encabritado por la Chapi calle!. Se puso serio, al reconocer ciertos detalles y el lugar donde decían haber visto tan espantable figura.

—Vamos, mujer, esta es tierra devota, dudo que Satán pasara por aquí.

Un poco serio apuró su desayuno y pretextó imaginarios achaques, dirigiéndose en su tilburí hacia el corregimiento. Sentía un sonido agudo e intermitente en los oídos, similar al que oyó cuando se moría de hambre en el cerco de la villa. Sentado en su escritorio tomó una de sus plumas, con ella se frotó las sienes y, de pronto, empezó a escribir apurado un pliego. Oyó por la puerta entreabierta susurros de sus procuradores y

escribientes, que poco a poco se transformaron en peticiones y comentarios fuera de tono.

— ¡Que sí!, el demonio se pasea por la villa ¡Yo le vi!

—Con dos pintas de tinto vos veis a vuestro padre en calzas!

—Que soy un ebrio... ¡truhán! ¡mal nacido! ¿por qué no le preguntáis a vuestra querida ¿quién le regaló el corpiño rosado? —Tal era el enfado de los funcionarios que los tonos subían, y de no ser por un leguleyo que los calmara y dispersara, se armaba la de Dios Padre.

Se puso la mano en la cabeza con enfado y preocupación. "¡Lelilí!" dijo en tono de enfado, recordando sus excursiones en Argel. Al parecer nadie lo reconoció, pero lo vieron y lo confundieron con tan insana y satánica presencia. Bufó, retuvo el aire por instantes y de pronto, se dijo a sí mismo:

—¡Mejor así!, así temerán cruzarse conmigo y mi secretillo estará a salvo...

Tanta ingenuidad sólo podía caber en una testa como la suya. Los festejos de la villa le marearon la perdiz por una semana, bebió como romano y caló como moro. Pasaron fastuosos los actos y no hubo invitado que no admirara su buen gusto y su calidad de anfitrión. Había traído músicos de Potosí y malabaristas del Virreinato de Lima. La ciudad estaba pintada y con rostro de ciudad. Los empedrados que se estrenaron y los faroles nuevos con grasa de ballena alumbraban bien las calles centrales. Los puentes habían sido ornados como carrozas y las procesiones a la Virgen del Carmen y te deums que se realizaron junto a los bailes en su casa dieron que hablar a propios y extraños que se habían reunido durante aquellos días de jolgorio.

Centro de la atención y anfitrión oficial tuvo que soportar los placeres del cargo y los ajeteos del ajustado programa de festejos. Finalmente, despidió autoridades, embajadores y arciprestes, dejó que su proverbial sonrisa cargara las bolsas de sus párpados y sus patas de gallo, pero, valió la pena, aunque sus braguetas tendían a aflorar entre corchetes. Aprovechó los calorcillos del verano naciente para espaciar menos sus visitas a su doña. Varió su ruta y tomó mayores providencias. Sólo obvió un detalle:

cambiar las herraduras a su jaco, éstas sacaban chispas al chocar con ciertas piedras de las vías, pero, no es fácil alcanzar perfección alguna.

Variaba los días, modificaba las rutas y había logrado que el vallar del jardín de su amante permitiera el salto a un vertedero discreto de la casa de Rebeca. Ella vivía sola y despedía temprano a sus ayudantas. Le placía haberse reinaugurado con tan noble caballero y se desvivía para complacerlo hasta en los detalles más insignificantes. Sus artes no tenían límite, no en vano su madre fue la noble Gertrudis, insigne dama de sábanas inquietas, que según dicen, ganó un legendario torneo.

Las aventuras de Iñigo con la dama de los hermosos melones y las caderas de melocotón le calentaban cada vez más la sangre. De haberlas dejado en manos de la divina prudencia hubieran durado quién sabe cuánto, pero quién puede medir lo inmensurable o poner ataduras a las pasiones, imposible. Rebeca empezó a celarlo con su mujer, a quien atribuía el papel de intrusa y aprovechadora. Imaginaba que dormir junto a ella lo volvería impotente y se lo echaba en cara. ¿Quién era esa mujer para quitarle lo suyo? Su esposa, pero ¿qué significa eso? Cierta noche estalló en furia al sospechar que hubiera follado con ella. Lo torturó por dos horas hasta que, notando su error, se comió más en sus artes felatorias. Los cogió el amanecer y él tuvo que salir sin capa y a pie por la puerta lateral de la casa. Casi lo reconoce un estibador que traía bananos del zoco. Llegó a su casa nervioso y con desazón. Su mujer lo recibió afable y no le pidió explicaciones, sirviéndole un grato desayuno. Los acompañó Gamaliel, su secretario, que lo había venido a buscar muy temprano. ¿Imaginaba ella dónde había estado? ¿Sabía, porque debería saberlo, sobre sus aventuras tan frecuentes? O sus melindres obedecían simplemente a su recato y sumisión? El chocolate caliente le devolvió fuerzas y, luego de un baño, salió a su despacho.

No olvidéis que la vida del hombre es guerra, lo que ignoraba el asmodeano corregidor es que sus visitas a Rebeca coincidían plenamente con las que hacía Gamaliel a su esposa. Aquella pareja de cuatro vivía una luna de miel envidiable y casi geométrica por la perfección alcanzada en el largor de los cuernos, pero pesquisidor es el destino.

Su mujer le había pedido visitar a sus parientes en los valles de Chincheros, por las cercanías de Cuzco, allí trataría la venta de sus encomiendas y reclamaría la herencia de su tío el Gobernador Calvimontes. Dejaría de paso a sus hijas en el colegio de Concebidas en la villa de Urubamba. Precisaría una escolta para el viaje que no implicara viáticos complejos. El corregidor miró a Gamaliel, él bajó la cabeza, y dijo sin titubear:

—Que os acompañe Gabino, ya que no tiene mucho que hacer estos días... ¡vamos hombre!, que no os aburriréis con los huanqueríos del Cuzco, donde os tratarán como a un tenorio.

Esbozó una sonrisa maldiciente, que comparada con los rubores y los imperceptibles guiños de los amantes, sólo era de una extraordinaria candidez.

Serían uno a dos meses, tal vez. Ella, lamentando que su separación podría ser larga, y él, compungido, le decía que no se preocupara, que tardara lo necesario, si todo iba a ser por el bien de las niñas y por ellos. La señora se hizo a la compungida y caminó lento hasta su habitación, allí saltó a la cama e hizo saltar varias plumas de las almohadas al lanzarlas al aire, en señal de dicha inesperada. Los preparativos fueron rápidos y se despidieron en dos días. Lo histriónico de la separación llegó hasta lo patético aunque fue rápida. Iñigo era todo albricias, hasta pensó en pedirle a Rebeca que se trasladara a un solar vecino a su casona, pero a ella no le gustó la idea. No, ella no dejaría su casa ni sus negocios, sabía que juntar el placer con el deber olía a himeneo y nada la espantaba más que aquello, mucho más con un hombre enjaulado.

La imaginación colectiva de los trasnochadores insistía en la aparición del demonio por la zona de Chocata. Lo relacionaban con las noches sin luna, con las estrellas fugaces y con los fuegos fatuos y las chispas que despedía el corcel demoníaco. Hablaban de una espada de dos filos con empuñadura de rubíes incendiados, ojos como tizones y un sombrero de tres cuernos arianos.

Creyó necesario encargar un exorcismo a los dominicos del Santo Oficio y encabezar una solemne procesión para alejar la presencia de Satán por la villa. Dicho y hecho, quedaron calmados los ánimos y benditas las piedras de las calles aledañas.

Rebeca reclamó el no estar junto a él en los servicios religiosos. Una sonrisa bobalicona y perruna no alcanzó a calmar a aquella hormonal criatura. Un collar de oro blanco y unos dijes con lapislázulis y una noche larga de dos días calmó sus mohines y aplacó sus ímpetus y pretensiones de señora.

Pasó un tiempo y todo era placidez en la villa, excepto por los últimos desbordes de los ríos Karahuichinca y Chojñallarca y el derrumbe lateral del Hillemani, que añadió una línea recta a su bello perfil aquilino. Ordenó atender con prontitud los desperfectos. Su vida nocturna lo tornaba en un eficiente funcionario. Cada que escuchaba oír del demonio en las laderas, sonreía para sí, persignándose luego. Hasta que una noche mientras dormía sobre los senos de Rebeca, oyó ruidos extraños por el balcón, se cubrió con una sábana y abrió los visillos. Lo que veía no podía creerlo, su alma pareció salirse por la boca, y temblando como un currutaco empezó a tartamudear, Rebeca apareció a su lado...

Era un corcel negro sobre que lleva montado a la jineta a un jinete espeluznante, parecía un gigante, llevaba un sombrero espectacular del que salían astas de rinoceronte. Su rostro era el de un ebrio alucinante con ojos húmedos de cristalinos irisados. Una barba áurea encrespada le llegaba hasta la pechera. Al darse vuelta aparecía en su nuca un rostro de toro fosforescente. Vestido de negro, lo cubría una inmensa capa negra con algunas puntas que parecía piel de murciélago, de su forro rojo parecían salir las fauces de un oso y de un perro rabioso. En la mano guantada que llevaba las riendas, dos gavilanes posados batían sus alas. La otra mano hacía círculos acicateando con un greguesco pequeño de seda roja y piedras brillantes. Donde debieron haber botas habían unas patas de carnero calzando espuelas de plata. El descomunal trasgo llevaba a rastras un coche donde iban dos súcubos —de no ser por sus largas orejas se las hubiera tomado por doncellas desnudas—, alborozados y con las cabelleras al aire, extraían de sus senos un liquido lechoso y el brutal caballero los succionaba al vuelo. Parecía el mismo Asmodeo en una orgía.

La pareja los miraba embelesada, hasta que el tenebroso jinete extrajo algo de sus alforjas, lanzó un puñal a la ventana y, luego de emitir gritos fantasmagóricos, el grupo

se perdió por el lado del río Panteón. El puñal atravesó un cristal del ventanal y se clavó en el cabezal del lecho, llevaba un papel amarillento liado por una cinta roja. Largos minutos tardaron los amantes en reaccionar, tal era su palidez que sus rostros eran irreconocibles. Se acercaron muy lentamente y él estiró su mano derecha desclavando el puñal y desenrollando el papelucho. Encendió la bujía del aparador y leyó su contenido *"Por lujuria me habéis arrebatado mi mujer y alejado a vuestras hijas. El destino, sabio juez, quiso juntarnos y hoy vivimos los tres en mancebía, dichosos y ricos, ya que —si revisáis vuestras arcas están más vacías que vuestra alma. Hasta nunca Iñigo"*. Se leían unas firmas raras llenas de arabescos: Dvorovoi, Mercedes y Recogida. Quiso hallar una respuesta en el rostro de su querida. Ella había perdido su lozanía, sus senos colgaban flácidos y su cuerpo lozano y lujurioso, estaba arrugado y maloliente. Ella lo miraba con un rostro demacrado y deforme. Huyó como pudo y llegó, arropado por una sábana con un olorcillo a escaramujo, a la vista de muchos transeúntes. Durmió todo el día y toda la noche. Finalmente despertó en su dormitorio y sentado en su lecho tardó unos instantes en verificar dónde estaba.

Al día siguiente comprobó aquello que le decía la carta. El Intendente había cursado una cédula de aprehensión. Al presentarse en su despacho, todos lo miraron con recelo, las arcas de la gobernación habían sido saqueadas y las acusaciones caían sobre Iñigo. Lo juzgaron en un juicio sumario, y la iglesia agregó la excomunión, debido a sus relaciones con demonios. El mundo se le había venido encima, pudo ser ejecutado, pero finalmente decidieron montarlo en un burro y luego de embadurnarlo en miel le echaron sucias plumas. El animal lo llevaba lentamente quién sabe dónde, por detrás lo seguía en otro animal una mujer fea y envejecida.

En pocos meses la villa tenía un nuevo gobernador: don Alonso de Molina y Herrera. La villa había olvidado los disparatados festejos del centenario de la villa y se aprestaba a preparar la llegada del Virrey Gabino de Gallardo. Muchos fueron los preparativos y fue inolvidable la visita. El representante del Rey trajo buenas nuevas a esta región. Algunos vecinos insistía en haber visto la sombra del demonio por las cercanías de Chocata, algunas noches sin luna. Cándidos ebrios que imaginaban de todo para llamar la atención, pero, ¿qué se puede hacer en esta o en otra villa con ellos?

Cuestión de muros

Viendo sudar las paredes que daban a la cocina, juntó las cejas y creyendo ver rostros patéticos en las oxidaciones de la cal añosa, pensó que quizá el muro lloraba... Desechó tales bellaquerías y despreocupado siguió dando vueltas por los alrededores. Despeinando su abundante cabellera con sus manos nerviosas, finalmente optó por seguir su temperamento fogoso.

Joaquín Rumbera y Balero, aprovechando el tiempo seco del otoño mandó construir secretamente un pasillo subterráneo que colindaba con la cava de vinos y el depósito de arreos que tenía en el cuerpo central de su casa. Había seguido el consejo de sus buenos amigos: Ignacio Hernández y Paladio Viscarra, quienes, en previsión de nuevos cercos de indios, saqueos de los exaltados mestizos o trapacerías de los mohatrereros, construyeron sendos refugios en sus solares. Para ello trajo un alarife de Charcas para que diseñara los pasadizos y sus rumbos. Una vez terminada la construcción despidió al arquitecto y a sus operarios. Para justificar el traqueteo de piedras y arena y evitar la suspicacia de sus vecinos, afirmó refaccionar sus bodegas. A nadie le llamó la atención ya que conocían las excentricidades del hidalgo.

En aquel túnel cabrían tres personas con cierta comodidad y hasta cinco, de presentarse el caso, tenía además un espacio amplio en el trasfondo, era un espacio destinado para avios, cargas o lo que fuere. Para asegurar la provisión del aire, en caso de necesidad, se acomodó un tubo largo de cobre que salía por una claraboya disimulada entre unos arbustos, que ascendía por el borde de por el borde interior de los muros y remataba en uno de los aleros del tejado. Con ello creyó que su temor estaba cubierto y su conciencia en paz; era como un responso material al hecho de haber dejado a su padre desamparado durante el cerco. Le había insistido en hacer esos arreglos y reunir provisiones, pero él sólo lo tomó como una más de sus habituales manías de viudo. Tenía un mamotreto subterráneo inútil y una promesa cumplida a destiempo, que más daba, así era él. Tan pronto se le metía en mente ideas obsesivas que lo desvelaban por muchas noches, buscaba como realizarlas y luego de concluirlas al precio que fuera,

éstas desaparecían de su mente sin el menor esfuerzo o eran avasalladas por otras. El galpón trasero junto al potrero guardaba testimonios reales de sus desvelos: telescopios curvos, máquinas inútiles, frascos y botellones con sustancias extrañas, libros antiguos, etc.

Luego de pasar la Navidad acabó olvidándose de su ingeniosa previsión y aquel verano, al amparo de las lluvias, ya andaba dedicaba a otra ajetreada actividad. Esta vez exploraba con ahínco unos manuscritos antiguos que había comprado por dos reales a un mulato alcohólico en el choro de Paucarpata. Eran unos pliegos amarillentos que, por haber servido de envase a mojoncillos de tabaco, estaban muy sucios. Estaban escritos en una lengua extraña y tenían dibujos y figuras raras; olían a chivo viejo y parecían antiguos documentos contables, pero él en su incipiente testarudez estaba seguro que ocultaban importantes revelaciones. Despertaba temprano y con aquella lente convexa con la que alguna vez hiciere sus experimentos de óptica, indagaba en los papeluchos. Les dedicaba todo su tiempo y su mente, dejando que el mundo transcurriera, y el mundo transcurría, mucho más sosegado y penitente de lo que a él se le hubiera ocurrido. De niño había tenido visiones y sus padres las interpretaron como marrullerías de chaval. Aseguraba tener el genio de ver fantasmas, sin importar si fuere de día, en sueños o en vigilia; oír sus descripciones detalladas era casi verlos. Todos lo consideraban imaginerías, hasta que una tarde, en la sobremesa, empezó a referirse a unos seres que había visto en el patio delantero de su casa. Cada detalle que citaba asombraba a los presentes, ya que todos conocieron a las personas a las que se refería y que murieron años atrás. Les relató cómo vio a una mujer rubia, alta vestida con un traje de terciopelo verde oscuro y brillos dorados, que estrangulaba con su mantón a un hombre pálido y calvo con varias cicatrices en la frente; en el último instante, él giró a un lado arrastrando por las escaleras a la mujer, cayendo uno sobre la otra, muertos, junto a un puñado de monedas de oro. Cada detalle era preciso al referirse a las indumentarias, rasgos y sobre todo el desenlace. Eran sus abuelos paternos y su muerte se tomó como un accidente; el pensar en otras circunstancias espantó a sus padres y tíos, ya que el niño les revelaba la verdad sobre aquella oscura muerte de sus parientes —veinte años antes que naciera el chaval. A partir de entonces, cuando veían

brillar los ojos castaños del niño, oían con paciencia y estupor sus peroratas. Previendo cualquier imprevisto le prepararon una comunión especial con misa doble y cantada, creyendo que así doblegarían cualquier duda sobre sus visiones. A veces sólo inventaba cosas para manipular a sus oyentes y otras por especular. Con el tiempo fue perdiendo, al parecer, sus artes alucinatorias. Lo que jamás supieron es que éstas continuaban clandestinas de firme en su mente divagadora, aunque ya no las confiara a nadie. Como un sueño recurrente acudían a él las imágenes de un paraíso enhebrado de verde, rodeado de sombras cetrinas y fosforescentes. Brillos extraños empedraban la tierra húmeda y una estrella giratoria lo llevaba a donde quisiera. No entendía qué podría significar, pero le traía resabios de vírgenes rociadas en bosques calurosos.

Por de fuera, Joaquín parecía un cuervo majuelo, por su cabecilla cargada hacia atrás y sus narices que oficiaban de amable proa. Pero no era feo, el brillo de sus ojos encantaba a todos con sus ocurrencias inusitadas. Gran conversador, solía desde siempre brujulear por los arrabales y conversar con los aventureros que se dirigían a Potosí y con los indios hierberos de Ajllata que solían errar por plazas y ferias. Sus faltriqueras estaban siempre llenas de piedras, ramas, insectos, macuquinas y cuanta cosa rara caía en sus manos. Vestido siempre de verde oscuro llevaba colgada al cuello una cruz de Santiago, labrada en plata, que le regalara su madre en la comunión.

De joven no era muy aficionado a seducir damas y los años en que estas aficiones eran fogosas en oreos mozos, para él lo eran en otras cosas distintas; sin embargo de la noche a la mañana se enamoró apasionadamente de una bella criolla nacida en este valle seco, del modo en que siempre lo hacía todo. La moza de sus amores era canchera en cuestiones de Eros; frecuentaba los salones de gala en la villa de Charcas, a los que su padre proveía con cortinas, muebles y otros adornos traídos del Reino. Nadia, creíase a la par de las otras damiselas habituales, debido a su belleza y a tener acceso a los bailes que atendía su padre. No hacía caso de los desaires que le reclamaban el no tener invitación. Poco antes de cumplir los diecisiete se enamoró de Damián Pescador, un escolar de leyes enfermizo, pobre e inteligente. Para cortar por lo sano y prever males mayores, decidió su padre enviar a la moza a nuestra villa, donde tenía una amplia casa que era parte de su consorcio comercial. pensó que unos meses de cambiar de ambiente

serían suficientes para que se le bajarán los humillos, y tenía razón. La moza no tardó en asistir a los baile del Cabildo y, entre pasillos y corrillos, se le iba el amartelo. Una mañana, paseando por los alrededores de la Plaza Mayor, la moza conoció por casualidad a un hombre todavía joven, cortés aunque algo solitario. Iba ella con prisa a lo de la modista cuando —al voltear, la esquina oeste de la calle del Comercio— un caballero venía con prisas, empolvado, sudoroso, llevando unos zorros liados por la cola y su mosquete sobre los hombros. Casi la arrolla con su caballo de no haber calado fuerte en los frenos. Descendió de un salto e intentó calmar el bochorno de la dama ofreciéndole vino de su bota. La coquetería natural de una y la timidez del otro tendieron pasos a una efusiva amistad, tan parecida a las pasiones. Sus padres festejaron el noviazgo y surgió entre ellos una amistad más duradera, basada en sus blasones, patrimonio y relaciones sociales. La petición de mano, los preparativos y las ceremonias tomaron menos de tres meses y todo se realizó como Dios manda. Les regalaron una amplia casona refaccionada a tiro de piedra del puente de las Concebidas. Les amoblaron la casa y les cedieron cuatro siervos indígenas, dos negras y la renta de dos encomiendas por el lado de Achukalla.

Pasaron seis meses y Joaquín hizo el papel del esposo amante y ejemplar por ese lapso —tal vez el más largo—, considerando la cronología de sus obsesiones. Por tres meses más se dedicó a peinar los cabellos oscuros y ondulados de su bella esposa, a obsequiarle sus tallados en ámbar y labrarle múltiples alhajas y platerías. Nadia, su esposa, era bella y amable y vivió plenamente aquel año irrepitable. Pasado este tiempo los arrebatos iniciales de su esposo menguaron ostensiblemente. Sólo recibía de él apenas unos mendrugos de afecto y dedicación. Renació su melancolía enfermiza y desnudó su extrema fragilidad. Pensaba por ratos que su pobre doctorcillo de Charcas pudo haber sido mejor que su desatento marido. Su alma gozaba de especular, empezó a soñar con efluvios románticos, con caballeros de capa y espada que habían luchado con dragones y aguerridos moros. Sus novenarios en la iglesia de san Francisco, sus paseos por la riveras verdes del Chojñallarca, acompañada por su fiel mulata, las tardes de dobladillo y bordado tunecino, conversando con las damas de_ su entorno, solo le llenaban el aire de un intenso hastío y aburrimiento. Un viaje les pareció pertinente y se

tomaron tres meses en visitar parientes, amigos y pueblos cercanos a Arequipa. Entre excursiones y descansos se enteraron los esposos del cerco a la villa y de sus desgracias. En cuanto se enteraron que los caminos estaban expeditos y los indios desbandados volvieron con apuro. Pensaban que ya no tenían casa, que había desaparecido la villa, pero no fue así, las casa quedaban, pero entre muchos, había muerto el padre de Joaquín y su madre aún sufría de las lavativas que le hacían para mitigar sus digestiones por el hambre prolongada.

Fue por ese tiempo que empezó a frecuentar a sus viejos amigos de infancia: Ignacio Hernández y Paladio Viscarra, con quienes había realizado trapacerías de críos. Su camaradería le mitigó la tardía orfandad y las atenciones a su bella esposa, a quien, no aguantaba sus quejas constantes y sus jaquecas imaginarias por cualquier motivo. Para dar aire a su vida, decidió construir el subterráneo que le pidiera su padre y aconsejaran sus amigos.

Como no hay bien que por mal no venga, llegó por esos días a la villa un criollo aventurero, de quien decían había estado dedicado al tráfico de esclavos negros en las selvas próximas a los pueblos jesuitas. Traía buenas referencias y cartas de presentación para varios ciudadanos de renombre. Tabor Farfán se presentó como titular de una encomienda con varias minas de oro en la región de Zongo y sus proximidades. Era una extraña combinación de caballero bien educado y patán bebedor. Su rostro moreno barbado bien podía pasar por el de un jeque; vestía fina ropa de caja y sus capas de felpa eran elegantes. Hijo de enaciados¹⁴⁰, era conecedor de caballos y amante de ellos e iba siempre montado de un purasangre cetrino de crines largas color miel; sus ojos aceitunados de profundos párpados y ensortijado cabello, le conferían donde fuere un indiscutible encanto y un éxito permanente con las mujeres.

Joaquín y su esposa fueron invitados al sarao de ese domingo en casa del Corregidor Sancho Díaz. Entre los varios invitados conocidos asistió también el recién llegado, a quien el canónigo Almibar Zoares presentó como su sobrino carnal. El ardor

⁴⁰ Súbditos de los reyes cristianos españoles unido estrechamente a los sarracenos por vínculos de amistad o interés.

del vino tinto y otros licores de uva abrieron sendos caminos de conversación entre los asistentes. El canónigo se encargó de presentar uno a uno a los presentes al invitado honorario del convite. Se formaron corrillos y otros grupos de locuaces conversadores

Joaquín estaba hastiado por las trullas de aquella velada, a la que había tenido que asistir sólo por dar gusto a su mujer. En uno de esos enredos dialogales escuchó comentar a uno de los contertulios sobre ciertos temas de filología antigua. Metió la cuchara citando varios eruditos mozárabes y sefarditas y una caterva de documentos y manuscritos antiguos que decía conocer y haber estudiado. Uno de los presentes le aclaró algunas dudas y le replicó mencionando a otros autores. Como por arte de magia, el aburrimiento se le disipó instantáneamente. A partir de ese momento se convirtió en un activo conversador con aquel caballero que hablaba con erudición sobre temas tan importantes para Joaquín. Poco a poco se gestó en su mente la idea luminosa de que sería él la persona indicada para lograr descifrar sus preciadas reliquias documentales. No pierde tiempo y lo invita a su solar.

Tabor Farfán asistió puntual al convite. Sus viejas conversaciones con un compañero de celda en la prisión de Mallorca había rendido frutos. No es que tuviera interés en el insistente amigo que lo invitara ni en los temas que lo apasionaban, sino la mielosa mujer que lo acompañaba. Luego de la cena y el postre, las miradas almibaradas de uno y de la otra, que se entrecruzaron durante la cena continuaron durante la sobremesa. La conversa tocó varios mares, recónditas bibliotecas inexistentes, descripciones de viejos documentos y herméticos códigos encriptados. Finalmente, Joaquín se anima a mostrar sus manuscritos al moro. Sale presuroso a buscarlos justo en el momento en que una mano de largos dedos se desplaza hacia un talle contiguo. Gotas de sudor e instantes silenciosos en que los sístoles y diástoles casi coinciden, interrumpidos por el taconeo menudo de Joaquín, quien, presa de una emoción similar, trae bajo el brazo los manuscritos amarillentos que eran su tesoro.

''' Gritería o ruidos.

Dícese del judío oriundo o no de España que acepta las prácticas especiales religiosas que en el rezo mantienen los judíos españoles.

Tabor descubre que los documentos antiguos que le muestra no son sino documentos de compraventa de unos terrenos en las dunas marroquíes, de una edad no mayor a un siglo y escritos en un dialecto árabe, tal vez *benimerín*, que conoce y puede traducir. Pero, para dar largas a las cortas, finge un marcado interés y le pide un tiempo prudente y una dedicación de unas horas por día, para descifrar el entuerto filológico que afirma son códices muy importantes. Quedan días, convienen horas y la amistad está sellada por intereses comunes entre los que cabían largas partidas de ajedrez. Cada uno se siente halagado y satisfecho a su manera.

De ese modo, el moreno empieza a visitar la casa de los Rumbera y Balero. Las miradas del moro y la gentil esposa pasaron fácilmente a las caricias y de allí a los besos y los coitos apurados tras las puertas. Los amantes habían organizado de tal manera sus encuentros, que poco a poco llegaban a osadías inimaginables. Joaquín había depositado toda su confianza en Tabor, le gustaban sus pacientes citas de Omar Khayan y el melodioso recitar de antiguas jarchas. Le alegraba que su mujer haya dejado sus sofocones y oficiara de diligente colaboradora en la traducción y desciframiento de los documentos. La verdad es que tenía razón en casi todo, ya que sus largas peroratas daban sus frutos: los documentos parecían versos codificados. El moro los traducía y él anotaba en oficiosas notas. No era una tarea fácil ya que hablaban de cosas y lugares lejanos.

No había trío más feliz y eso empezaron a percibirlo sus allegados. El presbítero Almíbar Zoaeres estaba preocupado por el adulterio tan explícito que presenciara. Ignacio y Palladio se sintieron desplazados y ese año obviaron la invitación a su amigo y marcharon solos a su habitual expedición a las cavernas cretácicas de Sorata. Todos lo escuchaban con condescendencia, ya que ninguno echaba de ver nada especial en sus arranques de entusiasmo que tanto variaban de objetivo. Apenas hace unos meses se dedicaban a la entomología y, un poco antes, a las tradiciones templarias, con igual interés. En fin, todo transcurría con normalidad en la villa.

Dialecto de una tribu belicosa de Marruecos que durante los siglos XIII y XIV d. de J. C. fundó una dinastía en el norte de África y sustituyó a los almohades en el imperio de la España musulmana.

''' Antiguos poemas en árabe que se mezclaron con el primitivo castellano.

Tabor había inventado la búsqueda de un tesoro cuyas claves decía, estaban en aquellos papeles. Decía que los dibujos y signos incluidos en los manuscritos eran parte de un mapa codificado. Recordaba con precisión una historia que le había narrado su amigo Jafet en la cárcel mallorquina y era aquello que le repetía a Joaquín. Le dijo a Joaquín que el mapa mencionaba una montaña llena de vegetación con altas y delgadas cascadas. Le habían dicho que paisaje era similar a la topografía de los senderos que iban a los Yuncas. Afirmaba que era el hilo del ovillo y que podía tratarse de la primera pista de un inimaginable tesoro, cuyas claves finales estaba a punto de descifrar. Joaquín recordaba algunos lugares con precisión y la sugerencia de verificar la topografía mencionada en los manuscritos le pareció pertinente. Ni tonto ni perezoso se perdió diez días por las terrazas y senderos llenos de plantaciones de coca, platanales y naranjales, acompañado de dos siervos. El tiempo pasó volando para todos, hasta que antes de tres semanas apareciera Joaquín, el rostro con la barba hirsuta y descuidada, con varias mulas cargadas de frutas, muestras de piedras y unas arenas coloreadas. Traía novedades importantes para su amigo moro y hasta un ramo de gladiolos silvestres para su esposa. Tal vez iba a ser inmensamente rico, y si así fuera, lo compartiría con su fiel camarada; sus conjeturas parecían ciertas y había ciertos indicios que permitían guardar algunas expectativas. Varias cosas no coincidían, pero, pero... algo de lo mencionado, ¡realmente existía! Esa era la verdad que su alma buscaba. De improviso reapareció su don de ver fantasmas: veía debajo de un manzano silvestre recién florecido, dos sombras verdosas y fosforescentes rodeadas de mariposas nocturnas que una a la otra se azotaban con unas ramas azules llenas de espinas.

—¡Basta!, —dijo, y las sombras parecieron desperdigarse tras los muros y él, prefirió volver a sus insomnios otoñales que retornar a sus vaharinas pesadillas infantiles. Mientras descendía la escasa caravana por el lado de los molinos, empezó a beber aquel resacado de guindas que le habían regalado los cocaleros. Ya avistaba los caserones cercanos a la plaza de indios, y más allá los muros desconchados de la empalizada de su casa. Al volver a la villa estaba sumamente dichoso. Se cruzó con uno de sus sirvientes y éste le dijo las días anteriores había llovido mucho y que, al parecer, se había inundado parte de la bodega y el depósito de arreos. No le prestó atención, pero al acercarse a su

casa, recordó el ingenioso refugio secreto que mandara construir justo allí. En previsión de algún daño, prefirió entrar por la puerta de las caballerizas y revisarlo personalmente por si hubiera entrado agua al lugar. Dejó su caballo y las acémilas en el corral y mandó a sus sirvientes a cumplir algunos encargos mientras se dirigía al patio trasero. Trataba de recordar los pormenores de aquel pasadizo secreto (al menos eso creía), y no recordaba si había tomado alguna previsión, pero convenía revisarlo. Ubicó una oxidada llave en un vano del portal de avíos y con ella abrió el refugio oculto. Desde el portal vio que no se había inundado gran cosa; al día siguiente lo haría limpiar. Iba a salir, se puso a limpiar el moho de la claraboya, cuando escuchó unos extraños murmullos animales que llegaban quien sabe de dónde. Parecía arrullos de palomas y, por curiosidad, miró alrededor: los murmullos provenían del tubo de ventilación que subía desde allí hasta los muros exteriores y el tejado por efectos extraños de la acústica. Se acercó un poco más y cada vez los oía más claros y nítidos: era una pareja frenética, fornicando. Al oír las voces, las reconoció; empalideció y sintió un escalofrío en las sienes. Se sentó al filo de una especie de hornacina hundió la cabeza de ella entre los brazos de él, y empezó a respirar más lento. Lentamente abrió los ojos mirando los oscuros charcos y sintiendo el vaho a humedad que se desprendía de los gruesos muros. Se dio cuenta de la tela de araña que habían tejido sobre él, sin que sospechara lo más mínimo. En su mente comenzaron a conectarse todas las casualidades y pormenores a las que no había prestado atención. Todo coincidía y una sensación densa se apoderó de él una lógica distinta. ¡No había tesoros ni manuscritos encriptados! Todo había sido inventado para engañarlo y en su propia casa. Una ira incontenible lo invadió por instantes, en tanto que salvajes ideas se liaban a otros razonamientos cobraban forma en un macabro plan: ¡lo pagarían ambos! Pensó, si subía en ese momento, harían escarnio de él, su precariedad física no podría hacer nada contra el fornido moreno, y si se armaba un escándalo, sería el hazmerreír de la ciudad: él, el sabio de la villa.

Lentamente recuperó el aplomo, cerró el refugio, volvió a salir por la puerta del corral, ingresó por la puerta principal, hizo todo el bullicio de siempre, dando tiempo suficiente a los amantes a recuperar la compostura. Fue recibido en la salita de estar con un afecto inusual por su esposa y su generoso amigo, a quien abrazó emocionado.

Mientras desayunaban contóles sus novedades y peripecias en aquellos días de aventura por montes y chumes. Tabor se disculpó aludiendo a una cita y se despidió. Joaquín lo acompañó hasta el portal y lo invitó a cenar por la noche, le pidió que no falte ya que tenía importantes revelaciones que hacerle respecto a sus planes. Le contó detalladamente —como sólo él podía hacerlo—, sobre montes, cascadas, cavernas ocultas, antiguos reyes africanos y una sarta de leyendas e historias que había oído de los pobladores del lugar. Su entusiasmo vertiginoso contrastaba con el hastío que parecía dominar a Tabor. Éste mencionó que viajaría a Lima por negocios al terminar el mes. Joaquín no pareció preocuparse por la inesperada partida y menos el desenfadado y cínico compañero muzárabe.

Pasaron los días, Joaquín no salía casi de su casa y no cesaba de brindar gentilezas y conversar con su esposa sobre nimiedades cortesas. Estaba en medio de dos obsesiones: la irresolución de sus manuscritos y la traición de su mujer. Por primera vez en su vida estaba entre dos fuegos similares y disímiles. No le importaba Nadia, pero...

Metido otra vez en sus viejos papeles, anotaba y pensaba por horas, ensimismado. Recordaba las vidriosas y empinadas cascadas en aquella enseñada yerma, al lado de las montañas verdes. Aquellas marcas en las piedras que había copiado con un papel y unos carboncillos tenían algo en común con uno de sus manuscritos. Ya no dormía y apenas comía, metido en su estudio. Su amigo Tabor insistía en acompañarlo, pero sus insistencias eran tan suaves que acabó por no molestarlo. Le dijo que en tres días viajaría por negocios a Lima y le ofreció traerle algunas cosas que requiriera como el catalejo doble del que le había hablado; se despidió notando algo enfermo a Joaquín. Esa extraña carga de conciencia que con frecuencia tienes los inescrupulosos se manifestaba en aquella tibia compasión al verlo algo enfermo. Esa noche llovió, y Joaquín se durmió con la ventana abierta; sudaba mientras sus sueños cabalgaban...

Las cascadas caían hacia arriba y penetraban en una cueva umbrosa. Unos arcones mohosos estaban cubiertos por las plantas aéreas. Una sombra azulina bordaba de perlas fosforescentes, cuchillos de oro quebraban la sombra, una lluvia de ojos amarillos inundaba las rocas mullidas, una música absurda lo rodeaba y lo hacia

danzar, danzar hasta llegar a un abismo en el que caía, resbalaba, caía y finalmente, flotaba.

Un rayo cayó cerca y el estruendo lo despertó, convulsivo no podía hablar. Salió al balcón gritando incoherencias. Nadie le hizo caso. Una fiebre repentina le subió por el pecho hasta clavarse en sus sienas. Lo supo. Sabía lo que toda su vida presintió en sus visiones. Ya sabía qué hacer, dónde ir, y así lo haría.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Ordenó un baño de hierbabuena y retamas y se pasó varias horas en él. Se vistió con la elegancia de costumbre y salió a visitar a sus amigos de la villa. A todos anunciaba que haría un viaje largo al Reino, para hacer conocer a los reyes sus planes para explotar los salares de la cordillera. Al oírlo, todos aplaudieron su iniciativa y le hicieron múltiples encargos que él anotó escrupulosamente en un cuaderno forrado en piel de becerro. Conociendo como conocían a Joaquín, aquella nueva ocurrencia les pareció natural en un sujeto extravagante como él. En los días siguientes se hicieron los preparativos, se llenaron y vaciaron petacas. Joaquín se quedó sólo con dos sirvientes y les pidió que vivieran en el obraje y sólo vinieran a limpiar la casa dos veces al mes, e incluso una. Estaba seguro que tardaría en regresar un tiempo largo. Así avanzaron raudos los días que quedaban del mes. Su mujer estaba presa de melancolía; Tabor casi no los visitaba y no lo veía a solas. Lo notaba distante y distinto, y los nuevos planes de su marido la desazonaban al punto de vivir aquellos días entre jaquecas, calores e infusiones de tilo y lechuga. Apenas la reanimó la idea de la cena de despedida que harían a sus amigos; su marido le anunció que harían juntos el viaje con Tabor hasta Lima. Aquella noticia la reanimó ya que pensaba que en esas semanas de viaje, hallaría ocasión para disipar su dudas y solazarse en brazos de su amante. Como no hay plazo que no se cumpla ni sonrisa que no se apague, llegó la víspera del viaje y la cena de despedida; partirían al amanecer de aquel sábado. Todo había sido preparado con la escrupulosidad que ponía Joaquín en todo; las habitaciones habían sido cerradas y, luego de preparar la comida y la bebida, se irían los criados, excepto quienes atenderían la cena. A la cena acudieron las autoridades de la villa, los vecinos, sus amigos de siempre Ignacio Hernández y Paladio Viscarra, excepto el presbítero Almíbar Zoares, que pretextó una influenza. Abundó la comida y el

vino. Al bordear la medianoche empezaron a espaciarse los brindis y las bandurrias y, poco a poco, quedaron solos Joaquín, su esposa y Tabor; los sirvientes se marcharon con sus cosas y los regalos generosos de Joaquín.

—¡Hala! que venga el último brindis... que un viaje largo nos espera —dijo mientras llenaba las tres copas y las ofrecía a sus somnolientos acompañantes. Las horas que los separaban del amanecer estuvieron acompañadas de rayos y truenos, tormenta y garúa.

Apenas despuntaba el sol por los senos del Hillemana, un tílburí tirado por cuatro mulas, en el que se podían ver entre visillos tres siluetas oscuras, dos caballos, con varias acémilas cargadas con grandes bultos, se alejaba por el lado de Coscochaca hacia las rutas del lago. Al voltear la esquina de la calleja del río Panteón, Paladio Viscarra que había continuado la velada en la taberna de Paniagua, alcanzó a ver a su amigo Joaquín que le sacaba una mano en señal de despedida —las otras dos sombras ni se movieron. Respondió efusivo el gesto mientras se perdía en el camino el polvo de la caravana. Invaso por una repentina nostalgia volvió a la taberna para tranquilizar su alma sentimental que presentía que no vería más a su querido amigo. La villa volvió a su agitada paz y a su compleja rutina; pasaron helados inviernos y gratos veranos hasta colmar varios años.

Quien viera a este malhombre en un caserío cercano a los arrabales de negros, cerca a Coripata, conchabado con tres negras y con un traje ridículo de emperador africano, no lo imaginaría como ser humano, pero lo era. Estaba sumergido en una gran cabaña construida de cañas y techada con hojas de plátano y palmeras yungueñas. El sol entraba por los intersticios como cuchillos amarillos en cuyo interior flotaban minúsculas partículas de polvo. Habían varios comensales en una mesa curva, rústica, como si simplemente hubieran tumbado un gran árbol y lo curvaron en un acto mágico. No tenía nombre, perdón se hacía llamar "rey Bonifacio". Estaba en la esquina del fondo, echado sobre almohadones y sacos de fruta. Usaba un casco de plata encumbrado en hermosísimas plumas multicolores verdiperladas y bermellones. Una melena enmarañada le caía por los hombros, cubriendo parte de una chaquetilla

oriflama , bordada con hilos de Milán y brocados infinitos. Sus amplias mangas de lienzo blanco le ajustaban los guantes amarillentos. Barbado y fumando un calumet egipcio, fumaba rodeándose de inmensas columnas de humo blanco. Sus mujeres lo acariciaban simultáneamente en forma libidinosa. Él parecía ignorarlas y sus ojos miraban hacia un infinito lejano que, pese al adormecimiento, lo inquietaba. Eso no le importaba a este enfistolado y cariamable baco.

Uno de sus allegados empezó a tocar con sus dedos rústicos de palmas amarillentas y callos, un timbal de cuero de gacela. Al instante tremolaron varios cuerpos en una danza incomprensible. El mismo Bonifacio se irguió en una posición histriónica mirando el tumbado inexistente, y saltó de su lecho y espantó a sus hembras. Llevaba un extraño pollerín de miriñaque, ornado con bordados fabulosos con volutas iridiscentes e incendiadas que recordaban lagartos, peces y aves del paraíso. Los bieses estaban perlados todos y ese conjunto de perlas netas al moverse, matracaban un ronroneo que destemplaba los dientes. Sus calzas rematadas en unas sandalias de cuero de cerdo. se movían con aquellas piernas que seguían el movimiento del danzante. Palmadas y aullidos acompañaban la coreografía demonil. ¡Asmodeo le hubiera envidiado tal cortejo y tales compañías! En un momento orgásmico de la danza, extrajo de sus alforzas monedas de oro y plata y las lanzó como una ofrenda a sus agasajados.

¿Quién era ese hombre extraño? Quemado al sol yunqueño hasta parecer casi un mulato o un moreno, como se quiera ver.

En el pueblo, situado a diez leguas de las cabañas de Bonifacio, existían varias versiones sobre aquel hombre extraño. La mojigatería de aquel pueblo de cocaleros y tabaqueros se agitaba al beber en las tardes licores de caña y de piña que preparaban en sus alambiques domésticos. Una de las versiones más creíbles lo identificaban con aquel taciturno caballero que llegara hace cosa de diez años con cuatro mulas con avíos, dos caballos y herramientas de minero. Pasó dos semanas intentando reclutar porteadores para una expedición a la selva profunda del noroeste. Nadie le creyó sus fábulas de

¹⁴⁵ Combinación de dorado y rojo encarnado.

¹⁴⁶ Trozos de tela cortados en sesgo respecto al hilo, que se aplica a los bordes de prendas de vestir.
Demonio de la lujuria a quien suponen de raza negra y con orejas de conejo.

minas y tesoros y le tomaron por chalado. Compró un hato de negros a un hacendado en apuros y se perdió en las colinas verdes sin que jamás se lo viera otra vez. Decían que era él mismo, pero ¿acaso el nácar puede trocar en ébano, así de fácil?, además, nadie podría haberse atrevido a jurarlo.

Allá en la villa del nevado Hillemana el solar de Joaquín ya estaba en ruinas. Su abandono le permitió ser saqueado de a poco; en el primer verano fueron las manzanas que caían en el huerto. Después visitantes y rondadores la habían desvestido por dentro y por fuera; ya no tenía ni puertas ni ventanas. La ausencia prolongada de los esposos fue justificada a la buena fortuna que tuvieron en Vigo de donde fueron sus abuelos. Las malas lenguas afirmaban sin recato que Joaquín tenían una casa de citas en Cádiz, y precisaban en el barrio judío. De Tabor decían que comerciaba con espejos y plata clandestina en los puertos del sur y otras sandeces. Poco a poco la imaginación morbosa urdió fantasías para otras novedades, y pasó el tiempo por lo que se refería a los Rumbera y Balero. Pasaron alzamientos de indios, revoluciones y convulsiones políticas. La casa deshabitada, se deterioró y, salvo algunos perros vagabundos o ladronzuelos, nadie había habitado el deteriorado solar. La malicia popular lo conocía como "el solar de dos maridos".

Paladio Viscarra e Ignacio Hernández, ya con los primeros achaques de la vejez, aún malquistados por el olvido de su amigo del alma, solían entrar en la casona abandonada recordando los años de frenética juventud vivida con Joaquín.

— ¿Os acordáis del majo Rubero?

— ¿Aquel platero que nos fabricó las primeras espuelas?, Paladio...

— Pues claro, hombre, si fue Joaquín quien se las sacó sin que se diera cuenta...

— Era tan miope el pobre que caminábamos junto a él y no las veía.

— Pero, las reconocía por el ruido, ¿recordáis como nos corría con su sayal bandando al aire?

— Vamos , hombre, no sigáis... ¡eh! mirad aquel extraño tubo de chimenea en el tejado... allá por donde entran esas palomas... no recuerdo que tuviera hogar en el patio del fondo ¡que raro!, ¿verdad?

— Vayamos a ver qué es...

Por el espacio dejado se oían ruidos extraños, jadeos, gemidos. Buscaron a donde daba aquella ridícula chimenea y ubicaron un subterráneo medio anegado, detrás de las vacías bodegas..

—¡Joder! este Joaquín construyó el refugio que le dijimos...

—Y el ruido raro sólo eran esas ranas saltando en el charco hediondo...

—Basta de tonterías, hombre, ¡salgamos!

Iban a salir cuando una voz conocida aunque extraña los llama desde el fondo de la cava...

—¡Ignacio! ¡Paladio! no os vayáis mis queridos amigos...

Extrañados, penetran los hombres con desconfianza en aquel cubículo. Una sombra verdosa y fosforescente, con una cruz en el cuello y tocada con un extraño sombrero les hablaba:

—Sé que me queréis bien y que me habéis extrañado, les pido perdón por haberme ido de tal modo, pero las circunstancias así lo ameritaban.

— ¿Quién sois y qué hacéis acá? —dice Ignacio.

—Inacio, mi fiel Inacio, ¿no me reconocéis?

—Pero, ¿qué es esto? —pregunta Paladio

—Sólo os pido unos minutos de oírme y una vida para olvidarme. Voy a contaros aquello que a nadie dije, pero que sigue cargándome como tarasca... Sólo oídme.

En el salón donde di la despedida al final sólo quedamos los tres: Nadia, Tabor y yo; los sirvientes los había despedido la mañana de esa noche. Los atosigados quinqués iluminaban la mesa del comedor. Nos mirábamos los tres, digo mal, me miraban los dos mientras dormitaba sobre la mesa. Me hice al dormido y debido al polvo que puse en nuestro último brindis, su morriña los venció y quedaron los dos dormidos en sus sillas. Los lié con arreos de mulas a sus sillas y los cargué en mis espaldas hasta este lugar. ¿Veis esa hornacina? Aquella que sobresale al fondo... me pregunto si seguirán ahí... Tabor cupió cómodamente en el lugar, a ella para que cupiera tuve que empujar su cabeza y alojarla bajo su axila, así manillados, clavados a la pared se veían ridículos,

¡parecían dos patéticas marionetas! Tenía preparado los adobes, y, alumbrado por dos antorchas, preparé el mortero con mucha paciencia, y empecé a poner uno a uno, delicadamente apoyados sobre el mortero. Luego preparé la cal con la que afiné el muro. Pasé un rato allí con los oídos pegados a la joven pared, de pronto oí farfullar desesperado al moro y sonreí. Puse los dos maniquís dentro la carroza como si fueran pasajeros, yo mismo entré y me quedé dormido por poco tiempo. Al despuntar el alba subí al pescante y luego de una vuelta por la plaza cercana, me perdí en la oscuridad. De seguro que varios vecinos nos vieron partiendo a los tres. Aquí han pasado varios años estos desdichados, ¡malhaya su suerte gitana! , ja, ja, ja, ja..., sonó una carcajada estrepitosa. Los hombres pensaron atribuirle al coraque barato la alucinación.

La risa parecía alejarse y los vejetes reaccionaron lentamente. Al rato volvieron al lugar acompañados con varios lugareños. En pocos minutos tumbaron el muro con palas y picos. Al descubrir el muro vieron un espectáculo macabro: dos esqueletos tratando de abrazarse entre cadenas. Otro esqueleto sentado en una silla parecía petrificado en medio de una carcajada; era el más extraño, parecía haberse muerto riendo, llevaba una extraña corona, a modo de casco con restos de plumas y una chaquetilla de perlas. Prefirieron no comentar los detalles a los pobladores, metieron los huesos en una bolsa de arpillera y tapiaron el subterráneo. Luego de muchos años, cuando ya no quedaban muros y era menester ensanchar las calles, los obreros encontraron los huesos, los tiraron al río y, mientras intentaban flotar algunos, los otros se precipitaron al fondo, mezclándose con polvos de oro e inmundicias.

Flor concebida

Doña Toribia Vallejo de Ampuero y Belén era el ser menos solitario que he conocido, sin embargo, hacía varios años que no veía a nadie, ni siquiera su propia imagen reflejada. Tal tautología sólo puede ser expuesta en este tipo de fablas cuyo interés es cualquiera menos aproximarse a la precaria realidad que nos rodea. La verdad es que su vida tan simple llegó a reducirse incluso más en los últimos años que acompañaron su ámbito de vida. Había abandonado sus paseos cortos por el jardincito del tercer patio y el cuidado de sus bienamadas flores. Ellas sintieron una natural transformación en un modo de ser muy cercano a ellas.

Sus cerafolios, crisantemos, heliotropos, peonías, pipirigallos y otras especies que había logrado crear combinándolas con extrema paciencia padecían de melancolía. Hasta hace poco las alimentaba a unas y otras, hablándoles en diferentes tonalidades de voz. Había logrado insólitos injertos que habían dado lugar a exóticos colores, iridiscentes pétalos, cálices en forma de manos o serpientes, variedades fabulosas de sépalos y pistilos que por sí mismos eran jardines microscópicos. Había hermafroditizado sus nuevas flores y las bautizaba con nombres extraños: *cotoperiz*, *marañuela*, *sanseviere* u *ojiacantos*. Sus pequeños y fabulosos invernaderos parecían las sentinas vegetales del arca de Noé o las visiones de Virgilio en el paraíso dantesco.

Por esos días de mediados de otoño ya empezaban a secarse algunas flores, entre ellas las hediondillas y las *quiswaras*, que habían abierto un espacio anfibio cerca a los nenúfares y las algas de las acequias, que rezumaban por el borde del muro del fondo. Podría parecer un acoso tardío, pero para doña Toribia cualquier afecto o resentimiento era natural en su universo vegetal. Ella había alterado su visión **del mundo**: el firmamento real eran sus flores y el resto de seres, incluyendo el cielo, el polvo, los vientos o la lluvia eran seres secundarios. Había logrado tal comunicación con ellas que se disculpaba por comunicarse hablándoles o cantándoles cuando lo natural hubiese sido el silencio poblado de rumores de la tierra. Tal era su lucidez o su locura, pero ya no abandonaba por ningún motivo sus cuitas solitarias tras las cortinas grises y rasgadas

de su habitación. El zaguán interno estaba tapiado y la única conexión con el resto de la casa era una bandeja matutina de parques alimentos: una escudilla de caldo, dos celemines de avena y alguna fruta de época; jamás faltaba un enjalme de candelas de cebo. No pedía más. Su cuerpo se había habituado a ello y, por veces, ni eso comía. Su catre era un mueble rústico, completamente desvencijado, ajustado con talabartes que alguna vez pertenecieran a su vacío arcón. Un hoyo cavado en el rincón apenumbado era su letrina y la fuente de sus abonos. Un par de sillas, una cómoda de amplios cajones, casi vacía; el único lugar humano de su hábitat era una imagen de la virgen Concebida, detentes y viejísimos y descoloridos escapularios. Dos velas infaltables ardían como guardianes de luz que daban una opacidad cálida al cuarto. Sus primeros años de voluntaria reclusión pasaba rezando interminables rosarios, novenas, siempre atenta a los esquilones, redobles, angelus y otros doblares de campanas que oía del beaterío de las recogidas, cercano a su precario entorno. Cuando no cuidaba sus plantas, rezaba, cuando no rezaba se atormentaba recordando su infancia, desde su prematura y lánguida ancianidad tan cercana a ésta. No había nada en su mundo que se relacionara con esa porción situada entre sus dieciocho y los treinta años y aquel sucio y desarrapado hábito de concebida en el que guardaba su rosario de ébanos y nácares. Como deseando expiar sus "culpas" imaginaba penitencias crueles, que cumplía con creces. Un latiguillo tejido con bulas servía para añadirles severidad a sus rituales expiatorios. Su compensación y su premio era el aspirar el aroma de sus flores.

Toribia y sus flores tenían una curiosa relación de intercomunicación plena, a ellas se quejaba y ellas la escuchaban sin aburrirse y la consolaban sin hipocresía ni mohines, hablaban en todos los tonos, reían, hacían jerigonzas y, a veces, se miraban calladas las unas a las otras, como si ella fuere la tierra y ellas su fertilidad callada. Así barruntaba con ellas sus recuerdos, los mezclaba con sus fantasías florales y las estrías que dejaba en el añoso árbol de su patio. Creía aletargar sus antiguos pecados de omisión e ignoraba el sucio papel enmohecido que estaba detrás del espejo. Era una carta del arzobispo anulando la excomunión que pesaba sobre ella, que había llegado tarde, muy tarde, cuando ella ya no pertenecía a este mundo. El encierro al que se había condenado

era parte de ello. No se lo perdonaba, pero, lo que en el fondo no se perdonaba era el no haber sido capaz de dejarse atrapar por la pasión.

Su padres había muerto y ella era la única heredera de la amplia casona, su bosquecillo de eucaliptos, muchos muebles de lujo, réditos de encomienda y otros bienes. Su sirvienta Paca era quien cuidaba de ella, o más bien, quien le soportaba sus excentricidades y desvaríos. No le costaba mucho y ya era casi dueña de todo y lo gozaba. Vestía como señora y había traído a la casa a vivir a su concubino. Disponían de los esclavos negros y los siervos a su antojo. Se decía la mayordoma de su ama y como tal la aceptaban en la villa. Los vecinos conocían de las penurias de su señora y consideraban lógica la presencia y hasta el abuso de la mujer. Había optado por recluirla y nada añoraba tanto como su muerte. Cuando la invadía la melancolía repetía como una invocación recurrente su precaria biografía, con la esperanza de no agobiar a sus flores, y no las agobiaba dada su infinita paciencia:

— Debí tener entre catorce a quince años y mis padres y los de muchas niñas de la villa, antes y ahora, decidían por nosotras nuestras vidas. Pensaban que la única manera de huir de las tentaciones de este mundo era una vida sosegada, dedicada a menesteres espirituales. Tal era la ingenuidad o la velada falta de apego a sus hijas que, como yo, eran un perjuicio para el arreglo de un buen matrimonio. Mi padre, boticario de prestigio, había enviudado de mi madre hacía tres años. Su exagerada dedicación al oficio y las dudas que le había introducido con astucia una tía lejana sobre la autenticidad de su paternidad habían carcomido su poca fe en todo. Con melindres serviles acentuaba mi parecido con mi madre y ocultaba sus rasgos en mí. El intenso astigmatismo de mi padre y su deteriorada imaginación hicieron el resto. Volvióse adusto conmigo y jamás percibió mi carácter y personalidad tan parecidos a él. La celestina le hablaba de una amiga suya, que había conocido hacía unos meses en el señorío de Potosí. Dama soltera y cuarentona con pocos encantos y muchos arcaces¹⁴ con sedas y platería, deseosa de un marido que la llevara del brazo y la paseara por los salones. La dama llegaría en dos semanas. Era el momento oportuno para refrescar mi

Arcones, petacas.

vocación religiosa. Así ingresé como novicia en el convento de las monjas concebidas. Mi vida cambió poco, yo diría que para bien, ya que no estaba sola, varias doncellas como yo compartían conflictos de soledad y abandono.

Aquellos muros gruesos y apenumbados eran una cárcel inexorable. Las monjas recibían generosas donaciones de nuestras familias, pero cuán poco de aquello llegaba a nosotras. Nuestra vida era abacial, lechos de abobe con colchones de paja, hábitos de fustán y sandalias eternas. La disciplina era estricta, desayunábamos al amanecer con el esquilón de la capilla y durante la mañana cumplíamos los menesteres domésticos de limpieza, lavado y zurcido. Antes del mediodía completábamos un rosario completo, antes de dirigirnos al refectorio, donde comíamos una escudilla de sopa, con algo de verduras, un medio bodigo y un vaso de agua. Luego de la colación, las monjas se retiraban a orar (dormir la siesta) hasta las cuatro, dejándonos en nuestras celdas la tarea de leer el catecismo. Esa era la única hora que podíamos, algunas de nosotras, evadirnos del riguroso control para vagar por los jardines, el huerto y los corrales. Zoila, Mercedes y yo nos hicimos inseparables. Hallamos tantas cosas en los rincones olvidados: arcones deshechos, un confesionario desarmado, restos de telas raídas, huesos, sí, huesos de fetos que parecían muñequitos de palo que tratábamos de armar, macuquinas a veces y casi siempre guijarros brillantes y de colores. Los lanzábamos al tejado del pabellón de las monjas, gustábamos de verlas salir iracundas a las ventanas, tratando de averiguar de donde provenían esos pedruscos. Aquellas travesuras nos llenaba de pícara alegría. Cuánto pueden llenarnos las pequeñas cosas cuando las almas están ávidas de la más ínfima alegría. Un día de esos, supe que mi padre se había casado con gran pompa y que se iba de la villa, dejando mi custodia a la Superiora.

El tiempo pasó y nuestra naciente juventud dio paso a mayores inquietudes, poco nos convencía el precario futuro que se nos ofrecía. Llegó el momento en que debíamos tomar los hábitos, y empezó un periodo de preparativos, ayunos, inacabables rosarios y otros rituales extraños. El obispo llegaría para la fiesta de la virgen del Carmen y era él el encargado de convertirnos en esposas de Cristo y aquel inefable privilegio no nos

¹⁴ Antiguas monedas cortadas de oro o plata, que corrieron hasta mediados del siglo XIX.

emocionaba lo suficiente. Algunas lo dejábamos ver a través de la melancolía, otras en el llanto oculto, pero ninguna lo expresaba abiertamente. Estábamos resignadas y hasta escogimos el nombre que tomaríamos en la ceremonia próxima.

Algo pasó y el obispo no pudo llegar a la ciudad debido a un accidente con su mula y estaba convaleciendo con los cuidados de un experto **algebrista** de Tambillo. Pensamos que nos libramos por un tiempo, pero finalmente la ceremonia fue realizada por el canónigo Anastasio Fernández, secretario del obispo. Los hábitos y las sandalias nuevos, los rosarios que llegaron en sendas cajuelas de madera, el corte de cabellos, el baño de purificación, la ceremonia en la capilla, acompañada de música sacra y coros. Era una combinación de primera comunión y matrimonio, sin padrinos ni novios, muy linda de no ser nosotras parte del ofertorio. Con nosotras llegamos a ser treinta y dos monjas incluyendo la superiora. Realmente la vida se hizo más insufrible, ya no teníamos los pequeños recovecos de intimidad y juego de cuando éramos novicias. Eran mayores la disciplina, el trabajo, más largos los retiros, más graves los cánticos y los rezos sabían a lamentaciones reales. Cabía pensar en qué tipo de pesadillas tuvo quien diseñara esta vida de servidumbre espiritual, esclavitud moral y tortura física con el pretexto de servir a un dios tan generoso y lleno de amor como Nuestro Señor Jesucristo. Uno de los pocos sitios de libertad eran el jardín y la cocina, yo opté por el primero. Sor Petra, una anciana de noventa y dos años que ya no recordaba su nombre de mujer, me inició en aquel oficio de jardinera. Con paciencia infinita me hacía sentir la diferencia de aroma entre una rosa damascena y una rosa de Alejandría, yo cerraba los ojos y las reconocía por el aroma. Recuerdo su sonrisa clara y fresca. A ella le debo tanto y a ella van mis oraciones hasta hoy.

La rutina cotidiana y las fiestas de guardar nos asimilaron plenamente a la vida conventual. Ya éramos piezas del beaterio, incluso ya empezábamos a pensar como las monjas mayores con relación a las novicias que llegaban. Pasaban las semanas y los meses con lentitud de miel y con cadencia de oboe. Ya perdí la cuenta, algunas hermanas decían que varios años, otras mencionaban décadas, pero ¿cómo puede

¹⁰ Llamábase así a los antiguos *hueseros* o componedores de huesos.

contarse el tiempo de igual manera para todos? Sin que lo hubiéramos percibido la rutina nos devoraba, añadía una telaraña más a nuestros hábitos y desgastaba nuestros rosarios de cuentas negras. Ya éramos parte de la materia densa con que transcurría el tiempo, pero de una forma casual y súbita ocurrió un acontecimiento que cambió nuestras vidas.

Éramos monjas de claustro y nuestras celdas quedaban aisladas y daban al refectorio de la capilla, pero, un domingo en la misa de once, desde nuestra claraboya, en el ala derecha de la iglesia de las nazarenas quebrada por los gorriones, vimos un grupo de jóvenes hincados esperando por la comunión: eran tres novilleros (después supe que se trataba de Antonio Chavarría, el Philinco; Néstor Palazuelos, el Majuelo y Juan Ferrer, el Macareno). Junto a ellos estaban cinco banderilleros y otros mozos de estoque. Todos estaban vestidos en traje de luces y faena; el brillo y las lentejuelas bordadas parecían bordadas en su piel; el sudor y las perlillas que aparecían por los bordes parecían de la misma naturaleza sensual. Aquellos miembros móviles ornados de bellos colores parecían un sueño, una mágica pesadilla con la que siempre soñamos sin precisar sus formas, su olor o su tacto. Los mozos habían llegado para la novillada organizaba por el arzobispo Curro de Ibáñez. Quienes lo conocieron de joven afirman que aquel aquilino hombre de Dios fue un majo y audaz torero en su juventud. Las preces y la vida eclesial no habían disminuido su ímpetu juvenil y, al contrario, se preciaba de organizar tales espectáculos non santos, combinándolos con fiestas de guardar. Imponía su entusiasmo a sus allegados y no le importaba quebrar reglas si ello necesitaba para la realización de sus fiestas bravías. El arzobispo había preparado para después de la misa, previa a la jornada de la tarde, una comida en el Cabildo. Dio la casualidad que los mozos a quienes se encargara la atención del ágape, desaparecieran con el generoso adelanto concedido. El prelado pidió ayuda a la superiora de las Concebidas, para que las monjas atendieran a los invitados, sirviendo la comida. Ante la negativa de la superiora, por tener voto de reclusión, redactó inmediatamente un auto de excepción y entrególo a la superiora, allanando cualquier conflicto de administración eclesial. No hubo más remedio que acatar su orden y así fue. Para nosotras fue el cielo y el infierno juntos: primero, el escudriñar a los apuestos mozos taurinos en la iglesia y

luego poder verles de cerca y hasta tocarles, sin querer, al servir los platos preparados, y, por si fuera poco, compartir con ellos la bendición de la mesa y la colación. Para los más, aquello no pasó de una anécdota, pero no sé de qué manera, en todo el monjerío en que vivíamos empezaron a haber desde esa tarde agitaciones extrañas y calores impropios de nuestra casta condición.

Los mozos estaban alojados en el solar de don Pedro de Ibáñez, cerca de la calle de los mercaderes. Oíamos en letanía sus voces y cantos nocturnos desde nuestros lechos, sentíamos cómo pasaban por el muro externo de nuestro beaterío. Llegó en las patas de una paloma torcaz de cuello blanco un mensaje en octavilla que decía: "A ti mujer de bellos ojos, por cuyo brillo imagino un cuerpo bello y un alma insondable, a ti te amo y te llevaré conmigo allí donde los manantiales son de plata y los besos de oro." Cada una de nosotras soñaba con ser la escogida por aquel poeta anónimo, y ninguna comentaba nada.

Durante la semana conocimos los martirios de san Bartolomé traducidos a una densa espera de nada. Las cenefas de ganchillo que tejíamos para el altar menor de la capilla, salieron hechas una chapucería. Y todo, ¿para qué?, para nada. Los mozos se habían ido de la villa tres días después de la cena y nadie sabía de ellos, así me lo dijo Moisés, el jardinero del padre Ismael. Algo diferente a la paciencia y la sumisión se había desatado en nuestras almas y, en lugar de mitigarse, crecía con una densidad que nos traía calores nocturnales y sueños húmedos que no podíamos controlar. Divagábamos en aquella ensoñación conjunta, confundiendo comuniones con la evocación de roces y hasta las miradas lacónicas de los santos parecían traer un mensaje sensual en sus miradas. Llegamos a confundir los rezos cotidianos con una confesión velada de nuestra pasión colectiva.

Al mes del grato e inusual incidente, cuando salíamos de nuestra capilla, oímos un doblar de campanas en las Nazarenas, volvimos las miradas al portón de entrada y vimos que estaba abierto de par y por él intentaba ingresar la carreta de avíos. Todo fue uno: alguien empezó a correr hacia la puerta de entrada, tirando la cofia y el velo, todas a su momento la imitamos y en instantes estábamos corriendo, despeinadas hacia la

plaza de san Francisco. Allí nos dispersamos cada una por su lado. Los transeúntes nos miraban con estupefacción y asombro:

—¡Las monjas están fugándose!, —alguien dijo.

Y no faltaron almas ni puertas que se abrieran en espera de las fugitivas. Hubo un escándalo tamaño cielo, pero la superiora no logró hallar a ninguna de las monjas. La canonjía de la villa dio por concluido el problema con una excomuni3n colectiva a las monjas huidizas. Así termin3 oficialmente el lío, pero, para varias de nosotras, apenas comenzaba. Las más encontraron concubinos con quienes arrimarse y fueron mujeres corrientes, aunque más diligentes. Se dice que tres se suicidaron lanzándose al río Choqueyapu y que las aguas las arrastraron hasta Wajchilla, donde las enterraron como santas aparecidas. Sólo yo volví a mi casa, habitada por mi anciana aya, su sobrina y mis sirvientes. Ella había asumido su administraci3n y al ver mi presencia creyó ver un obstáculo a sus ambiciones. La calmé diciendo que la casa sería de ellas, pero que me cediera las habitaciones al fondo de la casona, junto al jardincillo. Allí donde me encuentro desde hace años. ¿Cuántos? No me importa. Pedí a las mujeres que me cuidaban que cubrieran con un muro mi estrecha residencia y que sólo dejaran instrucciones de servirme con lo mínimo.

Aquí me encuentro desde entonces, pagando un crimen que no cometí: desear el amor de un hombre, ver sus ojos, acariciar su cuerpo. Habitada al encierro, no tuve el valor de salir a las calles y me quedé en un encierro aún más cruel del que huí por que éste era voluntario. Muchos no lo entienden, yo tampoco, pero es así.

Debo a mis flores mi alegría, a estas amapolas que parece que me besaran si las besara, estas tiernas azaleas, siempre tan recatadas (se cerraron un poco al oír aquello), estas margaritas silvestres tan alegres y juguetonas que tiemblan en mis dedos como si quisieran deshacerse de sus pétalos. No fui capaz de vivir ni de morir, de qué entonces puedo ser capaz sino de desbaratar el tiempo, de exacerbarlo con mi locura, de tragarme su lógica y digerir un abono que alimenta mi propio paraíso conventual, con flores tan presas y tan dementes ¡como yo!

Así fueron sus monólogos durante años, pero poco a poco ya eran diálogos de aromas y perfumes, de caricias, soplidos. Al morir las flores, eran arrancadas, secadas y combinadas con el eventual abono. Un día dejó de ser mujer, monja, ser humano y simplemente fue planta, raíz, tallos, pistilo, estambres y flores. Cuando los nuevos dueños de la casa voltearon el muro que rodeaba ese patio extraño y la desatinada vegetación concentrada que emergía por sus muros. No hallaron rastro de nadie sólo un tupida maraña de plantas abigarradas ornadas con flores extrañas, que parecían cubrirse los pétalos al sentir el viento helado y pertinaz que llegaba desde la cumbre.

Una visita inesperada

Habían transcurrido tres días desde aquel viernes en que Severino había cumplido cincuenta y cinco años. Su mirada perdida en el horizonte, aquellos ojos débiles llenos de venas quebradas y legañas amarillas, intentaban ver, sin insistencia, aquel atardecer violáceo que sepultaba la incandescencia del ocaso. Ninguna batalla transitaba ya por su rostro añejado, asperjado por una barba gris muy descuidada. Por las arrugas profundas e irregulares de la frente transitaba una ansiedad clandestina y cachazuda. Sus manos, una sobre la otra, tomaban con firmeza el caduceo . Sus descuidadas faltriqueras¹ estaban semicubiertas por un bello guadamací que pendía de su talabarte¹ . Estaba ornado por figuras coloreadas de viejos patriarcas incaicos y sirenas. No reconocía a nadie, o al menos eso creíamos todos. Sus labios velados por el recio bigote dejaban escapar cierto soplo que a ratos parecían susurros. Pero no, hacía tiempo que nadie escuchaba palabra alguna de él. De mañana sirvientes lo sacaban al mismo lugar y su fiel aya lo alimentaba frugalmente. Durante el día permanecía sentado sobre aquella silla mecedora de mimbres en la puerta de su viejo bazar. Parecía un maniquí sin poses, oteando a los pasantes. Quien no lo conoció en sus gallardías y socaliñas , podría confundirlo con un patriarca tallado en magüey. Nadie imaginaba que aun en ese estado vería pasar todavía muchos inviernos y cortejos fúnebres, pese a la grave apoplejía que le acosaba.

Por ratos, retazos de su infancia goteaban a su menguada memoria como miel que atrae a las moscas...

—¡Niño! ¡cata el lobo dó va! —gritaban otros chavales mofándose de él y haciéndole trebejas a su alrededor.

—¡Que es un jerifalte! ¡del Lazareto, seguro! —se burlaban con crueldad.

¹⁵¹ Vara delgada, lisa y cilíndrica, rodeada de dos culebras, atributo de Mercurio, considerada símbolo de la paz, y hoy suele emplearse como símbolo del comercio; por extensión y símbolo al bastón que usa el personaje.

¹⁵² Bolsillos de las prendas de vestir.

¹ Cuero adobado y adornado con dibujos de pintura o relieve.

^{***} Pretina o cinturón, ordinariamente de cuero.

¹⁵⁵ Ardides o artificios con que se saca a uno lo que no está obligado a dar.

¹⁵⁶ Travesuras, juegos.

Jefe respetado de tribus árabes.

—Y ¡llora el echadizo !—Le echaron adrede los rapaces una escudilla oxidada llena de orines y se marcharon bulliciosos rumbo al bosquecillo de Canizares, como si nada hubiera pasado. El chiquillo se puso a gimotear junto a un vallado.

Ese lunes era húmedo y el granizo se mantenía en los rincones. Los charcos congelados abundaban por las callejas de tierra. Un poco más arriba, al ingresar en la calle de los mercaderes, en la parte de arriba del segundo portón se veía un vitral con hermosas flores amarillas y ramas de tono siena; se oían los sonidos metálicos de candados y cadenas, el bazar estaba a punto de abrirse. Severino Cusicanqui era el mercader más rico de las tres largas cuadras donde estaban asentados los más acaudalados comerciantes de la villa. Era imposible no hallar algo, así sea un objeto exótico, en sus vitrinas y arcones. Tenía toda la variedad de géneros, sedas, paños, mantas, terlices, guantes, peinetas, perfumes; traía espadas, crisoles, imanes, arcabuces, instrumentos musicales, armaduras, escarcelas, bracerillos, plumas de ganso, adornos, escardillas , agujas, mapas, papeles de arroz, hilos, xilografías de culto y otras non sanctas, ropa de caja , herramientas para todos los oficios, objetos de culto, para el trabajo de la tierra, etc. Lo que no tenía, lo conseguía, así fuere de segunda o tercera mano. Compraba objetos usados y revendía obras de arte y culto, llegaban a él últimas ediciones de los libros de poetas y escritores peninsulares. Además de lo insólito, siempre ofrecía una charla entretenida, ya que recibía de sus proveedores toda clase de noticias frescas de esta intendencia y de los virreinos. A esta breve biografía fragmentada con sabor a inventario, sólo cabe añadir que Severino era el principal prestamista y el más hábil jugador de ajedrez de la villa y sus alrededores. Conocía todos los apuros, problemas y tejemanejes de todos los habitantes. Eso sí, tenía la virtud de la prudencia y sabía conservar secretos —siempre que cobrara por ellos los réditos adecuados. Jamás hizo escarnio de nadie, no se dejaba llevar por afectos o desafectos, para él todo ello era negocio, nada más, nada menos. Sus libros diarios y mayores eran

¹ Con disimulo y arte.

¹⁵⁹ Azadilla de boca estrecha y mango corto.

¹⁶⁰ Llamábase así a la ropa y otros artículos que llegaban de España vía Panamá o el puerto del río La Plata justamente en cajas o arcones.

llenados con pulcra caligrafía y guardados en aquella urna de caoba que guardaba desde hacía tantos años. Hombre callado y de mirada penetrante —no pasaba los treinta años por aquel entonces—, pero no se le conocía nadie que le hiciera compañía permanente. Sólo lo acompañaban en su pequeña casa, ubicada en la parte trasera del bazar: la mayordoma negra, dos mozos de acarreo y mândacios y su pequeña hija ciega.

Entre corrillos de leguleyos y en los círculos de conversaciones baladíes o en los charles de plaza o taberna, se intentaba armar un pasado a este personaje ciudadano. En esos medios, antes que los datos o documentos precisos, vagaba la imaginación morbosa y los chismes. Unos lo hacían nieto del arzobispo, otros decían haberlo conocido como un niño de la calle, otros lo relacionaban con el levantamiento del intendente de Arequipa o con los galeotes perdidos en Moquegua; en fin, se hablaba de todo, pero poco había de cierto o coherente, al punto que la morbosidad pública perdía imaginación en este tema, especialmente porque a pocos les convenía tener pendencias con este sujeto.

Severino era el más pertinaz cuando se trataba de apretar clavijas o de soltar las cuerdas si se trataba de alguna transacción favorable. De una forma u otra los notables y los inmutables ciudadanos estaban obligados a rendirle pleitesía o respeto o, al menos, temor, debido a que sus negocios dependían de su trato con él. Le visitaban modistillas, tejedores, alfareros, alfayates y villanos, no discriminaba a nadie por su origen, estado o procedencia. No eran pocos los forasteros extraños que llegaban embozados de todas las entradas de la villa trayendo fardes aparatosos que eran descargados en sus patios. Nadie fue capaz de indagar cómo consiguió involucrar los intereses de los principales de la villa, pero no era difícil. Su fórmula era simple, no se le escapaba ningún detalle a sus ojos; miraba más allá de la apariencia y oía más de lo que escuchaba. Sabidor de las debilidades de los humanos, tentaba con sendos monederos la fidelidad de los empleados de confianza de aquellos con quienes trataba sus comercios. Se adelantaba a las quiebras y sabía cuándo ceder y cuando apretar; no le costaba perder minucias sabiendo que éstas le redituaban ganancias. Invertía en amistades, consolidaba alianzas y tratos, nada era poca cosa ni demasiado grande para él. Apenas miraba algo o a alguien, ya mesuraba sus finanzas, y repito, era un comerciante nato, aquél para quien el dinero sólo era un medio

maleable, su finalidad nadie conocía. Hombre de códigos rígidos, descreía de los tramposos, de los estafadores, cuando alguno de éstos se le cruzaba, con seguridad que con él perdería la soga, la cabra y el cabrero.

En el único territorio en el que sus detractores y deudores —que eran siempre los mismos— podían regodear su patanería era en los saraos y recepciones sociales, a las que Severino asistía ahora menos que antes. Su bastardía y precaria infancia eran objeto de la maldad y el escarnio de sus serviles prestatarios. Se contaba las más variadas historias y sandeces sobre sus padres o el origen de su fortuna y sus manejos financieros, cada una más disparatada que la otra. Cuando el hombre concurría a alguna fiesta siempre le hallaban sus anfitriones mirando por los balcones las penumbras de las vías. Eran las calles terrosas y los baldíos en los que dejaba divagar su imaginación con fijaciones infantiles...

—Severillo, ármame un balandro con estos papelillos, ¿si? Ya te pagaré luego...

—Si lo quieres, ¡págame ahora! dame esa ros¹ que llevas y lo tendrás en una hora..

—Vale, pero... bueno, que sea de luengo hopo y chasca¹ .

—Paco, todos los críos que lo vean volar desde Cusipata, te lo comprarán por el doble.

—No me falles Severillo.

—¿Cuándo os he fallao, Paco?

Severino, pese a su más que notoria riqueza, prefería vivir en una confortable modestia, sin aparatos de brillo ni ornatos prestados. Sus escasos objetos domésticos siempre debían estar en el lugar que les había asignado, cuando no los hallaba en su lugar, montaba en cólera. Recordaba poco de sus padres, tal vez sólo lo suficiente para afirmar su carácter y fortalecer su espíritu con severa dignidad, próxima a aquellos caballeros sin rumbo aferrados tan sólo a su acero y a sus sueños. Él pensaba que su padre fue un floricultor venido a menos que, no soportando ser rondador nocturno con

¹⁶¹ Especie de morrión pequeño, de fieltro y más alto por delante que por detrás.

¹ Características de los balandros o voladores relativos a sus adornos laterales y cola

salario de miseria, usando ramplones sin badana y beber más agua que vino, prefirió dejar a su madre y privarla del oprobio de su presencia. Ella, muy enferma, lo dejó por un invierno al cuidado de unas señoras, mientras reparaba sus pulmones y limpiaba el bermellón de sus pañuelos . Aquel fue un invierno que se extendió a varios veranos y se hizo más largo que lamedor de oriente, al punto que no había un montante entre el jamás y el tal vez de ese nunca. Huérfano de oficio, lo enterró todo detrás de las calas¹ infantiles que se aferraban al corazón de los muros. Muchas verdades o sus sustitutos suelen hallarse en sitios insignificantes como éstos o en los confines de las labias extraviadas.

En una de las rondas que hago por la villa como fantasma peregrino que soy, yo, el inefable Diego de la Noche, muerto de sed entré una noche fresca a mojar el gaznate en una taberna. Bebía en un rincón, cuando se aproximó un minúsculo vejete, totalmente ebrio, le tiré una moneda para que me dejara en paz, ya sabéis que no aguanto chácharas sobre lo que tanto conozco, pero se sentó a mi lado y sin recalar en mi capucha sin rostro, me preguntó con una voz pasmosamente clara:

—¿Apuesto a que no sabéis la ascendencia de vuestro agudo acreedor? —seguro que me confundía con algún otro, tal vez con el alguacil por mi espada de plata que colgaba bajo mi capa. Torné a mirarlo y él, sin esperar mi aquiescencia, empezó una narración insólita que parecía de barbero y al mismo tiempo de cronista.

—Simón, el padre de Severino, fue mi amigo y camarada. Juntos rompimos el cerco de la ciudad. Él era un rústico y hosco soldado, sin ejército ni mando, sin oficio conocido, pero con una fabulosa habilidad con la espada y un alma infantil. Poco a poco me fui dando cuenta que el vejete era *Fray Cencerro*, el antiguo enterrador que murió sin que nadie le hiciera el servicio que a tantos prestó. El vagaba menos que yo y seguramente se refería a mi acreedor por la vaina engarzada en rubíes que me prestó Severino hace años. El espectro parlanchín continuaba su perorata, ajeno a mis devaneos... Simón llamaba a su acero como si de una dama se tratara: "*mariposa de*

¹63 Pañuelos.

Entre varias acepciones se elige la relacionada a *lugar distante*.

acero". Sabidor del sabor de la sangre, huía de pleitos y sacaperlas, cosa rara para un espadachín. Aquella conducta inusual en un esgrimista nato enervaba a sus desafiadores eventuales y, éstos, creyéndose en frente de un simple capón¹⁶⁵, lo azuzaban. —Malhaya su hora —pensaba Simón en esas circunstancias, cuando sentía que su apacible sangre galopaba por sus venas y en sus sienes empezaba a palpar una ira incontrolable. Sentía el sabor de la muerte y por quitarse ese sabor que le envenenaba, se transformaba por instantes en un ángel trullo . No importaba el estado de lucidez o embriaguez en que se encontrara, su acero volaba con tal suavidad por el aire que no se dejaba sentir cuando penetraba en las carnes, talando huesos, dividiendo carnes, como si nada pasara. Un simple pase de su tizona era un fresco alimento de almas al purgatorio... Mi eventual narrador bebió un sorbo de la copa que le alcancé y siguió...

—Ésta de puño es irreparable— decía Simón cuando sacaba su acero y aquella frase sonaba a sentencia de muerte, se persignaba, besaba su empuñadura y un brillo súbito llegaba a sus ojos devorándose la vida de los de su accidental retador.

—Simón de Sepúlveda y Hernández Soto, para servir a Dios y al Rey, —decía cuando la soldadesca pesquisidora llegara al sitio. Bastábales el saber que el matador era Simón para acabar sus agujados. Sabían que si hubo difunto debió ser en defensa propia. Nunca cayó en calabozo aunque despachó muchos cristianos. Afirmaba haber nacido en Murcia y ser judío y cristiano viejo. —Acabó de un sorbo el resto de vino.

—Jamás nadie pudo preciarse de comprar su espada y prefería el oficio diurno de cuidador de flores en los burdeles de la villa, antes que el de sicario o verdugo. Era putañero y amante fiel, su dama se llamaba Lucinda "*la del coño doblao*", como le decían las buenas lenguas. Respetaba el oficio de su mujer y su trabajo. Mientras éste duraba, cualquier hombre podía gozarla, pero, ay de aquel que se atreviera a mirarla cuando él la paseaba por las orillas del río Karahuichinca, allá por los chijinis, —cerca de donde vivo, aclaraba el ánima.

¹⁶⁵ Dícese del hombre y del animal castrado, en este caso vale por cobarde.

Enlucido, manchado.

—Era una pareja descomunal aunque feliz, en el mejor de los términos. Un día ella dijo estar embarazada, y *"de su marío"*. Esto bastó para que un impertinente incrédulo, entre copas y creyendo hacer chanza le comentara con soma sus dudas. Su lengua viperina le privó del brazo derecho con un mandoble simple. Dicen, que de no ser por el algebrista que lo atendió presto, estaría contando cuentas en rosarios de nubes. Simón comentaba en tono de justificación y queja que estaba convencido que sólo él podía empreñarla y consideraba justo el pago por la afrenta recibida. Recuerdo haberlo visto pasear muy angustiado por los obrajes del sudoeste: algo en su alma yerma le anunciaba que su osadía le valdría cara.

El alevoso manco resultó ser sobrino único del alcaide mayor Rodrigo Mallea, y éste lo tomo como una afrenta personal. La amputación le duró poco y una vez prendida la gangrena no pudo levantarse de su lecho. Allí, al pie del afiebrado sobrino que expiraba prometió lavar el honor de la familia. Juró y perjuró por los mil demonios del Averno que Simón no llegaría al angelus del sábado. Y así fue, al amanecer del domingo lo hallaron detrás de uno de los molinos de Challapampa, con un trapo en la boca y dos puñales en los pulmones, aún respiraba entre estertores. Todos sabíamos el origen de los aceros, pero nadie los mencionaba. Lucinda se tragó su impotencia, su dolor y su desgracia. Le cuidó por dos días y noches y, por ratos, parecía recuperar de a poco, hasta que al frío amanecer, desapareció el cuerpo y por mucho que lo buscaron no lo hallaron. Ella, completamente abatida por el hecho, optó por ignorar la falta de cadáver y preparó las exequias con pulcritud de dama y precisión de alfarero; encargó un ataúd de nogal oscuro y ella, personalmente, puso en él todos los objetos que conservaba de Simón y luego de enterrarlo con ayuda de un busconcillo, vistió de estricto luto. Luego de la patética ceremonia, ya sola en su habitación lloró copiosamente a su hombre, al punto de ya no llorarle jamás. Se recluyó por meses en su cuarto, haciendo sólo los menesteres domésticos y preparando el ajuar de su hijo, en espera de parir sin acoplarse con nadie más. Al cabo de su preñez nació su hijo en manos de la partera; lo llamó Severino como su abuelo. El chaval nació en el burdel y fue criado con mimos por su madre hasta que, antes de cumplir cuatro años, ésta muriera de calenturas en las ingles sin que los azufres pudieran hacer algo por ella. Las generosas putas lo criaron a su manera y con

académica experiencia. Vivió con ellas por largos años, aunque caminaba por cuenta propia desde temprano en las polvorientas calles de la villa que fueron su hogar... —el hombrecillo enjuto lloraba en silencio, me pidió perdón por su infidencia y me hizo jurar que no lo publicaría. Sabed que entre nos el secreto es sagrado, por ello guardé la confidencia hasta ahora, en que el tentador papel me hala la lengua, pero espero que nadie violará este misterio. Vale.

—¡Sevino! Parece que no estáis de buena leche, ¡joder! —lo miraba molesto no tanto por la chanza sino por utilizar el diminutivo que solía usar su madre. ¿Quién se creía para tales confianzas? Le miró de sopeteo y sereno seguía aderezando sus pabilos.

—¿Qué no me oís? rapazuelo... —ya perdía la paciencia don Celestino; levantó la cabeza sin dejar su laboreo, el viejo entibió su tono.

—Mira que conseguí la grasa de ballena muy barata, y hasta me dieron algo de colofonia de agregado. —Lo veía y se reía por dentro, él había desviado dos cajas hace meses y ahora se la revendía a él mismo, y sin cambiar las cajas. La resina le regalaron en el taller del imaginero Goitia. Sus amigos hicieron un buen trabajo.

—Vamos, os invito un coraque, rapaz...

Los viejos pañeros de la calle Uturunco recuerdan aún las graciosas morisquetas que solía hacer el chavalillo en la puerta de los comercios. Lo consideraban un poco hijo suyo debido a los viejos recuerdos de calces apurados con la tetona Lucinda. Severino recibía las monedas que le ponían en el bolsillo del chaleco. Tenía la extraña habilidad de convertir las monedas en dineros, jugando a las cartas con diligencieros y leguleyos en los burdeles de sus madrinas. Oía las más disparatadas confianzas de los parroquianos detrás de las cortinillas de las daifas¹. Ningún detalle se le escapaba. Por pura afición, apareció un día como ayudante del farolero. Llevaba en su morrión de cuero, pabilos, mechas encebadas y trozos rígidos de grasa de ballena. Tomás Agüero

¹⁶⁷ Mancebas

llevaba ya aproximadamente quince años en el oficio y aceptó la idea de hacer socio de su precario negocio al extraño chaval. Cada anochecer prendían los faroles y al amanecer los apagaban, haga frío o calor, llueva o escampe. A los dieciséis se hizo cargo del negocio y colocó en su lugar a un viejo callado y todavía vigoroso. Severino se encargó de negociar con los mercaderes la provisión de insumos y de cobrar el servicio de alumbrado al cabildo. Puso un puesto de provisión de avíos en la mitad de la tienda de abanicos y sombreros de don Celestino Sota y Lazareno. Éste lo admitió gratuitamente en su amplio portal al percibir la algazara del mozo Había que verlo con su mesa de nogal y unos bultos apilados. Le iba tan bien que, a cambio de un estipendio, su protector le acabó cediendo un espacio mayor, hasta cederle toda su venta, incluyendo sus rezagos de mercadería. Severino le ofreció un monto mayor al que él solía ganar mes tras mes, con muchos desvelos. Con menos de veinte años era un comerciante próspero. Sus contactos con proveedores, artesanos y agricultores, le permitieron hacerse de todo tipo de mercadería; si alguien buscaba algún objeto o producto, por muy inusual que fuera, Severino lo tenía y lo vendía por precios que siempre parecían de oferta. A su buena provisión de artículos se sumaba aquel don de gentes que poseía. Viajaba a los puertos y traía de allí baratijas y sedas de ultramar, miriñaques de Sevilla y alforzas de Granada. Hizo su clientela por donde pudo. No había plato donde no pusiera el diente.

Empezó también, por entonces, con sus préstamos de favor. Zafios comerciantes y nobles enfistolados se avecinaban a su trastienda a "jugar ajedrez". Jamás reveló sus favores, pero su silencio era caro. Prestaba un tercio del valor comercial de sus prendas, y nunca perdonaba intereses. Daba plazos y renegociaba deudas sin perdonar ni un céntimo. Su usura venía aderezada con remilgos que trocaban sus amañadas transacciones en jugadas de ajedrez. Sabía cuándo ceder y cuándo ajustar. La verdad es que nadie salía de su tienda sin jugar al menos una partidilla. Joven todavía se había hecho la idea de que había nacido viejo y como tal actuaba. Tentaba hembras con minucias y las gozaba con largura. Pensaba que sólo lo soportaban por lo que recibían y él, hosco, apenas eyaculaba, escupía a un lado, se vestía y se iba raudo sin decir ni una palabra ni esperar una caricia. Toda relación con mujeres era para él como un mal negocio, necesario, pero de segunda mano. Siervas, mayordomas, señoras de alcurnia o

indias fogosas pasaron por su lecho, pero para él no había diferencias entre zorro gris y conejo.

Ya era admitido, hasta cierto punto, en los salones de sociedad y aunque no figuraba entre los ilustres ciudadanos y encomenderos, rara vez faltaba a las reuniones sociales del cabildo. En una de esas, presentó sus novedades comerciales como las barras de parafina y la lámpara ictérica. Sus viajes a Lima, Buenos Aires y Potosí eran periódicos y productivos. Pese a la parca sonrisa que regalaba con frecuencia, no se le conocía amor alguno, al menos alguna relación seria con ninguna dama. Era extraño, pero tampoco era para escandalizarse. Todo a su tiempo, pensaban algunos amigos conservadores. Pese a su carácter licencioso, sentía una profunda nostalgia de algo, acostumbraba madrugar y caminar rumbo a la plaza del cabildo. Se sentaba al borde de la fuente de berengela y lanzaba migas a los pocos pececillos que en ella quedaban. Los carreteros y los faroleros solían verlo y saludarlo. Él contestaba por cumplido, ya que aquellos escasos instantes de paz le eran invadido por la cortesía de sus conocidos. Luego se dirigía rumbo a su tienda caminando pausadamente.

—¡ Chaval, pasadme ese lienzo que está junto al peinador...—el niño corría en busca del encargo...

—Aquí está, mare —ella lo besaba con infinita ternura.

—Sevino, mi sevinillo, te voy a llevar a Potosí. Allí pondré un bazar y tendremos nuestro negocio, lejos de esta puerca casa... —musitaba.

—Sí, mare —decía el niño aspirando del regazo de su madre aquel aroma recóndito de tabacos y sudores ajenos.

Una tarde, particularmente violeta, mientras bebía una copa de moscatel en lo de doña Delmira, una de sus madrinas, se le plantó en frente un hombre, con la capa y las botas empolvadas y el traje oliendo a travesías largas, quemado por el viento y el aire del altiplano, dejaba ver, entre su barba rojiza, unos ojos intensos, negros y con las pupilas

dilatadas. Sudaba por las sienes y la nariz, se sentía una extraña emoción y una dilatada angustia en su semblante.

—¿Don Severino? —asintió y le ofreció con un gesto que se sentara frente a él...

—Soy, Cayetano de Sepúlveda, hermano de vuestro padre. ¡Vos sois mi sobrino, joder! —dijo altisonante mientras tomaba del brazo a Severino con una caricia violenta. El lo miró con calma, escrutándolo.

—No me toméis a mal, hace dos años partía de mi Murcia natal y luego de pasar seis meses en Panamá y varios otros en Lima, pude enterarme de vuestra existencia. Reconozco vuestro porte. Esa mirada desafiadora de mi hermano y mi padre. ¡Hijo mío!, estoy cumpliendo un juramento y por él viajé mucho, pero, ¡voto a Dios! que valió la pena. ¡Sois idéntico a vuestro padre, voto a tal!

Severino persistió en su silencio y le dejaba hablar, a ver si la sarta de sandeces que decía, descubría sus intenciones y desnudara su propósito. Nada. Mandó traer otra jarra de buen vino y le sirvió una copa. La bebió de un sorbo, volvió a llenarla y él a vaciarla, sin dejar de hablar. Parecía que no hubiese bebido ni hablado por años.

—Sevino, estamos ligaos por la sangre y debemos cumplir nuestro destino, pero decidme, ¿es cierto que a vuestro pare lo mataron a traición? En Lima hablé con un sicario aleve, que en su borrachera febril empezó hablándome de un duelo con la muerte y acabó narrándome un asesinato y un emparedamiento. El miserable me narró detalles precisos de su trabajo, pero no alcanzó a decirme dónde, ni cómo, ya que de tan borracho, no despertó más. Pese a saberlo dormido, le clavé un puñal, clamando por mi hermano...

—¡Voto a Dios!, el destino nos traza cada recodo — dijo el hombre resaltando cada sílaba, —debemos hallar a vuestro padre y darle cristiana sepultura!

Seguía hablando y bebiendo sin parar como si su sed datara de siglos. Acabó ebrio durmiendo en la mesa con sus brazos colgando de la mesa como un muñeco de ventrílocuo. Lo dejó allí y pidió que lo dejaran dormir, si es que no hiciera escándalo. Una moneda de plata al aire cogida por el mozo, confirmó su solicitud. Quiso sonreír y olvidar la absurda historia, pero la coincidencia del "duelo" y la inexistencia de un

cadáver en la tumba de su padre, le hicieron pensar... y pensó durante horas, cosas absurdas y non sanctas. Una pesadilla densa se incrustó en su ensueño, agitándolo:

—¡Rosa! ¡Haz callar esos ruidos! —gritaba el achacoso enfermo

—Pero, don Rodrigo, si no hay nadie en la habitación

—¿Creéis que estoy demente? —para calmarlo de una de sus frecuentes alucinaciones, prendió una vela al pie de la imagen de san Jinéz

—Gracias, mujer, ahora si podré dormir —como por encanto dormía agitado el viejo Mallea. La criada le vio y se alejó moviendo levemente su cabeza. El viejo quedó a solas y en medio de su desvelo vio como la muerte densa penetraba sus entrañas y las devoraba, devorándolo...

Cuando Severino despertó, su pecho se agitaba como una vicuña a punto de ser sacrificada. Había conseguido dormir en algún momento desesperado de su insomnio y el despertar fue una explosión de luz, de ruidos y gritos (era su mayordoma negra que abría las cortinas y la ventana). En su mente se aglomeraban las palabras dichas, detalles de su rostro, los eructos con vaho de alcohol que eran, por sí mismas, cátedras de pestilencia. Por un instante, supuso que sólo era un gato chusco' y no un hijo de genoveses. Mandó preguntar por el forastero a la taberna. El emisario volvió diciendo que no le conocían y más, que no habían visto forasteros por días. Le supo a chocarrerías de las damas de Delmira. Iría por la noche a ver que pasó. El día se le pasó entre almas corvas y menesteres menores. Esa noche tomó a lo de la Delmira, y le aventó sus quejas, ella le miró como a zancarrón¹⁶⁹ y, haciendo un gesto giratorio en sus sienes, sonrió haciéndole sus gracias.

—¡Os preguntó en serio! ¿Dónde durmió el caballero con quien bebí anoche?

—Vamos hombre, si habéis estado más solitario que *virgo fiambre* . hablabais solo, como endemoniao, y ni yo ni las mozas quisimos contrariarte, porque cuando estáis así, no hay quien os aguante...

Que tiene gracia, donaire y picardía.

¹ Ser de piernas gruesas.

¹⁶⁹ Fiambre puesto a airear.

— Pero, ¡si vos misma nos habéis servido el moscatel!

— Servir, si que lo hice, pero sólo a vos. A nadie más aguanto sus truhanerías o sus ocurrencias... vamos ¡dejad de darme tanta lata!

Pasaron dos noches y a la tercera, poco antes de llegar a la encrucijada de las nazarenas, un hombre le habló con voz ronca y cavernosa desde un **poyo**¹⁷¹ cercano diciendo: "¡sobrino! Severino miró a todos lados pero no había nadie alrededor, al menos nadie vivo y coleando. La voz insistió y vio el lugar de dónde ésta procedía.

—¡Sobrino! No debíais dejarme solo, pero vamos, esas son minucias, seguidme... —la sombra vestida de un pesado capote de paño le hacía un gesto a Severino. Éste, mudo, lo seguía tratando de alcanzarle. Llegaron, luego de atravesar dos cuadras, a la casa del viejo Mallea. La puerta estaba abierta y subieron por la escalera al segundo piso. Allí, en el fondo, se veía dos vanos de puerta, pero sólo uno tenía puerta. El otro tenía un balcón tapiado que daba a la alcoba del vejete Mallea.

—¡Mirad! —gritó la sombra como si se lanzara a un combate apuntando su espada hacia aquel balcón enmohecido. Se oyó de pronto un estampido que obedecía a la caída de una pared; en medio del moho y un polvo hediondo Severino vio salir del lugar la sombra de un hombre fuerte con una espada colgándole al cinto, éste le miró desde su calavera desnuda y pareció sonreír; luego dio media vuelta y se alejó corriendo por las escaleras. A su paso se apagaron los quinqués y las **mechachuas**¹ del **pásillo**; sólo quedó un silencio denso con olor a **kolwarita**². Severino descendía a tientas amparado por la luz de la luna que entraba por ratos por una ventana, en unos minutos estaba afuera. Ya más tranquilo miró a su alrededor; nada parecía haber pasado, la casa de Mallea estaba con la puerta cerrada y a oscuras como las demás casonas cercanas. Severino se tomó de la cabeza con las manos como si quisiera sacarse algo, respiró profundo, trató de convencerse que fue una torpe alucinación y tornó abatido a su casa, peripatético, y de bruces se depositó en su lecho. A punto de caer en sueño vio una sombra azulina de extraños brillos plateados, que lo saludaba con el sombrero y se

⁷¹ Banco de piedra, yeso u otra materia, que ordinariamente se fabrica arrimado a las paredes.

¹⁷² Lámparas de aceite con pabito

¹⁷³ Olor a viejo

inclinaba saliendo de la habitación lentamente. Sintió un dolorcillo en la sien y una corriente de sangre espesa que le recorría el cuerpo y cayó a un profundo sueño. Al día siguiente se enteró que había muerto el viejo alcaide Mallea, quiso levantarse pero no pudo, al día siguiente tampoco.

Madre de antes

Me entretenía esa tarde corriendo por las orillas del lago, pensaba en la brisa húmeda que por estos días de verano llegaba acompañada de súbitos arcoiris; miraba, sin darme cuenta el dorso de mi mano derecha que salía de mi blusa, cuando de pronto me pareció ver entre las algas un rostro extraño, ajeno a todo, deformado por hondas cicatrices, que me miraba con una vena semiglaucosa que le cortaba el perfil. La imagen se me quedó por días y hasta en mis sueños se aparecía, denso como una gota de miel que no caía nunca.

Ahora mismo, mientras me calentaba la manos una con otra, sentí la rugosidad de mi mano derecha y recuerdos lejanos volvieron a mi piel: vi la macuquina que nunca tuve estaba grabada en mi piel. Me la pusieron sacada de las brasas y tuve que soportarla por breves y eternos instantes. Me la separaron de la piel con una daga. Fue el castigo por un atrevimiento mío, ¿sabéis cuál fue? Tenía un hijo pequeñito de un negro que apareció por ahí. Lo quería como a mi propia carne y me lo habían permitido como se permite a una pieza de ganado. Ya iba a tener dos años el chico, se llamaba Jamal. Le había cosido un trajecito bonito para su cumpleaños, cuando el mayoral me dijo que se iban a llevar al crío, que lo preparara para la mañana siguiente. Le rogué de rodillas a la patrona, le lloré al patrón, y nada; quise ocultarme, pero me hallaron. ¡Me lo quitaron a la fuerza y de un golpe de fuate! No paraba de llorar tirándome de los pelos cuando se lo llevaron en un carro. Lo habían vendido y yo no pude hacer nada, ¡era mujer y además, negra! Es más, para burlarse de mí y calmar mis gritos, mandaron a cinco negros del barrio de san Roque, para que, a modo de cobrar sus servicios de músicos, se distrajeran conmigo.

Me tumbaron en el cuarto de los arreos, quise defenderme, pero sólo conseguí que me lastimaran más. Cogí en mi pecho la medalla de santa Rita y me abandoné al mundo. Me violaron toda la noche, cerré los ojos y lloraba en silencio y con rabia hasta que me quedé dormida. El amanecer había entrado por las rendijas de la puerta entreabierta,

¹¹¹ De un color verde claro o verde agua.

cuando sentí unos pasos mudos y quise despertar. Alcancé a sentir que alguien me secaba las lágrimas legañosas con un pedazo de bayeta: era un negro alto y cojuelo que me traía un jarrillo de agua en su mano izquierda. Lo reconocí y me asusté. Pensé que todo el horror iba a recomenzar en mi yacija , pero al oír aquella voz cavernosa y dulce diciéndome...

—No tengaj miedo, mi niña, ya no te va pasá ná-

Vi sus ojos de un café oscuro que me torturaban con su ternura y empecé a respirar más lentamente; mientras bebía el agua que me alcanzó en una escudilla de palo, oí que me decía como si cantara ...

—Ya hablé con el patrón y va dejá que no casemo.

Era el tono medio cantado con que hablaban los negros bozales , esos que habían nacido en África. Yo era tercerona¹⁷⁷ y hablaba castellano y les temía a esos esclavos. Pese al acento, la batahola y la extraña textura de sus brazos fuertes, me di cuenta de que me estaba proponiendo matrimonio. Quise sonreír y se me agrió el gesto, me habían violado anoche y este negro, ¡alma del diablo! fue uno de ellos... Él leyó mi desazón.

—Yo no hije na' senyora, pero no pue impeir na tampoco. Hablé con el amo y el me conoje como guen cojinerero. Le ije que la perdonara, que me tome en la cojina y que me deje casame con usté. Le di mi ¯ ahorro' y me acetó...

—Pero, usted es libre y músico, yo soy una sirvienta, ofendida y ... —me ayudó a levantarme, me cubrió con un cuero de oveja y, tomada de brazos, me llevó hasta afuera. En menos de dos días vendieron a mi hijo por treinta pesos de plata, me abusaron y ahora me estaba conchabando con este negro, ¿qué cosas más me irían a pasar?

Así pensaba yo mientras caminaba con cierta dificultad. Llegamos por el lado de Larcapata cerca a la parroquia de San Pedro. En un recodo del río Chojñallarca hallamos la choza de la curandera Luna Sisa. Al entrar ella lo vio y evitó cualquier pregunta. Luego se puso a preparar un brebaje violáceo y me lo hizo beber, me embadurnó con

¹⁷⁵ Lecho o cama pobre, o cosa en que se está acostado.

¹⁷⁷ Dícese de los negros recién sacados de su país.

Mestiza de segunda generación.

¹⁷⁸ Bulla, ruido grande.

ciertos diaquilones y me puso algunas vendas de lino en el vientre dizque para evitar las opilaciones. Me dijo:

—Hija, doj días no te vaj a levantá, pero depué bañate con agua'e la vertiente e los molino y volvej a tu via, ya tó va a pasá, la máe te va cuidá. Despué quemá este ataito en un brajero y botá las ceniza antes que amaneca, ¿entendé? —asentí.

Desde ese día él era el cocinero y yo lavaba los platos y los cacharros. Poco a poco me acostumbré a su olor y a su sabor. La verdad es que todo pasa, pero hasta qué punto, me pregunté... El patrón nos permitió bailar ese ario acompañando la imagen de la virgen de la Exaltación. Junto a algunos jiferos¹ que trabajaban para el patrón y otros indios menestrales de los obrajes, armamos una comparsa bullanguera, tocando mohoceños¹, tarkas ollaras¹ y atambores¹. Nos regalaron viejos vestidos de las señoras y trajes de salón apolillados, sombreros y bastones torcidos. Los remendamos, les agregamos oropeles y carlancas¹, y quedó muy bien. El obispo Castro nos miró raro, pero el arcipreste Olañeta lo calmó diciendo:

—No os preocupéis su eminencia, que cada cual venera a Dios a su alcance, dejadlos a estos desarrapados, que apenas conocen a Dios...

El calor de la tarde, el vaporcillo del moscatel y los manjares que olía en el comedor hicieron olvidar al obispo sus melindres. Los patrones bailaban en sus salones sus bailes raros y nosotros danzamos en las laderas con el alma en la piel hasta el amanecer. El patrón nos regaló coraque seco y un tonelillo de vino rezagado que nos supo a licor. Mi negro y yo bailamos hasta sacarnos sangre de los tobillos y las plantas de los pies con las piedras de las laderas. Donairosa la danza ondulante aceleró lentamente la embriaguez y nos llevó a los negros por donde pudo. Acabamos por dormir en los ch'ijis aledaños al río Karahuichinca.

¹⁷⁹ Ungüento con que se hacen emplastos para ablandar los tumores.

¹ ¹ Carniceros.

¹⁷⁹ Persona que hace un oficio manual o mecánico.

¹⁷⁹ Instrumento aerófono **vernacular**.

¹⁸³ Instrumento aerófono con dos orificios principales.

¹⁸⁴ Tambores.

¹⁸⁵ Objetos usados como collares.

No podía decirle a mi negro que nada me espantaba tanto como quedar embarazada. Hasta entonces no me había pasado nada, pero ahora tenía un retraso de dos periodos. Apenas pensaba en el crío aparecía la imagen lacrimosa de mi hijo y los vertiginosos detalles de mi vejación. Todo iba liado en una espiral que iba y volvía oscuros mis claros y claras mi noches. Menos mal que él no apercibía mis insomnios y no leía todavía mi alma. No, ¡no tendría jamás crío! Así lo decidí y me lo iba a sacar sin que nadie lo supiera. Iría donde la zamba Luna. Pero, no, temía a sus ojos que todo lo saben. Finalmente decidí buscarla. Me fui al día siguiente luego de la cena. Apenas entré y sentí lo que temía: sus ojos escrutadores.

—No m´hija, yo no hago ojo. Meno a ti que eres casá y te quiere tu marío. Yo no, pero si queré matarte, podé bucar a Nislao Matiolo el boticario, el cura herida y juega con esa cosas. Tú te matá o viví, ¡como querá!... —y me cerró la puerta.

Tomé varios mates de wilancha, de orégano y hasta de apio, me golpeaba el vientre, pero el crío no salía y me crecía la cintura pese a mis fajas y ¡el negro que me hurgaba sin parar! Aquel fin de semana los patrones irían al campo y se llevarían a mi negro. Yo decidí ir donde el boticario aquel sábado. Me le aparecí cuando caía la noche, justo iba a cerrar.

—¡Eh tú negra!, ¿qué hacéis aquí?

—Yo... venía a verlo —sonrió con socarronería, estuve a punto de irme. Me hizo pasar con una gentileza hipócrita y entré en su mundillo de frascos y de alquimias. Se me acercó, dio una vuelta en mi redor, me tomó el seno izquierdo y me sobó el pezón por encima de la blusa...

—Oléis a caldos y espelma, devanada morena, pero, no estáis mal. Ya os falta poco para el calostro , ¿me vais a invitar un poquillo? —le aparté su mano sin torpeza y le dije de sopetón...

—Quiero que me lo saques, ¿cuánto me costaría?

—Pues para ti, no mucho... ¿cuánto lleváis?

¹ Primera lechada de una mujer gestante.

— Pues, tres maravedíes y algo más...

—Vamos, no me refiero a eso...

—Ah, un poco más de tres meses

—¿Así estáis? y ¿creéis que yo hago milagros? —Quedó callado y escrutando mi desespero con sorna.

—Pues sí, y que me perdone la Macarena —con un gesto raro se persignó.

—Venid mañana temprano y en ayunas, ¡ah! y no quiero testigos.

Di media vuelta y me fui con el alma revuelta. Tenía muchos sentimientos encontrados y en pugna, pero no tenía salida.

Al despuntar el día me le aparecí en su casa. Me abrió somnoliento y me hizo pasar a una habitación al fondo. En ésta había una mesa grande al centro, unas mesillas a un lado, unos grabados de anatomía y un ícono hechizo y roto, armado con alambres y de no sé qué cosas. Al rincón, en un fogón, algo hervía y su vapor calentaba el ambiente, al notar mi inquietud, dijo:

—Son mis instrumentos. Pasa, échate sobre la mesa, pero antes, desvístete y ponte esta bata y bebe este líquido, es un somnífero de mandrágora, con él no sentirás nada y será más fácil para vos y para mí.

—Sabía amargo, pero me lo bebí todo. Me desnudé sin prisa detrás de una estera, tomé la bata y me la puse, descalza, me aproximé lentamente a la mesa.

—Échate sobre la mesa —Había una especie de cinturón al centro y en el extremo inferior, había una especie de estribos de caballo. Me ajustó el cinturón y me pidió que doblara las rodillas e introdujera mis pies en los estribos. Lo hice maquinalmente, sentí sus manos tibias que me acariciaban las piernas, quise reaccionar, pero sentía una espesa pesadez que me ofuscaba completamente. Vi el techo entre mareos y no recuerdo más.

Cuando desperté estaba bajo tierra y sentía la helada humedad de la tierra que me cubría. Con desesperación descubrí que estaba muerta y enterrada. Por el aroma insistente de los saúcos que emergía de la tierra, pensé que estaba cerca de los campos de la Riverilla. Sí, estaba muerta, porque podía sentir cosas raras, tocarme sin sentirme o hablar conmigo misma sin oírme. No, algo pasaba, algo que no comprendía, y que

pese a lo angustiada que estaba me tranquilicé ante lo inevitable. Estaba muerta, pero la muerte no me había abatido; noté un inmenso vacío en lugar de mi vientre y me sentí huérfana del alma. ¿Qué había hecho aquel hombre conmigo? No sé, nada bueno, si no, no estaría aquí. Traté de moverme y lo hice, mis brazos y mis piernas podían deslizarse por entre la tierra, no sé cómo pero la atravesaba sin dificultad. A poco estaba afuera, me erguí, acomodé las arrugas de mi bata ensangrentada y salí de mi fosa sacudiéndome los restos de tierra. Pude ver el promontorio mal disimulado y cubierto parcialmente de arbustos. Era noche y las estrellas se veían inmensas en la intensidad y la negrura de la noche. Nunca sentí la soledad de tal inmensidad. Oía todos los rumores del viento y de la tierra, el tremolar asonante de las alimañas y los animales salvajes que se acercaban temerosos a los bordes de la villa. Un rugir cristalino salía de la inmensa luna llena que se dirigía a la constelación de Orión. Sentía el intenso oscilar de las estrellas y mis pies dejaban huellas tenues que se borraban instantáneamente. Me apoyé en un viejo pino y sentí como ese árbol respiraba y palpitaba con dificultad. Esta extraña sensibilidad por todo me extasiaba y, al mismo tiempo, me hacía temer. Era como si el cuerpo, que había dejado entre la tierra, aún me llamara clamorosamente. ¿Qué haría? ¿Tendría algún propósito este nuevo estado mío? ¿Quién lo permitía y qué deseaba de mí? No tenía respuesta y, en medio de tales desazones, me aproximé a la villa. Percibía tenuemente todos los rumores nocturnos de los insomnes, las caricias del amor y el escarnio de los crueles, pero mi presencia no era sentida por nada humano. Los gatos maullaban y los perros ladraban inquietos al sentirme pasar. Las ratas escarbaban la tierra queriendo huir y las mariposas nocturnas caían al borde de los faroles, muertas.

Sin saber qué hacer quise ver a mi negro y saber que había pasado con él. Me dirigí a la casa y penetré en la habitación. Él dormía con pequeños sobresaltos, se lo notaba alcoholizado, pero roncaba, y ese era buen síntoma, ¡si lo conoceré a éste! Le acaricié en su oreja como le gustaba, gimió y se dio la vuelta, pero no despertó. Una bujía de cerca de la espetera¹⁸⁷ se encendió de improviso y yo salí por la ventana. En el patio todo estaba en orden y una apacible paz había recogido a los habitantes en un

Tabla con garfios en que se cuelgan carnes, aves y utensilios de cocina.

sueño hermético. Me senté en el abrevadero y tomé un sorbo de agua, los caballos se agitaron y decidí volver afuera. Los lomos plateados del Hillemana se veían como una ofrenda de plata a la noche somnolienta. Avisté a lo lejos a don Diego de la Noche encaramado al Puente de la Paciencia, fosforesciendo como una inmensa luciérnaga.

Visitaría al boticario, ya que sólo él tendría respuestas para mí. Caminaba por hábito aunque luego noté que podía flotar y hasta volar, me divertí mucho apagando los faroles de mechachua y espantando a un ebrio que me miró azorado, como si me viera. Los balcones del Cabildo estaban oscuros, una de sus ventanas estaba entreabierta. Las campanas de san Sebastián parecían damas oscuras petrificadas en la torre. Volé un poco y casi tropiezo con un rondín dormido en el ajimez de la casa de Portugal; pasé por su lado y sentí el frío de su mosquete. Divagué un poco hasta que al fin estaba frente a la botica de Estanislao Matiolo.

La casa permanecía oscura y apenas se distinguía de las demás en la oscuridad. Palpé el aldabón queriendo tocar. Me di cuenta de lo absurdo, pero apenas llevaba horas siendo un ánima. Pasé por el huerto y noté luz en la habitación del fondo, donde entré hace poco. Al entrar, lo vi al fondo entre unos frascos a los que hablaba entre rumores. Horrorizada vi que en esos frascos estaban flotando en un líquido espeso, fetos humanos. Cada frasco tenía una etiqueta y ¡estaban escritos sus nombres! Los miraba con embeleso de místico y desquiciado.

—Nislao, Estanislao —dije en voz queda. Tornóse y vio a un costado y otro con movimientos nerviosos. Su vista quedó fija en la lámpara de aceite que empezó a arder con mayor intensidad. Su corazón se agitó intensamente...

—Te hablo a ti, ¡alquimista del demonio! —subí de tono. Miró directo a donde estaba, me veía, pero no me miraba, me oía, pero no escuchaba. Miré uno de los frascos, allí estaba una figura deforme amarillina, distinta de las demás y sin etiqueta. La vi de cerca. Era mi crío, tenía la pose sosegada de mi negrillo y algo que no entendía de mí misma. No sé qué pasó, pero el frasco reventó y el líquido se esparció por el estante, en tanto que el feto caía al suelo de una manera pasmosa embadurnando todo. Su apariencia

flemosa daba tumbos cortos hasta que se paró justo a los pies del boticario. Éste sudaba de estupor dende sus sienes hasta sus cojones.

—Urana, mulata zurda¹⁸⁹, ¿qué queréis de mí? Acaso no sabéis que quien os mató fue vuestro crío, tan bravo y tan mojón que no cabía en vuestra venera¹⁹⁰? Hice cuanto pude, pero al salir se tragó consigo toda vuestra sangre. Nada pude hacer, nada... — gimoteaba el abderita¹⁹¹. —Os puse grasa de ballena, algodón quemado, pero la munición de calas¹⁹² se venía a borbotones... —lloraba agitado con la cabeza dentro su brazo.

—Zurdo sois vos, alimaña del averno, ¡bosta de Belcebú! Así que erraste el corte, ¡mira lo que hacen las feas incisiones! No caben tus manos en el claustro ni las labias en el còhol¹⁹³. Maldito vos, vuestros botes de unto y vuesa bastardilla en corazón. ¡Devolvedme mi crío! —le dije

—¡Váleme Dios y la Macarena! Aquí tenéis vuestro esputo —dijo, mientras arrojaba mi feto por la claraboya.

—¡Ay! huésped doblado del infierno, ¡has sellado tu sayón! —

Le grité con rabia contenida. Tomé el feto, lo acurruqué en mi seno con toda mi fuerza; de pronto, oí un llanto lejano que llegaba hasta mí. Me sentí otra, me sentí calzada por un ángel cetrino y vaharina⁹⁴ me disolvía, el sireno se apoderó de mi fragilidad, sentí que me disolvía. El sireno se apoderó de mi fragilidad, sentí que me disolvía en algo húmedo y consolador: era una aroma de saúcos, de arcilla apisonada, saturada de mi propio olor y me perdí en la aurora. A poco me sentí confortada con la nada, en silencio, ya no tenía cuerpo, sombra, y lentamente mi bata ensangrentada y mis ajorcas de cobre eran devoradas por el olvido, la putrefacción y la herrumbre.

¹⁸⁸ Desde, adverbio antiguo.

¹⁸⁹ La llama como si estuviera frente a algo demoníaco.

¹⁹⁰ Concha, por similitud con su útero.

¹⁹¹ Llamábase así a los naturales de la antigua ciudad de Abdera, famosos por sus conocimientos de alquimia.

¹⁹² Rompimiento hecho para verificar roturas de cañerías o conducciones de agua.

¹⁹³ Colirio.

Envuelta en la niebla.

Cosas de tertulia

En épocas en que los veranos sofocaban a ciertas horas a los viandantes que caminaban a duras penas, por entre las piedras de ciertas calles que se atrevían a dar su cara mate al rabioso sol que las taladraba con insistencia, la lluvia caía copiosa pero rauda y, era frecuente, ver un cuantioso chaparrón seguido de un sol radiante, casi simultáneos. El rubicundo rostro del Inti se ensañaba con nosotros los bancos de piedra tallada que ornábamos las plazas de la villa, por encargo del intendente de tierras.

Ya era tradición por entonces que las piedras calizas que se usarían en tales menesteres fueran traídas a lomo de bestia desde⁹⁵ las canterías de Comanche. Las caravanas que transportaban estas piedras pasaban por chulperíos aimaras. En ellos los indios aprovechaban por hacer sus ofrendas a sus deidades tutelares. Yo me hallaba en uno de estos lugares y el capataz, al ver una de las mulas flojas, mandó cargarme sobre ella sin echar de ver que yo era una antigua mesa de ofertorios. En mi espalda se asperjaron sangre de muchas llamas y guanacos y oro en polvo con humos de koa. De esa manera vi liados mi pasado junto a nobles achachilas con una nueva vida en una villa de criollos y mestizos. Tenía talladas múltiples figuras geométricas que hablaban de seres celestiales. De esa manera acompañé a los pedregones violáceos y azulencos al patio de unos indios picapedreros, situado en una ladera de Supukachi, desde donde podía verse y aún tocarse la villa.

El maestro Martín Katari al verme me palpó y supo mi origen; roció sobre mí un líquido gris y, mientras llenaba sus carrillos con hojas de coca, allanó mis bellas irregularidades dejando mis signos misteriosos en el anverso de la piedra superior del banco. Tal vez pensó que así me protegería sin faltar a sus obligaciones. No sabes cuánto le agradezco, incluso ahora que ha pasado tantos años, el haber combinado el fervor y el deber.

Nuestro destino fue la plazuela de La Merced. Allí nos armaron y compactaron con argamasa de lava. Desde ese lugar veíamos pasar a los devotos que salían de las

⁹⁵ Desde, adverbio castizo.

misas dominicales de esa parroquia, frecuentada por vecinos de la zona. La placita era encantadora, su piso empedrado por piedras blanquecinas y grises combinadas en ajedrezado. Flanqueada por adustos pinos en sus bordes, habían múltiples kantutas, hediondillas y quiswaras asentadas a los bordes. La fachada de la iglesia no era tan alta o imponente como la de los dominicos o la de san Agustín y daba más un ambiente familiar al entorno. Era ese tal vez ese aire que tenía que le daba la serenidad del reposo y la diligencia de la tertulia, pese a ser objeto de inmundicias de palomas, rascados de ratones o meados de ebrios. Era la primavera la que nos devolvía dignidad, la compañía de olorosas kantutas y el trinar de las pichitankas que volvían de los valles bajos.

Los bancos pétreos éramos los anfitriones, aquellos que recibían los fondillos de los más diversos contertulios y contertulias. A partir del tacto con tales porciones non sanctas, fuimos testigos de cargo y oidores de historias fantásticas, promesas imposibles de amor, juramentos y perjurios, monólogos poéticos, tramas de traiciones y **trullerías** variadas. El apacible sopor de las tardes en nuestra plazuela tenía el encanto de motivar tertulias al aire libre, no exentas de historias interesantes, chismes y correveidiles, y este año parece haber venido con novedades extrañas. Era frecuente oír cosas como éstas entre un grupo de ciertos habituales:

—Imaginad, caballeros, que un soldado venido a menos y con ínfulas de escritorzuelo, ha solicitado la gobernación de esta villa... —dijo con ironía don Escalígero Pablos, el galeno.

—Ah, os referís a ese tal Cervantes, que dicen que ha perdido el gobierno de uno de sus brazos en la batalla de Argel o de Lepanto, no recuerdo.

—Yo oí decir que fueron los moros que le cortaron la mano por manosear a una mora de su harén... quiso dar lo suyo y ...

—¡Un cochitehervite!¹ , sin duda.

—¡Un manco! y de seguro que tiene las manos largas —todos rieron

¹ Majaderías

¹ Aquel que quiere todo apurado.

—Y todavía quiere gobernar nuestra villa. ¡Menudo atrevimiento! —espetó maese Dositeo, el talentoso cronista.

—Creerá que está con viles sarracenos o que aquí estamos acostumbrados a rimillas medievales o barrocas, de esas que traen los romanceros y los vates de barraca...

—De todos modos queda a vos, don Felipe, el enviar una carta a Su Majestad, por medio del Virrey de Lima, vuestro primo, para advertirle de cometer tal gazapo¹⁹⁸.

—¡A propósito! ¿no os habéis enterado de la desfachatez de Migo Zuñuaga?, quiere subirnos el precio de sus cotorreras ...

—Ni que fueran sus coños de oro o, al menos, de plata —todos rieron de la chanza tonta.

—Pero no, yo prefiero irme a regodear al Remolino, por tres monedas te hacen de todo.

—Parece que vos gustáis de los eunucos, ¡ellos son los que hacen ese servicio!

—¡Bah!, lo decía sólo por decir, todos sabemos eso —sonrió el aludido con visible molestia.

—Vuestra levita está muy elegante, parece de caja, ¿de donde la habéis hecho traer?

—El género es de las holandas, pero la manufactura es local, ¿acaso no conocéis a mi alfayate, Rodrigo Díaz, que en sus ratos libres gusta de hacer de pesquisidor ?

—Conocí su taller, más no sus artes.

—Depende de lo que paguéis, a mal talla mal sastre, ¿no es verdad? —introdujo su mano por debajo de la pechera.

—Además, es mi compadre, apadriné la confirmación de su hijo hace dos años, parece que invertí bien —sonríe.

—Decidme, Pablo, ¿qué le ha pasado al boticario Matiolo, que anda como perro con rabia, ladrando anatemas a todos en una lengua rara, ¿será que es un infiel?

¹⁹⁸ Error.

¹ Meretrices.

—Es un descastado que abusa de esa hierba del demonio, la mandrágora creo que le llaman. Con esos menjunjes se alucina cualquier cosa, pero esta vez parece que se pasó al otro lado.

—Espero que no muerda... —se persigna sin tocarse el rostro.

En medio de tanta perorata los pescó la brisa fría que venía de la Cumbre. El esquilón del angelus los hizo callar. Se dispersaron rumbo a sus casas y nuestra plazuela recuperó su placidez de nazarena. Los bancos, otrora conversadores, parecían dormir a esa hora un sueño febril a la sombra de los árboles.

Esa era, poco más poco menos, la cháchara constante en aquellos días, unos más truculentos que otros, pero siempre dentro el marco de las buenas costumbres y la dulce escatología urbana. Una mañana de aquellas un rondín despertaba al alguacil...

—Vamos, ¿qué os pasa?, ¿a qué viene tanto chisgarabís ?

—Sí, ¡os lo juro!, la vi o lo vi. No sé. Estaba desnudo, tenía un brillo azul feérico . Por mucho que hice por despertarle, nada. Parece que no tiene vida o que no puede llegarle la muerte, no sé, no sé... —balbuceaba el pobre devanado haciendo una especie de concormos .

—¡Basta Rodrigo! No habláis sino sandeces, seguro que habéis bebido como una cuba, ¡farandulero! Venir a hacerme perder el tiempo a mí, ¡bah! no hay santo sin cielo, iré a ver qué veo, pero, ¡voto a Dios! que si no hallo nada, os voy a hacer pagar muy caro —amenazó el alguacil a su leal rondín nocturno.

El alguacil Lainez pensaba para sus adentros mientras terminaba de vestirse con enfado: "Si no sabía ni que hablaba el pobre, que es un ángel, que es hombre, que es mujer, ¿de qué diablos hablaba este porquerón ?" Una de sus botas no se acomodaba a su pie y la forzó pisando con fuerza al piso.

[~] Conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba.

[•] Bullicioso, metomentodo.

²⁰² Relativo a las hadas.

⁰³ Movimientos causados por una picazón.

Corchete o soldado encargado de prender a los delincuentes y llevarlos a la cárcel.

No bien estuvo aderezado acompañó a su hombre. En dos trancos llegaron al templo de santo Domingo. la puerta lateral estaba entreabierta, subieron al campanario de los dominicos por la escalera estrecha y, luego de evadir por un pelo el **badajillo** , quedó estupefacto, frío como una *tayacha*²⁰⁶ al ver lo que veía. Se persignó varias veces y, poco a poco, su inquietud crecía proporcionalmente a su curiosidad morbosa. Revisó con asco las manos del cadáver que tenía enfrente; vio que en sus uñas tenía algo raro que parecía brillantes, trató de cogerlos, pero, lo glacial de la piel le contuvo en sus cinco. Le pesó ser sólo el hebdomadario del gobernador y pensó que no tenía por qué ocurrir ajenías como estas justo en sus días de descanso. Más tranquilo echó de ver aquel cuerpo azulado, sus extrañas heridas, su desnudez. Tragó saliva y con un gesto ordenó a su hombre que bajaran de la torre —esta vez sí se dio un buen golpe con el badajo. Con la mano en la sien derecha, acabó de bajar como pudo hasta el atrio, y de allí al cabildo.

El alguacil, *ad interim*, divagaba entre su dolor de sienes, su sueño espantado y sus traumas de siempre mientras se cubría del frío matinal. a modo de despertar recordó la riña que tuvo hace unas horas con Tiago Zuñuaga. Éste le recordó sin miramientos su pasado. No, él no era galeote, como le enrostró el *trotaconventos*²⁰⁸ andaluz, sino bagarino cuando atracó en Santiago de Cuba. "¡Ya las pagaría aquel putero!", pensó. Había conseguido su oficio y sus honores con bizarría y *arrechera* . **Llegaría** a alférez y no caería en mientes hasta conseguirlo así tuviera que escardar varios calvarios. Ingresó a su comisaría y se sentó dispendioso en su escribanía pergeñando unos papeles con su pluma; trazó unas líneas y luego de doblar los pliegos, encargó a Rodriguillo:

—Ve con un guardia y dos indios al campanario, y en un santiamén recoged aquella criatura que hemos encontrado...

—Lo encontré yo, mi señor...

²⁰⁶ Pieza metálica en forma de pera, que pende en lo interior de las campanas.

²⁰⁷ Oca congelada.

²⁰⁸ Convicto forzado a las galeras.

²⁰⁹ Proxenetá.

²¹⁰ Remero libre asalariado, a diferencia del galeote o forzado.

²¹¹ condición de brioso, arrogante y diligente

—Como sea, luego lo llevas a la jifería ¹¹ de intendencia. ¡Ve pronto! De inmediato llevas estas misivas al presbítero don Joan Trithemio, al gobernador Leoncio Aguirre, a don Escalígero Pablos, el médico y al filósofo Jerónimo Cardano, ¡ah! y no os olvidéis de maese Dositeo, el cronista. ¡Que vengan de inmediato! Nos reuniremos en el galpón donde guardan las espeteras.

Ya el carro de Inti estaba alto, cuando llegaron los convocados, molestos, mosqueados, por lo extraño, la discrecionalidad del lugar.

—Algo extraordinario debe de ser... —comentó el estoico.

—A fe mía que es un ardid manido traernos a esta zahúrda .

—Por de dentro huele peor que de fuera, ¿por qué debiera de ser aquí?

—Los sayones colgados allí me ... —no pudo acabar la frase el escritor ya que el alguacil les gritó desde el fondo del galpón trayendo dos lámparas de mecha.

—Pasad, caballeros, acercaos a esta mesa, ya os explicaré el motivo de su presencia.

Se aproximaron todos a un mesón en el que estaba un bulto cubierto por unos lienzos. El guardia abrió una ventana cercana y, de improviso, quitó las sábanas dejando al descubierto el cuerpo azulino. Debido al sol el cuerpo parecía brillar debido a lo satinado de su textura. Las escoriaciones y escaras²¹³ que dejaba ver, pasaron desapercibidas. Todas las miradas se posaron en el rostro, estupefactos. El guardia fue empujado a un rincón y al retroceder tropezó con una banca, cayendo de bruces. Nadie le prestó atención y para evitar otras molestias se retiró a un lado.

—¿Qué es esto? —dijo el galeno, los demás expresaban la duda en sus miradas desorbitadas. El único que se atrevió fue el presbítero; estaba como embelesado y empezó a hablar como declamando un poema...

—¡Es un ángel! un ángel, ¡por Dios!

²¹¹ Matadero.

²¹² Pocilga.

²¹³ Costras.

—Lo encontré yo —dijo desde atrás el centinela como un sollozo; nadie le prestó interés a su opinión.

—¿Estáis seguro, eminencia? —dijo don Escalígero, con prudencia.

—¡No blasfeméis! —respondió automáticamente el eclesiástico, luego adelgazó el tono.

—Pero, no veis, vuesa merced, las huellas de su cuello por los habanillos²¹⁴, las arrugas tempranas de su rostro, su belleza humana, el brío de su cuello... ¡es un hombre! —expresó el galeno, con aire de ciencia.

—Y los senos... y su órgano sexual, caballeros, ¿no son de mujer? —acotó Jerónimo.

Parados alrededor de la mesa de piedra vivían una ligera conmoción colectiva. Efectivamente, las firmes carnes de sus hombros daban lugar a una rígida redondez; sus músculos pectorales eran abultados y remataban en unos rígidos pezones. Sus areolas²¹⁵ dejaban ver unos vellos rígidos alrededor de las tetas. Su vientre era un tanto laxo comparado con los brazos y, al descender, ofrecía un floreciente pubis poblado de vello tupido. En la cavidad de las entrepiernas se alojaba un órgano raro: tenía un par de labios pequeños a los lados y al centro un diminuto balano, que a ratos parecía tal. El glande se confundía con el prepucio y éste parecía emerger de los labios, o al revés. El médico se aproximó para ver este detalle y, al acercar sus impertinentes al cuerpo, tosió de pronto y acabó atorándose, tosiendo convulsivamente, encorvándose y llevándose las manos a la boca. Aquello duró unos instantes mientras podía recuperar el habla, intentó hacerlo...

—¡No es hombre!, pero, cof, cof, tampoco es mujer, hum, digo mal, mil perdones, es hombre y mujer... o más bien, no tiene sexo.

—Vamos, os burláis de nosotros, explicaos... que no nacimos ayer.

—Hombre, es verdad. Sus características anatómicas pertenecen a uno y otro sexo, veis su carótida inferior, es ístmica, la horquilla que da al subclavio izquierdo denuncia un corazón bicúspide; sus brazos, sus piernas, su vientre, es hombre; veis sus senos su

²¹⁴ Manchas oscuras.

²¹⁵ Círculos rojizos algo morenos que rodean el pezón del pecho.

sexo, su rostro lampiño, es mujer. Es un hermafrodita y, a fe mía, que jamás vi un ser así. Los tratados de melecina²¹⁶ los citan como las aberraciones naturales, pero, viéndolo de cerca, no sé, no sé qué deciros...

—Entonces, ¿es un ángel!, ya que no tiene sexo, san Agustín decía que...

—Mejor callaos, que parecéis puteorita²¹⁷, ¡Basta de chácharas! —señaló el presbítero.

—Pero, mirad —insistió Cardano—, si os fijáis bien, los enfistolados y las escaras de sus hombros llegan hasta la espalda...

—Y eso ¿qué? —hizo un gesto exagerado de incredulidad el alguacil.

—Un poco de atención y lógica científica ante lo sobrenatural. Esas heridas son la evidencia de que algo o alguien ¡le arrancó las alas! —la explicación dejó a todos trepidados²¹⁸.

Ninguno se atrevió a negar tácitamente tal aseveración. El presbítero Trithemio pensó para sus adentros: "Si así fuere podremos exhibirlo como un milagro y vendrían mercaderes y creyentes a dejar muchas limosnas y, hasta podría tramitarse la construcción de la catedral." El gobernador Aguirre pensó en las condecoraciones del arzobispo y la consolidación de su intendencia. El galeno Pablos especuló que si lograra embalsamar la criatura, podría llevarla a la Academia de Ciencias de Madrid y lograr su ansiado doctorado por los emperifollados y apolillados madrileños, quienes se morirían de envidia al ver su hermafrodita; además podría ingresar en la orden de san Tiago. Dositeo se regodeaba al pensar como escribiría tal descubrimiento y los estudios que se harían sobre sus crónicas; inmediatamente pensó que encargaría a César Aruquipa los bojes²¹⁹ para que ilustren bien sus crónicas. ¡Ah! Bienvenido este desaguisado que por lo que bullía en sus colodrillas²²⁰, sería un crisol de famas. Las quimeras que rozaron raudas aquellas molleras, interrumpieron su trajín al escuchar un comentario...

²¹⁶ Palabra antigua por medicina.

²¹⁷ Llamábase así a los herejes que leían mal la Biblia.

²¹⁸ Vacilados, dudosos.

²¹⁹ Xilografías que ilustraban los libros incunables.

²²⁰ Nucas, por referirse a sus mentes.

—Y, ¿ese brillo qué tiene?

—¿Habéis visto algo divino que no brille?

—Claro, y la coloración argentina?

—Vamos, hombre, los seres celestiales, según el místico y astrónomo Pedro de Urdimalas, vienen calzados en un traje brillante y en sus ojos llevan fulgor... lástima que el ángel nuestro, tenga los párpados entornados.

—Yo lo encontré primero... —interrumpió nuevamente Rodriguillo; esta vez llevaba un jubón de paño bermellón y una zamarra de género en sus manos.

—O sea que lo habéis desvestido —añadió en mal tono el filósofo.

—Pensé que no precisaría de aquellas prendas, ya que...

—Vamos, dejémonos de naderías, ¿es o no es un ángel!

Todos se remitieron a Trithemio y él, entre dudas menores y ambiciones mayores dijo:

—¡Que sí! Debemos aderezarlo como tal. Avisad a toda la villa, que estos milagros no suceden cada día. ¡Qué fortuna el haberlo hallado!

—¡Lo hallé yo! —insistía Rodriguillo en silencio y a oscuras.

Salieron todos rumbo a sus recintos. Escalígero se encargó de embalsamarlo para antes del atardecer; aprovechó de quitarle los brillantes que llevaba en las uñas, ¡sí que eran reales! Así lo hizo. La voz corrió y llegaron varios habitantes prominentes de la villa y otros con regalos y pretextos para ver al querube. Le vistieron con una bata blanca de seda liada con un cordón plateado a la altura de la cintura, le calzaron con sandalias de plata 600, sobre sus cabellos arreglaron una coronilla de flores y doblines y una pequeña escarcela . Le armaron un lecho del que emergían unas gasas con alambres que pretendían ser alas, o al menos, sugerirlas.

Se limpió el altar de los dominicos y luego de una misa solemne partió un te deum llevando al ángel a su lugar definitivo en una capillita lateral del templo. Desde ese día

²²¹ Monedas pequeñas.

Adorno femenino, especie de cofia o bolsín.

menudearon las misas de salud y de acción de gracias. No había hora que estuviera vacío el templo y las limosnas empezaron a llenar arcones. El querube ya formaba parte de la imaginería de los dominicos y muchos devotos traían ramos de flores y contribuciones en especie y dineros agradeciendo favores atribuidos al ángel. Quisieron llevarlo a san Francisco por el espacio, pero los sacerdotes de la parroquia de santo Domingo se arrogaron el derecho de tenerlo, por haber sido ellos los elegidos. Los muchos devotos que alcanzaban a tocarlo ensuciaban las adornadas túnicas que vestía y prefirieron encargar una urna tallada al maestro Caíno Rosales.

Él la hizo y muy hermosa. Estaba llena de flores abigarradas y tallos sarmentosos, coloreadas sobre fondo de minio y cubierta de pan de oro en los bordes. Su rostro quedó hermoso, le habían fabricado una sonrisa estirando un tendón del maxilar. En la cavidad de los ojos unos vidrios verdosos le dieron un aire legendario . El ángel debiera tener, si fuese humano, unos treinta y cinco años muy trabajados.

La noticia corrió por toda la región y poco a poco, un poco por curiosidad, un poco por devoción y el grueso debido a la inextinguible morbosidad humana. Además, ¿quién había visto un ángel? La urna estaba en la capilla del ala derecha del templo. Cabía escasamente un sendero angosto para entrar rodearlo y salir. Estaba iluminado por varios candelabros. Al entrar se hallaba un arca de hierro que llevaba un letrero de madera que rezaba: "Este ángel te bendice y espera que colabores con la parroquia y la villa donde apareció. Recibirás tantas bendiciones como doblas te permita tu generosidad. Amén."

Muchos salían extasiados, otros decepcionados por la excesiva humanidad del ángel. Otros opinaban que las alas no habían sido bien conservadas. Unos y otros se iban en silencio y sus comentarios despertaban el interés de otros en una cadena interminable por los pueblos y caseríos cada vez más lejanos. Todo iba bien en la villa y las tertulias aumentaban con los múltiples visitantes, hasta que un día, llegó un grupo numeroso de mineros potosinos que visitaron la capilla de los dominicos. Estuvieron todo el día, entraban y salían por grupos, y volvían a entrar, y volvían a salir. El presbítero Joan

^{***} Perteneiente o relativo a las leyendas

²²⁴ Doblones

Trithemio y el gobernador Leoncio Aguirre al volver de su tertulia, notaron que al llegar la noche estos mineros se resistían a salir del templo, pese a las advertencias del hermano portero. Estaba bien la fe, pero no se permitirían excesos, no, ¡eso no! al tratar de sacarlos se hizo una pequeña batahola.

—¿Qué os pasa, señores? —dijo el cura mediando entre los mineros y los guardianes.

—Su eminencia, vuesa merced disculpe, pero deseáramos hablar con vos en privado.

El presbítero los llevó a su oficina. Estuvieron encerrados por dos horas. Se oían gritos, susurros, largas peroratas, bajaron con antorchas a la capilla y, finalmente, los mineros salieron de la parroquia rumbo a su posada. Al día siguiente partieron todos, excepto tres de ellos, que se quedaron varios días más. Luego se fueron sin despedirse de nadie.

La parroquia cerró por dos semanas. El domingo siguiente para la misa vespertina se reabrieron sus puertas, la capilla lateral estaba cubierta por unos cortinajes gruesos. El presbítero dio una misa solemne, en cuyo sermón dijo, más o menos estas palabras:

—Hermanos, debo comunicaros un hecho extraordinario que nos ha sucedido, y que hemos querido mantenerlo en reserva debido a su importancia. Nuestro adorado ángel hace unos días, mientras el hermano Doroteo limpiaba la urna, empezó a brillar de una manera extraordinaria, brilló tanto que casi nos ciega. Apareció santo Domingo, nuestro patrono, y le extendió los brazos al ángel; él se levantó, nos pidió silencio y que no difundiéramos la nueva hasta que transcurriera una semana, al menos, y junto con el santo se elevaron hasta salir por el campanario, se elevaron mucho y a tanta velocidad, que en breves instantes, ya eran solo dos estrellas en nuestro firmamento. Cuando salgáis a la calle, podréis verlos. Que dios los bendiga, podéis ir en paz.

Todos salieron en tropel y uno de los vecinos, al ver el firmamento, dijo:

—Allí, allí están ¡santo Domingo y el ángel! —señalando la constelación de Géminis.

Todos se persignaron e hincados rezaron por horas, algunos emocionados, otros llorando la partida. Desde entonces al salir de la misa dominical todos salen a la plaza luego de la misa vespertina de los domingos.

Aquellas relaciones con el mundo celestial trastornaron a la villa por meses, pero poco a poco, la historia del ángel llegó a ser tema de recogimiento y olvido.

Pasaron dos veranos, hasta que en el tercero pasó lo esperado en todo clan de tertulianos: nada se puede ocultar por tiempo indefinido, por misterioso o reñido con las buenas costumbres que fuere, más aún si los actores de las historias son personajes venidos a menos, como el presbítero Trithemio.

Él, pese a su devoción tan estimada, fue hace casi dos años transferido al caserío de Cabanillos en los afueríos de Cuzco. Dijeron que, debido a la vida tan modesta que llevaba, eligió un beaterío de anacoretas para dedicarse a la vida contemplativa. Todos oraban por él y estaban seguros que él, que vio tantas maravillas místicas en su vida, sería un adecuado intercesor entre Dios y pecadores como nosotros. Aquella tertulia de la mañana trataba del ascetismo del hombre de Dios que casi fue arcipreste.

—Caro ejemplo para todos —dijo el gobernador Leoncio Aguirre, mientras liaba un cigarrillo con un tabaquillo agrio traído de los Yungas.

—A fe mía que es un ejemplo de santidad, hasta casi incomprendible... era tan fino y tan elegante, y pensar que poco antes de irse, caminaba como un mendigo. Raro cambio: de dominico a franciscano —dijo, tragándose la ironía maese Dositeo.

—Vamos, dejad de haceros los cándidos, que de eso no tenéis nada —intervino efusivo el filósofo Jerónimo Cardano, mirando de soslayo a sus intertulios. Al ver sus rostros de asombro y estupidez, hizo un gesto y los llamó a un corrillo.

—En verdad, decidme si sabéis algo, porque no deseo meter la pata...

Lo volvieron a mirar, esta vez más curiosos, movían sus cabezas de un lado a otro hasta que Cardano se asustó un poco y quiso retroceder...

—Vamos, fue una chanza, no vais a creer que yo...

Se acercaron más a él y de curiosos sus rostros pasaron a amenazantes, Cardano quiso sonreír, y finalmente dijo:

—Bueno, a mí me han contado, vosotros sabéis, y quien lo hizo me ha asegurado que fue el mismo que descubrió al ángel y quien lo mandó a un camposanto...

—¿A un camposanto? —dijeron a coro los intertulios.

—¿Recordad la visita de los mineros potosinos hace un tiempo?, justo aquellos días en que se cerró el templo de santo Domingo y, dicen que el ángel subió al cielo... Pues veréis, tres de aquellos curiosos forasteros visitaron al presbítero y conversaron con él en su oficina. Un testigo me aseguró que la charla fue más o menos así:

—Su eminencia, os ruego perdonamos, pero debemos haceros una confesión...

—Adelante, hijos, ¡hablad!

—Pues, el ángel, aquel ángel que vinimos a venerar, resultó ser ... ¡nuestro hermano!

—¿Cómo? aclaradme lo que me queréis decir, que no os entiendo.

—El primero que se dio cuenta fue él —dijo y se dirigió al hombre gordo.

—Pues sí, eminencia. Nuestro hermano tenía una marca en la mano izquierda, era una especie de serpiente y un número 6 ya que nació ese día... el ángel conservaba la misma cicatriz.

—Además —dijo el otro—, tenía la misma expresión de su rostro...

—Sí, eminencia, nuestro hermano fue muy particular. Siempre evitaba bañarse con nosotros, era lampiño y tenía algunos gestos extraños. Nunca le atraieron las muchachas y era muy callado. Desde muy joven trabajaba con nosotros en el ingenio donde procesábamos nuestra plata. Se aficionó a la alquimia y apenas salía de la mina, se refugiaba en su taller, en sus crisoles hacía raras aleaciones y combinaba extrañas sustancias. Su piel fue asimilando los vapores de los químicos y del metal. Le pusimos un mote: Sireno, por el color de su piel. Tenía como unos treinta y tres años y luego de la fiesta de san Isidoro, desapareció de nuestra villa acompañado por un caballero que dijo ser Diego, si, Diego de la Noche. Algunos vecinos de nuestra villa afirmaban haberle visto acompañado de un caballero encapotado y dos mulas subiendo hacia el

FIN

abrá. Pensamos que era un asunto de negocios o algún desliz suyo, wad wongno vimos que se había llevado todos sus dineros, nos preocupó—no por el dinero—, sino por lo que podía pasarle, ya que había ahorrado wicd() Á por mucho tiempo

Conforme contaban detalles aquellos hombres, el presbítero se frotaba la barbilla con inquietud, alisaba su barba gris Á respiraba profunda y agitadamente iod() calzaba, se preguntaba cómo apareció en el campamento desnudo, Á dudaba, wad wongno no cabía ningún recelo era en que la ángel no era ay Cuando acabaron los miró con severidad

sal enrostró lo siguiente:

—Hijos míos, vosotros habéis dicho, esta es una confesión Á lo ocurrido es una confusión Deseo que me juréis ante esta cruz que no revelaréis nada de cuanto os dijo con estas paredes bajo sanción de excomunión Esta noche os entregaré el cuerpo de vuestro hermano Á os lo llevaréis sin pausa a un campamento, los de nuestra villa os espero a medianoche en la traspata de iglesia Vale

—Salieron todos de la oficina del prelado Á a medianoche concurrieron a la malhadada cita el testigo que wad lo narró todo ha oído Á visto todo aquello que os narro Desde un altílo vio cómo sacaron el bulto de la iglesia Á los varones hombres se alejaron por la senda de Muñasimpata en sus caballos una mula Te fue lo que pasó, el resto podéis imaginaros.

Los detalles faltantes fueron sustituidos por mil versiones de aquellas lenguas viperinas Afortunadamente Á tal vez por milagro, poiquo no podemos dudar de ellos, una novedad inquietante era la comidilla de esos días: el torneo nódod() onuo los puteros de la Esa sí que se noticie y no aquellas que trataban de mojigaterías de incienso

Así fue en todos los tiempos, los contentillos hacían posta, variaban, wad siempre nos traían nuevas, algunas más escabrosas que éstas, wad, qué deo mi más bello podemos pedirle a esta villa, si no se como es.